Viaje a la revolución

Bertrand Russell

Teoría y práctica del bolchevismo y otros escritos

Edición de Aurelio Major

Para Russell, que en un principio fue un gran admirador de la Revolución de 1917, ésta fue uno de los grandes acontecimientos de la historia del mundo, pues no sólo cambió la estructura de la sociedad, sino las creencias de los hombres. En su viaje a Rusia en 1920, además de hablar con los campesinos, mantuvo encuentros personales con Lenin y Gorki, y desde su profundo anticapitalismo supo entrever los excesos doctrinarios que asomaban en el régimen y que desembocarían en una dictadura. A su regreso escribió Teoría y práctica del bolchevismo, un libro clarividente y de intacta vigencia en el que se compara el fanatismo bolchevique con el fanatismo musulmán o cristiano. El presente volumen no sólo recoge la segunda edición revisada por Russell de esa obra, sino el diario de aquel viaje y las cartas que entonces envió a su amante, la actriz Colette O'Niel. El conjunto cierra con una lúcida crítica al poder emergente de Estados Unidos y con su célebre conferencia en defensa del pensamiento libre frente a la propaganda de cualquier signo.

epublibre
X ANIVERSARIO

Bertrand Russell

VIAJE A LA REVOLUCIÓN

Práctica y teoría del bolchevismo y otros escritos

ePub r1.0
Titivillus 16.08.2023

Título original: *Practice and Theory of Bolshevism*
Bertrand Russell, 1920
Traducción: Juan Carlos García-Borrón & Vicente Campos González

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Viaje a la revolución
Prólogo
Primera parte
La actual situación de Rusia
I
Lo que se espera del bolchevismo
II
Características generales
III
Lenin, Trotski y Gorki
IV
El comunismo y la Constitución soviética
V
El fallo de la industria soviética
VI
La vida cotidiana en Moscú
VII
La ciudad y el campo
VIII
La política internacional
Segunda parte
La teoría bolchevique
I
La teoría materialista de la historia
II
Fuerzas que deciden en política

III
Crítica bolchevique de la democracia
IV
Revolución y dictadura
V
El mecanismo y el individuo
VI
Por qué ha fracasado el comunismo ruso
VII
Condiciones para el éxito del socialismo
Apéndices
I
Diario de viaje a Rusia
II
Cartas desde Rusia[88]
III
Esperanza y temores con respecto a los Estados Unidos
IV
Pensamiento libre y propaganda oficial
Epílogo
Bibliografía
Autor
Notas

Journal of a Trip to Russia, *Letters from Russia*, *Hopes and Fears as Regards America* y *Free Thought and Official Propaganda*

Publicados originalmente por Routledge en *The Collected Papers of Bertrand Russell*, volumen 15

The Practice and Theory of Bolshevism

Journal of a Trip to Russia

Letters from Russia

Hopes and Fears as Regards America

Free Thought and Official Propaganda

Prólogo[1]

La Revolución rusa es uno de los grandes acontecimientos heroicos de la historia del mundo. Resulta natural compararla con la Revolución francesa, pero es en realidad algo de importancia aún mayor. Ha hecho más por cambiar la vida cotidiana y la estructura de la sociedad: ha hecho también más por cambiar las creencias de los hombres. La diferencia entre ambas revoluciones puede ser ejemplificada con la diferencia entre Marx y Rousseau; este último, sentimental y blando, apelaba a la emoción y difuminaba los contornos nítidos; el primero, sistemático como Hegel, lleno de recio contenido intelectual, apelaba a la necesidad histórica y al desarrollo técnico de la industria, y sugería una concepción de los seres humanos como marionetas en las garras de fuerzas materiales omnipotentes. El bolchevismo combina las características de la Revolución francesa con las de la aparición del islam; y el resultado es algo radicalmente nuevo, que sólo puede ser comprendido mediante un esfuerzo de imaginación paciente y apasionado.

Antes de entrar en detalles, deseo exponer, del modo más claro e inequívoco que me es posible, mi propia actitud ante ese algo nuevo.

El aspecto más importante de la Revolución rusa es, con creces, la tentativa de realizar el socialismo. Creo que el socialismo es necesario al mundo, y creo que el heroísmo de Rusia ha encendido las esperanzas de los hombres de una manera esencial para la realización del socialismo en el futuro. Considerado como una espléndida tentativa, sin la cual el éxito definitivo se ha-

bría hecho muy improbable, el bolchevismo merece la gratitud y la admiración de todos los sectores progresistas de la humanidad.

Pero el método por el cual Moscú busca el establecimiento del socialismo es un método precursor, tosco y peligroso, demasiado heroico para tener en cuenta el coste de la oposición que provoca. No creo que por este método se pueda instituir una forma estable y deseable de socialismo. De la presente situación me parece que se desprenden tres posibilidades. La primera es la derrota definitiva del socialismo por las fuerzas del capitalismo. La segunda es la victoria de los bolcheviques, acompañada por una absoluta pérdida de sus ideales y un régimen de imperialismo napoleónico. La tercera es una prolongada guerra mundial, en la que la civilización se venga abajo y todas sus manifestaciones (entre ellas el socialismo) sean olvidadas.

Porque no creo que los métodos de la Tercera Internacional[2] puedan conducir al objetivo deseado, he pensado que merece la pena indicar cuáles son los rasgos que me parecen indeseables en la actual situación en Rusia. Creo que hay lecciones que se deben aprender, si es que el mundo ha de alcanzar alguna vez lo deseado por aquellos que, en Occidente, tienen simpatías por las finalidades originarias del bolchevismo. No creo que dichas lecciones puedan ser aprendidas si no es enfrentándose franca y plenamente con todos los elementos de fracaso que hay en Rusia. Creo que esos elementos de fracaso deben atribuirse menos a errores de detalle que a una filosofía impaciente, que se orienta a la creación de un mundo nuevo, sin preparación suficiente en las opiniones y sentimientos de los hombres y mujeres ordinarios.

No obstante, aunque no creo que el socialismo pueda ser realizado inmediatamente mediante la difusión del bolchevismo, creo que, si el bolchevismo cae, habrá contribuido con una leyenda y una tentativa heroica sin la cual el triunfo definitivo acaso no habría llegado nunca. Parece absolutamente necesaria una reconstrucción económica fundamental, que aporte cambios de

vasto alcance en los modos de pensar y sentir, en la filosofía y el arte y las relaciones privadas, para que el industrialismo pueda pasar a ser el servidor del hombre en lugar de su amo. En todo ello estoy de acuerdo con los bolcheviques; políticamente, los critico sólo cuando sus métodos parecen implicar un alejamiento de sus propios ideales.

Hay, sin embargo, otro aspecto del bolchevismo del que difiero más profundamente. El bolchevismo no es una mera doctrina política, es también una religión, con dogmas elaborados y escrituras sagradas. Cuando Lenin quiere probar alguna proposición, lo hace, si le es posible, mediante citas de textos de Marx y Engels. Un comunista integral no es sólo un hombre que cree que la tierra y el capital deberían ser poseídos en común, y su producto distribuido del modo más equitativo posible. Es un hombre que abriga un conjunto de creencias elaboradas y dogmáticas —como, por ejemplo, el materialismo filosófico— que pueden ser verdaderas, pero que, para un talante científico, no puede saberse con certeza que lo sean. Ese hábito de certidumbre militante acerca de cuestiones objetivamente dudosas es un hábito del que, a partir del Renacimiento, el hombre ha ido liberándose gradualmente, para sustituirlo por un talante de escepticismo constructivo y fecundo propio de la perspectiva científica. Creo que la perspectiva científica es inconmensurablemente importante para la raza humana. Si un sistema económico más justo no pudiera ser conseguido de otro modo que cerrando la mente del hombre a la libre investigación, y recluyéndola de nuevo en la prisión intelectual de la Edad Media, yo consideraría el precio demasiado elevado. No puede negarse que, durante un breve período de tiempo, la creencia dogmática es una ayuda para la lucha. Si todos los comunistas se convierten en fanáticos religiosos, mientras que los defensores del capitalismo conservan un talante escéptico, puede suponerse que los comunistas triunfarán, mientras que, en el caso contrario, triunfarán los capitalistas. Pa-

rece evidente, a juzgar por la actitud del mundo capitalista hacia la Rusia soviética, por la de la Entente[3] hacia los Imperios Centrales[4], y por la de Inglaterra hacia Irlanda y la India, que no hay exceso de crueldad, perfidia o brutalidad de la que se abstengan los que actualmente ostentan el poder cuando se sienten amenazados. Si, para desalojarlos, nada ha de servir más que el fanatismo religioso, son ellos mismos la fuente primera del mal resultante. Y hay algún derecho a esperar que, cuando hayan sido desposeídos, el fanatismo se desvanezca, como otros fanatismos se han desvanecido en el pasado.

Los actuales ostentadores del poder son malvados, y el actual modo de vida está condenado al fracaso. Efectuar la transición con un mínimo de derramamiento de sangre, y con una máxima conservación de todo lo valioso en la civilización existente, es un problema difícil. Ese problema es el que principalmente he tenido en mente al escribir estas páginas. Querría poder pensar que su solución la facilita algún mínimo grado de moderación y de sentimiento humanitario de parte de los que, en nuestro mundo, disfrutan de privilegios injustos.

Esta obra es el resultado de una visita a Rusia, complementada por muchas lecturas y discusiones anteriores y posteriores. He creído mejor registrar lo que vi, sin mezclarlo con consideraciones teoréticas, y me he esforzado por enunciar mis impresiones de modo no tendencioso, favorable u opuesto a los bolcheviques. Recibí de ellos la mayor amabilidad y cortesía, y les debo la gratitud por la perfecta libertad que concedieron a mis investigaciones. Me doy cuenta de que estuve en Rusia un tiempo demasiado breve para poder formarme juicios verdaderamente dignos de confianza; no obstante, comparto ese inconveniente con la mayoría de los otros occidentales que han escrito acerca de Rusia desde la Revolución de Octubre. Me parece que el bolchevismo es un asunto de tal importancia que es necesario, para casi todas las cuestiones políticas, definir la propia actitud respecto

de él y tengo la esperanza de poder ayudar a otros a definir su actitud, aun cuando sólo sea por vía de oposición a lo que he escrito.

Septiembre de 1920

PRIMERA PARTE

La actual situación de Rusia

I

Lo que se espera del bolchevismo

Para entender el bolchevismo no basta con conocer hechos; es también necesario entrar con simpatía o imaginación en el nuevo espíritu. Lo más importante que han hecho los bolcheviques es la creación de una esperanza o, en todo caso, la extensión y vigorización de una esperanza que antiguamente estaba confinada a unos pocos. Ese aspecto del movimiento es tan fácil de captar a distancia como en la misma Rusia, quizás incluso más fácil, porque, en Rusia, las circunstancias presentes tienden a oscurecer la visión del futuro distante. Pero la situación actual de Rusia sólo se entiende superficialmente si olvidamos la esperanza que es la fuerza motriz del todo. Tal cosa sería como describir la Tebaida[5] sin mencionar que los eremitas esperaban la beatitud eterna como recompensa de sus sacrificios aquí en la tierra.

No puedo compartir las esperanzas de los bolcheviques más de lo que comparto las de los anacoretas egipcios; considero ambas cosas ilusiones trágicas, destinadas a echar sobre el mundo siglos de oscuridad y violencias estériles. Los principios del Sermón de la Montaña son admirables, pero su efecto sobre la naturaleza humana común fue muy diferente del pretendido. Los que seguían a Cristo no aprendieron a amar a sus enemigos o a ofrecer la otra mejilla. Aprendieron en cambio a utilizar la Inquisición y la hoguera, a someter el intelecto humano al yugo de un sacerdocio ignorante e intolerante, a degradar el arte y a extinguir la ciencia durante mil años. Aquéllos fueron los resultados inevitables, no de la doctrina, sino de la creencia fanática en la doctrina. Las esperanzas que inspiran al comunismo son, en lo principal, tan admirables como las comunicadas por el Sermón de la Montaña, pero han sido sostenidas con el mismo fanatismo,

y es probable que produzcan un daño parecido. La crueldad acecha en nuestros instintos, y el fanatismo es un camuflaje de la crueldad. Los fanáticos no suelen ser genuinamente humanitarios, y los que sinceramente temen la crueldad se resistirán a adoptar un credo fanático. No sé si puede evitarse que el bolchevismo adquiera un poder universal. Pero, aunque no lo alcance, estoy persuadido de que los que se alzan contra aquél, no por apego a la antigua injusticia, sino en nombre de la libertad de espíritu del Hombre, serán los portadores de la semilla del progreso, de la que, cuando se cumpla la gestación del mundo, nacerá nueva vida.

La guerra ha dejado por toda Europa un espíritu de desilusión y desesperanza que pide a gritos una nueva religión, como la única fuerza capaz de proporcionar a los hombres la energía para vivir vigorosamente. El bolchevismo ha proporcionado la nueva religión. Promete cosas gloriosas: el final de la injusticia del rico y el pobre, el final de la esclavitud económica, el final de las guerras. Promete el final de la desunión de las clases, que emponzoña la vida política y amenaza de destrucción a nuestro sistema industrial. Promete el final del comercialismo, esa sutil falsedad que lleva a los hombres a apreciarlo todo por su valor monetario, y a determinar muchas veces el valor monetario meramente por los caprichos de plutócratas ociosos. Promete un mundo en el que todos los hombres y las mujeres conservarán la cordura por el trabajo, y en el que todo trabajo será valioso para la comunidad, y no sólo para unos cuantos vampiros opulentos. Es poner fin a la indiferencia, el pesimismo y el cansancio, y todas las complicadas miserias de aquellos cuyas circunstancias permiten la ociosidad, y cuyas energías no son suficientes para forzar la actividad. En lugar de palacios y chozas, de vicio estéril y miseria inútil, ha de haber trabajo saludable, suficiente pero no excesivo, plenamente útil, realizado por hombres y mujeres sin tiempo para el pesimismo ni ocasión para la desesperanza.

El sistema capitalista existente está condenado al fracaso. Su injusticia es tan palmaria que sólo la ignorancia y la tradición pueden hacer que los asalariados la toleren. A medida que la ignorancia disminuye, la tradición se debilita; y la guerra destruyó la influencia de todo lo meramente tradicional en la mente de los hombres. Es posible que, merced a la influencia de los Estados Unidos, el sistema capitalista perdure otros cincuenta años; pero estará continuamente más debilitado, y nunca recobrará la posición de cómodo dominio que mantuvo en el siglo XIX. Tratar de apuntalarlo es un inútil gasto de energías que podrían emplearse en la edificación de algo nuevo. Que lo nuevo pueda ser el bolchevismo o alguna otra cosa, no lo sé; que sea mejor o peor que el capitalismo, tampoco lo sé. Pero no tengo la menor duda de que aparecerá un orden social radicalmente nuevo. Y tampoco tengo duda alguna de que el nuevo orden será, o alguna forma de socialismo, o una regresión a la barbarie y las guerras mezquinas que siguieron a la invasión de los bárbaros. Si el bolchevismo continúa siendo el único competidor vigoroso y eficaz del capitalismo, creo que no podrá realizarse ninguna forma de socialismo, sino sólo el caos y la destrucción. Este parecer, cuyas razones ofreceré más adelante, es uno de los fundamentos de mi oposición al bolchevismo. Pero oponerse al bolchevismo desde el punto de vista del defensor del capitalismo sería, en mi opinión, enteramente inútil y contrario al movimiento de la historia en nuestro tiempo.

El efecto del bolchevismo como esperanza revolucionaria es mayor fuera de Rusia que en el interior de la República Soviética. Severas realidades han hecho mucho para aniquilar la esperanza entre aquellos que están sometidos a la dictadura de Moscú. No obstante, incluso dentro de Rusia, el Partido Comunista, en cuyas manos está concentrado todo el poder político, vive aún de la esperanza, aunque la presión de los acontecimientos ha hecho a ésta dura y austera, y algo remota. Es esa esperanza la

que lleva a concentrarse sobre las nuevas generaciones. Los comunistas rusos confiesan a menudo que hay pocas esperanzas para los que ya son adultos, y que la felicidad sólo llegará a los niños que han crecido bajo el nuevo régimen y han sido moldeados desde el principio en la mentalidad de grupo requerida por el comunismo. Sólo tras el transcurso de una generación esperan crear una Rusia que realice su sueño.

En el mundo occidental, la esperanza inspirada por el bolchevismo es más inmediata, está menos cargada de tragedia. Los socialistas occidentales que han visitado Rusia han tenido a bien suprimir los rasgos más ofensivos del actual régimen, y han difundido entre sus seguidores la creencia de que las esperanzas milenaristas[6] se realizarían rápidamente si no fuera por la guerra y el bloqueo. Incluso aquellos socialistas que no son bolcheviques para su propio país han hecho muy poco, en su mayoría, para ayudar a los hombres a apreciar los méritos y los deméritos de los métodos bolcheviques. Con esa falta de valor han expuesto al socialismo occidental al peligro de convertirse en bolchevique, por ignorancia del coste que ha de suponer y por la incertidumbre de que el objetivo buscado se conseguirá o no finalmente. Me parece que Occidente puede adoptar métodos menos penosos y más seguros que los que se han juzgado necesarios en Rusia para alcanzar el socialismo. Y creo que, si bien algunas formas del socialismo son inconmensurablemente mejores que el capitalismo, otras son aún peores que éste. Entre las que son peores, creo reconocer la que está realizándose en Rusia, no sólo en sí misma, sino como una barrera más insuperable para el progreso ulterior.

Al juzgar el bolchevismo a partir de lo que ahora puede verse en Rusia, es necesario desenmarañar diversos factores que contribuyen a un resultado único. Para empezar, Rusia es una de las naciones derrotadas en la guerra; ello ha producido un conjunto de circunstancias que se asemejan a las que se encuentran en Ale-

mania y Austria. El problema de la alimentación, por ejemplo, parece ser esencialmente similar en esos tres países. Para llegar a lo que es específicamente bolchevique debemos eliminar antes lo que es meramente característico de un país que ha sufrido un desastre militar. Tenemos luego otros factores que son rusos, que los comunistas rusos comparten con otros rusos, pero no con otros comunistas. Hay, por ejemplo, mucho desorden y caos y derroche, que escandaliza a los occidentales (sobre todo a los alemanes), aun cuando sientan una gran simpatía política por los bolcheviques. Me parece a mí que, aunque con excepción de muy pocos hombres capaces, el gobierno ruso es menos eficaz en cuestiones de organización de lo que lo serían los alemanes o los estadounidenses en circunstancias similares; representa, sin embargo, lo que, en Rusia, es máximamente eficaz, y hace más por prevenir el caos de lo que podría hacer cualquier otro gobierno. Insisto, la intolerancia y falta de libertad que ha sido heredada del régimen zarista debe ser probablemente considerada más como rusa que como comunista. Si un partido comunista llegase a alcanzar el poder en Inglaterra, se enfrentaría probablemente con una oposición menos irresponsable, y podría mostrarse mucho más tolerante que lo que cabe esperar de ningún gobierno en Rusia si quiere escapar al asesinato. No obstante, en ello se trata de una cuestión de grado. Gran parte del despotismo que caracteriza a los bolcheviques corresponde a la esencia de su filosofía social, y habría de reproducirse, aunque en una forma más suave, dondequiera que dominase esa filosofía.

Es costumbre entre los apologistas occidentales del bolchevismo excusar la dureza de éste sobre la base de que ha sido producida por la necesidad de luchar contra la Entente y sus mercenarios. Es una indudable verdad que esa necesidad ha producido muchos de los peores elementos en el actual estado de cosas. Es también indudable que la Entente tiene una enorme parte de responsabilidad, por su oposición malhumorada e inútil. Pero la

teoría bolchevique da siempre por supuesta una oposición semejante. La hostilidad general al primer estado comunista había sido tanto prevista como provocada por la doctrina de la lucha de las clases. Los que adoptan el punto de vista bolchevique han de tener en cuenta la agria hostilidad de los Estados capitalistas. No merece la pena adoptar métodos bolcheviques si no se pueden obtener buenos resultados a despecho de esta hostilidad. Afirmar que los capitalistas son unos malvados, y que nosotros no somos responsables de sus actos es una actitud no científica, y, en particular, contraria a la doctrina marxista del determinismo económico. Los males producidos en Rusia por la hostilidad de la Entente han de considerarse, pues, como esenciales al método bolchevique de transición al comunismo, no como especialmente rusos. No estoy seguro de que no podamos incluso dar un paso más. El agotamiento y la miseria causados por una guerra sin éxito fueron necesarios para el éxito de los bolcheviques; una población próspera no se entregará con tales métodos a una reconstrucción económica profunda. Se puede imaginar a Inglaterra convertida en bolchevique después de su derrota en una guerra que acarrease la pérdida de la India, contingencia no improbable en los próximos años. Pero en la actualidad, el asalariado inglés medio no arriesgaría lo que tiene por la dudosa ganancia de una revolución. Puede entonces considerarse que, para inaugurar el comunismo, es indispensable una condición de miseria muy extendida, a menos que fuese posible establecer el comunismo de un modo más o menos pacífico por métodos que no destruyesen, ni siquiera temporalmente, la vida económica del país. Si las esperanzas que inspiraron, en un principio, al comunismo, y que todavía inspiran a sus partidarios occidentales, han de realizarse alguna vez, tendría que afrontarse el problema de minimizar la violencia en la transición. Desgraciadamente, la violencia es en sí misma encantadora para la mayoría de los revolucionarios verdaderamente vigorosos, y éstos no sienten el me-

nor interés en evitarla en la medida de lo posible. El odio al enemigo es más fácil y más intenso que el amor a los amigos. Pero no hay que esperar mucho bien de hombres que están más ansiosos de dañar a sus enemigos que de beneficiar al mundo.

II

Características generales

Entré en la Rusia soviética el 11 de mayo, y volví a pasar la frontera el 16 de junio (1920). Las autoridades rusas sólo me admitieron con la expresa condición de que viajaría con la delegación obrera británica, una condición que naturalmente yo estaba muy dispuesto a cumplir, y que la delegación me permitió amablemente que cumpliera. Se nos llevó desde la frontera a Petrogrado[7], lo mismo que en viajes subsiguientes, en un *train de luxe* especial, cubierto con lemas sobre la Revolución Social y el Proletariado de todos los países; fuimos recibidos en todas partes por regimientos de soldados, con sus bandas de música tocando *La Internacional*, mientras los civiles estaban de pie con la cabeza descubierta y los soldados saludaban; los dirigentes locales pronunciaban discursos de bienvenida que eran contestados por destacados comunistas que nos acompañaban; las entradas a los carruajes estaban guardadas por soldados de caballería baskires con uniformes resplandecientes; en suma, todo se hizo de modo que nos sintiéramos como el príncipe de Gales. Se dispusieron para nosotros innumerables actos: banquetes, reuniones públicas, revistas militares, etc.

El supuesto era que estábamos allí para dar testimonio de la solidaridad del laborismo británico con el comunismo ruso, y, sobre ese supuesto, se hizo el mayor uso posible de nosotros en provecho de la propaganda bolchevique. Nosotros, por nuestra parte, deseábamos averiguar todo cuanto pudiésemos a propósito de las condiciones del país y de los métodos rusos de gobierno, lo cual era imposible en la atmósfera de cortejo oficial. Resultó de ahí una amistosa contienda, que a veces degeneraba en un juego de escondite: mientras ellos nos aseguraban lo es-

pléndido que iba a ser el banquete o la parada, nosotros tratábamos de explicarles lo mucho que preferiríamos un paseo tranquilo por las calles. Como yo no era miembro de la delegación, me sentía menos obligado que mis compañeros a asistir a los actos de propaganda, cuyos discursos nos sabíamos de memoria por anticipado. De ese modo, y con ayuda de intérpretes neutrales, principalmente ingleses o estadounidenses, pude sostener muchas conversaciones con gentes que encontraba al azar por las calles o en los prados aldeanos, y descubrir cómo aparece el conjunto del sistema a los hombres y mujeres ordinarios, no políticos. Pasamos los cinco primeros días en Petrogrado, y los once siguientes en Moscú. Durante ese tiempo vivimos en contacto diario con hombres importantes del gobierno, de modo que nos enteramos sin dificultad del punto de vista oficial. Vi también, en ambas ciudades, a todos los intelectuales que pude. Se nos concedió entera libertad para ver a políticos de los partidos de oposición, y, naturalmente, hicimos pleno uso de esa libertad. Vimos a mencheviques[8], a socialrevolucionarios[9] de distintos grupos, y a anarquistas; los vimos sin que ningún bolchevique estuviese presente, y se expresaron con libertad una vez que superaron sus temores iniciales. Tuve con Lenin una conversación, virtualmente *tête-à-tête*, de una hora de duración; hablé con Trotski, aunque no a solas; pasé una noche en el campo con Kámenev[10]; y vi a otros muchos hombres que, aunque menos conocidos fuera de Rusia, tienen importancia considerable en el gobierno.

Al terminar nuestra estancia en Moscú, todos sentíamos el deseo de ver algo del campo y entrar en contacto con los campesinos, ya que éstos constituyen ochenta y cinco por ciento de la población. El gobierno dio muestras de la mayor amabilidad para satisfacer nuestros deseos, y se decidió que viajásemos Volga abajo, desde Nizhni Nóvgorod hasta Sarátov, nos detuvimos en muchos lugares, grandes y pequeños, y hablamos libremente con

sus habitantes. Esa parte de nuestro viaje me pareció extraordinariamente instructiva. Aprendí a conocer más de lo que me habría parecido posible acerca de la vida y la actitud de los campesinos, maestros de escuela rurales, pequeños comerciantes judíos, y toda clase de gente. Desgraciadamente, mi amigo Clifford Allen[11] cayó enfermo y tuve que dedicarle gran parte de mi tiempo. No obstante, esa circunstancia me deparó algo bueno, a saber, que pude ir en el barco a Astrakán, ya que aquél estaba demasiado enfermo para ser sacado de allí. No sólo obtuve así un conocimiento más extenso del país, sino que pude conocer a Sverdlov[12], ministro de Transportes interino, que viajaba en el barco para organizar el transporte del petróleo de Bakú por el Volga, y que fue una de las personas más capaces y amables que conocí en Rusia.

Una de las primeras cosas que descubrí desde que pasé ante la bandera roja que señala la frontera de la Rusia soviética, en una desolada región de pantanos, bosques de pinos y marañas de alambre de espino, fue la profunda diferencia entre las teorías de los bolcheviques reales y la versión de esas teorías que es corriente entre los socialistas avanzados de Inglaterra. Los amigos de Rusia piensan aquí que la dictadura del proletariado no es sino una nueva forma de gobierno representativo, en la que sólo tienen voto los hombres y mujeres que trabajan, y los grupos de votantes se constituyen con criterios que en parte son profesionales, no geográficos. Creen que «proletariado» significa «proletariado», pero que «dictadura» no significa exactamente «dictadura». La verdad es la contraria. Cuando un comunista ruso habla de dictadura entiende la palabra literalmente, pero cuando habla de proletariado emplea ese término en un sentido que podríamos llamar *pickwickiano,* en el sentido de la parte del proletariado con «conciencia de clase», esto es, el Partido Comunista[13]. Incluye a personas que no son en absoluto proletarias (como Lenin y Chicherin[14]), que tienen las debidas opiniones, y excluye a

asalariados que no tienen las debidas opiniones, a los que clasifica como «lacayos de la burguesía». El comunista que cree sinceramente en el credo del partido, está convencido de que la propiedad privada es la raíz de todo mal; está tan seguro de ello que no retrocede ante ninguna medida, por severa que sea, si parece necesaria para construir y preservar al Estado comunista. No se perdona a sí mismo más de lo que perdona a los demás. Trabaja dieciséis horas diarias y renuncia a la tarde libre del sábado. Se ofrece voluntario para todo trabajo difícil o peligroso que necesite hacerse, como retirar las pilas de cadáveres infectados dejadas por Kolchak[15] o Denikin[16]. A pesar de su posesión del poder y de su control de los abastecimientos, vive una vida austera. No persigue fines personales, sino que se dirige a la consecución de un nuevo orden social. Pero los mismos motivos que lo hacen austero lo hacen también despiadado. Marx ha enseñado que el comunismo está fatalmente predestinado a triunfar; lo cual se adapta bien a los rasgos orientales del carácter ruso, y produce un estado mental muy parecido al de los primeros sucesores de Mahoma. La oposición es aplastada sin piedad, y sin que se renuncie a los métodos de los policías zaristas, muchos de los cuales aún están empleados en sus viejos puestos. Dado que todos los males se deben a la propiedad privada, los males del régimen bolchevique mientras éste tiene que combatir la propiedad privada cesarán automáticamente en cuanto haya triunfado.

Estos pareceres son la conocida consecuencia de una creencia fanática. Para una mente inglesa, refuerzan la convicción sobre la que se ha basado ininterrumpidamente la vida inglesa desde 1688[17], la convicción de que la benignidad y la tolerancia valen por todos los credos del mundo; un parecer que, en verdad, no aplicamos a las otras naciones ni a las razas sometidas.

Es natural que, al considerar una sociedad nueva, busquemos otros paralelos históricos. El aspecto más vil del actual gobierno ruso tiene su más próximo paralelo en el Directorio francés[18],

pero, en su mejor aspecto, el gobierno ruso es notablemente análogo al régimen de Cromwell[19]. Los comunistas sinceros (y todos los antiguos miembros del Partido han probado su sinceridad tras años de persecución) son semejantes a los soldados puritanos en la severidad de su intención político-moral. El trato de Cromwell con el Parlamento es muy distinto al de Lenin con la Asamblea Constituyente. Ambos, partiendo de una combinación de democracia y fe religiosa, se vieron llevados a sacrificar la democracia a la religión impuesta por la dictadura militar. Ambos trataron de obligar a sus países a vivir una moralidad y un esfuerzo de nivel más elevado de lo que la población encontraba tolerable. La vida en la Rusia moderna, como en la Inglaterra de los puritanos, es, en muchos aspectos, contraria al instinto. Y si los bolcheviques finalmente caen, será por la misma razón por la que cayeron los puritanos: porque llega un momento en que los hombres entienden que la comodidad y el recreo valen más que todos los demás bienes juntos.

Mucho más próximo que cualquier paralelo histórico es el de la *República* de Platón. El partido comunista corresponde a los «guardianes»; los soldados ocupan aproximadamente la misma posición en ambos casos; hay en Rusia una tentativa de tratar la vida de familia más o menos del modo que recomendó Platón. Supongo que puede presumirse que todo profesor de platonismo, en cualquier lugar del mundo, aborrece a los bolcheviques, y que todo bolchevique considera a Platón como un burgués anticuado. Pero, en todo caso, el paralelo es extraordinariamente exacto entre la *República* de Platón y el régimen que los mejores bolcheviques se esfuerzan en crear.

El bolchevismo es interiormente aristocrático y exteriormente militante. Los comunistas recuerdan en muchos aspectos al tipo británico del estudiante de colegios privados: tienen todos los rasgos buenos y malos de una aristocracia joven y vital. Son valientes, enérgicos, aptos para el mando, siempre dispuestos a ser-

vir al Estado; por otra parte, son dictatoriales y tienen poca consideración por la plebe. Son prácticamente los únicos que poseen el poder, y gozan, en consecuencia, de innumerables ventajas. La mayoría de ellos, aunque alejados del lujo, comen mejor que las demás personas. Sólo las personas de alguna importancia política pueden obtener automóviles o teléfonos. Los permisos para viajar en ferrocarril, para comprar en los almacenes del soviet (donde los precios son aproximadamente una quincuagésima parte de lo que son en el mercado), para ir al teatro, etc., son, desde luego, más fáciles de conseguir para los amigos de los que están en el poder que para el común de los mortales. De mil maneras, los comunistas tienen una vida más feliz que la del resto de la comunidad. Sobre todo, están menos expuestos a las molestas atenciones de la policía y de la comisión extraordinaria.

La teoría comunista de los asuntos internacionales es sobremanera sencilla. La revolución predicha por Marx, que ha de abolir el capitalismo en todo el mundo, comenzó de hecho en Rusia, aunque la teoría marxista parecía exigir que hubiera comenzado en los Estados Unidos. En los países en los que la revolución aún no ha estallado, el único deber de un comunista es acelerar su advenimiento. Los acuerdos con los Estados capitalistas no pueden ser más que expedientes provisionales, y nunca pueden equivaler, por ninguna de las dos partes, a una paz sincera. Ningún verdadero bien puede acaecer en país alguno sin una revolución sangrienta. Los hombres del laborismo inglés pueden imaginarse que es posible una evolución pacífica, pero descubrirán su error. Lenin me dijo que espera ver un gobierno laborista en Inglaterra, y que desearía que sus partidarios trabajasen por éste, pero únicamente para que la esterilidad del parlamentarismo quedase concluyentemente demostrada ante los trabajadores ingleses. Nada podrá hacer un verdadero bien salvo armar al proletariado y desarmar a la burguesía. Todos los que predican otra cosa son o traidores sociales o estúpidos ilusos.

Por mi parte, después de sopesar cuidadosamente esa teoría, y después de admitir la totalidad de su acusación al capitalismo burgués, me siento clara y firmemente opuesto a ella. La Tercera Internacional es una organización que existe para promover la lucha de clases y acelerar en todas partes el advenimiento de la revolución. Mi objeción no es que el capitalismo sea menos malo de lo que los bolcheviques creen, sino que el socialismo es menos bueno, no en la mejor de sus formas, pero sí en la única forma que probablemente produzca la guerra. Los males de la guerra, sobre todo los de la guerra civil, son seguros y muy grandes; los beneficios que se alcancen con la victoria son problemáticos. En el curso de una lucha desesperada es probable que se pierda la herencia de la civilización, mientras que el odio, la desconfianza y la crueldad se normalizan en las relaciones entre seres humanos. Para vencer en la guerra se hace necesaria una concentración del poder, y de la concentración del poder se derivan los mismos males que de la concentración de la riqueza en el capitalismo. Principalmente por esas razones, no puedo apoyar ningún movimiento que tenga como objetivo una revolución mundial. El daño hecho por la revolución a la civilización en un país puede ser reparado por la influencia de otro en el que no haya habido revolución; pero en un cataclismo universal podría hundirse la civilización durante un milenio. Pero, si bien no puedo abogar por la revolución universal, tampoco puedo eludir la conclusión de que los gobiernos de los principales países capitalistas están actuando del modo más adecuado para que se produzca. El abuso de nuestro poder contra Alemania, Rusia y la India (para no hablar de otros países) puede muy bien provocar nuestra ruina y producir esos mismos males que más temen los enemigos del bolchevismo.

El verdadero comunista es totalmente internacional. Lenin, por ejemplo, según yo pude juzgar, no está más preocupado por los intereses de Rusia que por los de los demás países; Rusia es,

en estos momentos, la protagonista de la revolución social, y por ello, valiosa para el mundo, pero si alguna vez se presentase la alternativa, Lenin sacrificaría a Rusia antes que a la revolución. Ésa es la actitud ortodoxa, y es sin duda genuina en muchos de los dirigentes. Pero el nacionalismo es natural e instintivo; por el orgullo en la revolución crece de nuevo incluso en el pecho de los comunistas. A consecuencia de la guerra de Polonia, los bolcheviques han adquirido el apoyo del sentimiento nacional, y su posición en el país se ha fortalecido inmensamente.

La única vez que vi a Trotski fue en la Ópera de Moscú. La delegación laborista británica ocupaba lo que había sido el palco imperial. Después de hablar con nosotros en la antecámara, caminó hasta la parte delantera del palco y quedó allí, con los brazos cruzados, mientras la multitud lo vitoreaba hasta enronquecer. Luego dijo algunas frases, breves y nítidas, con precisión militar, y finalizó pidiendo «tres vivas por nuestros valientes camaradas del frente», a los que contestó el público como habría respondido un auditorio londinense en el otoño de 1914. Es indudable que Trotski y el Ejército Rojo tienen ahora tras ellos un gran bloque de sentimiento nacionalista. La reconquista de la Rusia asiática ha revivido incluso lo que es en esencia un modo imperialista de sentir, aun cuando muchos de aquellos en quienes me pareció descubrirlo lo repudiarían con indignación. La experiencia del poder está alterando de manera inevitable las teorías comunistas, y es sumamente difícil que unos hombres que controlan un vasto aparato gubernamental tengan exactamente el mismo concepto de la vida que tenían cuando eran fugitivos acosados. Si los bolcheviques se mantienen en el poder, es muy de temer que su comunismo se marchite, y que vayan pareciéndose cada vez más a cualquier otro gobierno asiático, por ejemplo, a nuestro propio gobierno en la India.

III

Lenin, Trotski y Gorki

Poco después de mi llegada a Moscú tuve una conversación de una hora, en inglés, con Lenin, que habla aceptablemente el idioma. Un intérprete se encontraba presente, pero sus servicios apenas fueron requeridos. La habitación de Lenin es muy sencilla; contiene una gran mesa de trabajo, algunos mapas en las paredes, dos librerías y un cómodo asiento para visitantes, además de dos o tres sillas duras. Es obvio que Lenin no aprecia el lujo, ni siquiera el confort. Es muy cordial, y aparentemente sencillo, sin la menor huella de altivez. Si alguien se encontrase con él sin saber quién era, no podría adivinar que estuviera en posesión de un gran poder, ni siquiera que fuese eminente en algún sentido. Nunca he encontrado a un personaje tan desprovisto de arrogancia. Contempla a sus visitantes muy atentamente, y entorna un ojo, lo que parece aumentar de un modo alarmante el poder de penetración del otro. Ríe mucho; al principio, su risa parece meramente amistosa y alegre, pero gradualmente fui sintiendo que era más bien sombría. Es dictatorial, tranquilo, incapaz de sentir miedo, asombrosamente desprovisto de egoísmo, una teoría viviente. Uno siente que la concepción materialista de la historia constituye su vida. Parece un profesor en su deseo de hacer comprender la teoría y en su furia contra los que la entienden mal o la rechazan, y también en el amor con que la expone. Me produjo la impresión de que desprecia a muchas personas y de que es un aristócrata intelectual.

Lo primero que le pregunté fue hasta qué punto reconocía la peculiaridad de las condiciones políticas y económicas inglesas. Yo estaba ansioso por saber si para unirse a la Tercera Internacional era una condición indispensable abogar por la revolución

violenta, pero no formulé directamente esa pregunta porque otros iban a hacerla oficialmente. La respuesta de Lenin me resultó insatisfactoria. Reconoció que en estos momentos hay pocas posibilidades de revolución en Inglaterra, y que el trabajador no siente aún aversión por el régimen parlamentario. Pero espera que pueda conseguirse ese resultado gracias a un gobierno laborista. Él piensa que si el señor Henderson[20], por ejemplo, llegara a ser el primer ministro, no se haría nada verdaderamente importante; la clase obrera organizada se volvería entonces, según él espera y cree, hacia la revolución. Sobre esa base, desea que sus partidarios ingleses hagan todo cuanto esté en sus manos para asegurar una mayoría laborista en el Parlamento; no recomienda la abstención, sino la participación en las contiendas parlamentarias, con la intención de que se haga patente que el Parlamento es despreciable. Las razones que hacen que las tentativas de revolución violenta nos parezcan a la mayoría de nosotros improbables e indeseables, no tienen ningún peso para él, y le parecen meros prejuicios burgueses. Cuando yo sugerí que todo lo que sea posible en Inglaterra puede ser logrado sin derramamiento de sangre, descartó la sugerencia como fantástica. Tuve una pobre impresión en cuanto a conocimiento o imaginación psicológica a propósito de la Gran Bretaña. La tendencia marxista es en verdad contraria a la imaginación psicológica, ya que el marxista lo atribuye todo en política a causas puramente materiales.

A continuación le pregunté si creía posible establecer firmemente y de manera completa el comunismo en un país que contiene una mayoría tan grande de campesinos. Admitió que era difícil, y se rió del cambio que se obliga a hacer al campesino, de comida por papel moneda. Pero dijo —lo que indudablemente es cierto— que las cosas se enderezarán por sí mismas cuando haya bienes que ofrecer al campesino. Espera que eso sea posible, en parte, por la electrificación de la industria, que, dice, es una necesidad en Rusia, pero que tardará diez años en completar-

se[21]. Habló con entusiasmo, como todos ellos, del gran proyecto de generar fuerza eléctrica por medio del carbón de turba. Por supuesto, considera que el levantamiento del bloqueo será el único remedio radical; pero no confiaba mucho en que pudiera conseguirse de una manera completa y permanente, salvo por medio de revoluciones en otros países. La paz entre la Rusia bolchevique y los países capitalistas, dijo, tiene que ser siempre insegura; la Entente podría ser conducida, por cansancio y por disensiones internas, a firmar la paz, pero estaba convencido de que ésta sería de corta duración. Encontré en él, como en casi todos los jefes comunistas, mucha menos ansia por la paz y por el levantamiento del bloqueo que la que existía en nuestra delegación. Lenin cree que nada de verdadero valor puede alcanzarse, excepto por medio de la revolución mundial y la abolición del capitalismo; me pareció que él consideraba la reanudación del comercio con los países capitalistas como un mero paliativo de dudoso valor.

Lenin describió la división entre los campesinos ricos y pobres, y la propaganda del gobierno entre los segundos contra los primeros, que conducía a actos de violencia que él parecía encontrar divertidos. Habló como si la dictadura sobre los campesinos tuviera que continuar durante largo tiempo, a causa del deseo de comercio libre por parte de los campesinos. Dijo que sabía por estadísticas (que estoy dispuesto a creer) que los campesinos habían tenido más alimentos en los dos últimos años que nunca antes; «y, sin embargo, están contra nosotros», añadió con cierta melancolía. Le pregunté qué se podía contestar a los críticos que dicen que en el campo había creado meramente una propiedad campesina, pero no el comunismo; replicó que eso no era exactamente la verdad, pero no dijo cuál es la verdad[22].

La última pregunta que le hice fue la de si la reanudación del comercio con los países capitalistas, en el caso de que se produjera, crearía centros de influencia capitalista y haría así más difícil

la consolidación del comunismo. Me había parecido que los más ardientes comunistas podían temer el intercambio comercial con el mundo exterior, como conducente a una infiltración de la herejía, y porque haría casi imposible la rigidez del sistema actual. Deseaba saber si a él le parecía igual. Lenin admitió que el comercio crearía dificultades, pero que éstas serían inferiores a las de la guerra. Dijo que dos años antes ni él ni sus colegas creían poder sobrevivir contra la hostilidad del mundo. Él atribuye su supervivencia a los celos e intereses divergentes de las diferentes naciones capitalistas, y también al poder de la propaganda bolchevique. Dijo que los alemanes se habían reído cuando los bolcheviques se propusieron combatir las armas con octavillas, pero que los hechos habían probado que las octavillas no eran menos poderosas. Creo que no reconoce que los partidos socialista y laborista han tenido alguna parte en aquel éxito. Parece no saber que la actitud del laborismo británico ha ayudado mucho a imposibilitar una guerra de primera magnitud contra Rusia, al forzar al gobierno a limitarse a lo que podía hacer como a escondidas y podía negar sin mendacidad demasiado estridente.

Le producen un verdadero placer los ataques de lord Northcliffe[23], al que desea enviar una medalla como recompensa de la propaganda soviética. Las acusaciones de despojo, dice, pueden impresionar al burgués, pero tienen un efecto opuesto sobre el proletariado.

Creo que si me hubiese encontrado con él sin saber quién era, no habría adivinado que era un gran hombre; me causó la impresión de ser demasiado dogmático y estrechamente ortodoxo. Su fuerza proviene, imagino, de su honradez, de su valor y de su resuelta fe; una fe religiosa en el evangelio marxista, que ocupa el lugar de la esperanza puesta en el paraíso por los mártires cristianos, excepto que es menos egoísta. Tiene tan poco amor a la libertad como los cristianos que padecieron bajo Diocleciano y se vengaron cuando alcanzaron el poder. Quizás el amor a la liber-

tad sea incompatible con la incondicional creencia en una panacea para todos los males humanos. Si es así, no puedo sino regocijarme ante el temple escéptico del mundo occidental. Fui socialista a Rusia; pero el contacto con los que no tienen dudas ha multiplicado por mil mis propias dudas, no en cuanto al socialismo en sí, sino en cuanto a la sensatez de sostener un credo con tanta firmeza que, en su nombre, los hombres estén dispuestos a difundir la miseria.

Trotski, al que los comunistas no consideran ni mucho menos un igual de Lenin, me hizo una mayor impresión desde el punto de vista de la inteligencia y de la personalidad, aunque no del carácter. No obstante, tuve un conocimiento muy escaso de él para poder sacar algo más que una impresión muy superficial. Tiene ojos brillantes, porte militar, inteligencia fulgurante y una personalidad magnética. Es muy bien parecido, tiene un admirable cabello ondulado, y da la impresión de ser irresistible para las mujeres. Advertí en él una vena de alegre buen humor, siempre que no se le contrariase. Pensé, quizás equivocadamente, que su vanidad era aún mayor que su amor al poder, la clase de vanidad que se asocia a los artistas o los actores. La comparación con Napoleón se hacía obligada. Pero no dispuse de medios para estimar la fuerza de sus convicciones comunistas, que pueden ser muy sinceras y profundas.

En extraordinario contraste con ambos hombres está Gorki, con el que tuve una corta entrevista en Petrogrado. Estaba en la cama, muy enfermo, y evidentemente acongojado. Me pidió que, en cualquier cosa que yo pudiese decir acerca de Rusia, subrayase siempre lo que Rusia ha sufrido. Gorki apoya al gobierno —como lo haría yo, si fuera ruso—, no porque lo crea impecable, sino porque otras alternativas posibles serían peores. Se advierte en él un amor al pueblo ruso que le hace casi insoportable su actual sufrimiento, y le libra de la fe fanática que sostiene a los marxistas puros. Me pareció el más estimable de los

rusos que conocí y aquel con el que me era más fácil simpatizar. Quise conocer mejor su actitud, pero hablaba con dificultad, y era constantemente interrumpido por terribles ataques de tos, de modo que me fue imposible quedarme. Todos los intelectuales con los que hablé —una clase que ha sufrido terriblemente— expresaban su gratitud por lo que éste ha hecho en su beneficio. La concepción materialista de la historia está muy bien, pero el cuidarse algo de las cosas más elevadas de la civilización es un alivio. A veces se ha dicho que los bolcheviques han hecho grandes cosas por el arte, pero yo no pude descubrir que hubieran hecho más que conservar algo de lo que ya existía. Cuando pregunté a uno de ellos, dio muestras de impaciencia y me dijo: «No tenemos tiempo para un arte nuevo, como tampoco para una nueva religión». Inevitablemente, y a pesar de que el gobierno favorece el arte tanto como puede, la atmósfera no es adecuada al florecimiento del arte, porque el arte es anárquico y se resiste a la organización. Gorki ha hecho todo lo que un hombre podía hacer para preservar la vida intelectual y artística en Rusia. Temí que estuviese moribundo, y que también estuviese moribundo el arte. Espero haberme equivocado en ambas cosas.

IV

El comunismo y la Constitución soviética

Antes de ir a Rusia imaginaba que iba a presenciar un interesante experimento de una nueva forma de gobierno representativo. Vi, en efecto, un experimento interesante, pero no de gobierno representativo. Todo el que esté interesado en el bolchevismo sabe de la serie de elecciones, desde la reunión aldeana hasta el Soviet de todas las Rusias, de las que se supone que derivan su poder los comisarios del pueblo. Se nos ha dicho que, por la destitución mediante el voto, el electorado profesional y otros, se había encontrado un mecanismo mucho más perfecto para averiguar y registrar la voluntad popular. Uno de los aspectos que esperábamos estudiar era la cuestión de si el sistema soviético es verdaderamente superior, en ese aspecto, al parlamentarismo.

No pudimos emprender ningún estudio semejante porque el sistema soviético está moribundo[24]. Ningún sistema concebible de libre elección podría dar la mayoría a los comunistas, ni en la ciudad ni en el campo. En consecuencia, se han adoptado diversos métodos para dar la victoria a los candidatos del gobierno. En primer lugar, el voto se hace por el procedimiento de mano alzada, de modo que todos los que votan contra el gobierno son hombres marcados. En segundo lugar, ningún candidato que no sea comunista puede imprimir nada, porque todas las imprentas están en manos del Estado. En tercer lugar, no puede hablar en reuniones públicas porque todas las salas están en manos del Estado. La totalidad de la prensa periódica es, desde luego, oficial; ningún diario independiente está permitido. A pesar de todos esos obstáculos, los mencheviques han conseguido obtener unos cuarenta escaños, de los 1500 del Soviet de Moscú, por tratarse

de personas conocidas en determinadas grandes fábricas, donde la campaña electoral podía hacerse hablando cara a cara. De hecho ganaron todos los escaños que disputaron.

Sin embargo, aunque el Soviet de Moscú es nominalmente soberano en Moscú, realmente es sólo un cuerpo de electores que eligen el Comité Ejecutivo de cuarenta, de los cuales, a su vez, se elige el Presidium, que consta de nueve hombres que tienen todo el poder. El Soviet de Moscú, en su totalidad, casi nunca se reúne; el Comité Ejecutivo se supone que se reúne una vez por semana, pero no se reunió mientras nosotros estuvimos en Moscú. El Presidium, al contrario, se reúne todos los días. Por supuesto, es fácil que el gobierno ejerza presión para elegir al Comité Ejecutivo, y, luego, para el Presidium. Debe recordarse que una protesta eficaz es imposible a causa de la supresión absolutamente completa de la libre expresión y de la prensa libre. El resultado es que el Presidium del Soviet de Moscú consta únicamente de comunistas ortodoxos.

Kámenev, el presidente de la Unión Soviética, nos informó de que la destitución de funcionarios por votación popular se emplea a menudo; dijo que en Moscú se producen, por término medio, unas treinta cada mes. Le pregunté cuáles eran las principales razones por las que se producían, y él mencionó cuatro: la bebida; ir al frente (y hacerse, en consecuencia, imposible el cumplimiento de los deberes del cargo); un cambio de política por parte de los electores, y no hacer a éstos un informe quincenal, que se espera que hagan todos los miembros del soviet. Es evidente que el sistema ofrece oportunidades a la presión gubernamental, pero no tuve ocasión de averiguar si ésta se usa con aquella finalidad.

En los distritos campesinos el método empleado es algo diferente. Es imposible asegurar que el soviet aldeano conste de comunistas, porque, por regla general, al menos en las aldeas que yo conocí, no hay comunistas. Pero cuando pregunté en las al-

deas cómo estaban representados en el Volost (el área inmediatamente más amplia) o la Gubernia[25], me encontré siempre con la respuesta de que no estaban en absoluto representados. Yo no pude verificarlo, y probablemente se trataba de una exageración, pero todos coincidían en que si eligiesen un representante no comunista, éste no podría obtener un pase para el ferrocarril, y, en consecuencia, no podría asistir al Soviet del Volost o la Gubernia. Vi una reunión del Soviet de la Gubernia de Sarátov. La representación se dispone de tal modo que los trabajadores de la ciudad tienen una enorme preponderancia sobre los campesinos de los alrededores; pero, aun permitiéndolo, la proporción de campesinos parecía asombrosamente pequeña tratándose del centro de una zona agrícola muy importante.

El Soviet de todas las Rusias, que es constitucionalmente el cuerpo supremo, ante el que son responsables los comisarios del pueblo, casi nunca se reúne, y se ha ido haciendo cada vez más formalista. Su única función en la actualidad, hasta donde yo pude descubrir, es ratificar, sin discusión, las decisiones previas del Partido Comunista en materias (especialmente a propósito de política exterior) en las que la Constitución requiere su decisión.

Todo verdadero poder está en manos del Partido Comunista, que cuenta con unos 600 000 miembros en una población de aproximadamente 120 millones. Nunca me encontré al azar con un comunista: la gente con la que me encontré en las calles o en las aldeas, cuando pude conversar con ella, me dijo casi invariablemente que no era de ningún partido. La única respuesta distinta con la que me encontré una vez fue la de algunos campesinos que afirmaron con franqueza ser zaristas. Es preciso decir que las razones por las cuales los campesinos sienten aversión hacia los bolcheviques son muy inadecuadas. Se dice —y todo lo que vi confirma esa afirmación— que los campesinos están mejor que nunca antes. No vi a ninguno —hombre, mujer o niño— en las aldeas que pareciese desnutrido. Los grandes terrate-

nientes han sido despojados de sus tierras, y los campesinos se han beneficiado de ello. Pero las ciudades y el ejército siguen necesitando alimentos, y el gobierno no puede dar a cambio a los campesinos otra cosa que papel, lo cual les molesta tener que aceptar. Es un hecho singular que los rublos zaristas valgan diez veces más que los rublos soviéticos, y son mucho más corrientes en el campo. Aunque son ilegales, monederos repletos de aquéllos se exhiben abiertamente en los lugares de mercado. No creo que deba inferirse de ello que los campesinos esperen una restauración zarista; se trata simplemente de un efecto de la costumbre y del poco gusto por la novedad. Los campesinos no han oído hablar nunca del bloqueo; en consecuencia, no pueden entender por qué el gobierno es incapaz de darles las ropas o los aperos que necesitan. Al haber conseguido sus tierras e ignorar los asuntos externos a su propia vecindad, desean que su aldea sea independiente, y se resentirían ante las exigencias de cualquier gobierno.

Dentro del Partido Comunista hay, desde luego, como en toda burocracia, diferentes facciones, aunque hasta ahora la presión exterior ha impedido la desunión. Me pareció que el personal de la burocracia podía dividirse en tres clases. Están, en primer lugar, los viejos revolucionarios, probados por años de persecución. Estos ocupan la mayoría de los puestos más elevados. La prisión y el exilio los han hecho tenaces y fanáticos, y más bien han perdido el contacto con su propio país. Son hombres honrados, con una profunda creencia en que el comunismo regenerará al mundo. Se creen totalmente libres de sentimiento, pero, en realidad, son sentimentales a propósito del comunismo y a propósito del régimen que están creando; no pueden enfrentarse al hecho de que lo que están creando no es un comunismo completo, ni de que el comunismo es anatema para el campesino, que quiere su propia tierra y nada más. Son despiadados en el castigo de la corrupción y de la embriaguez cuando las encuentran entre

los funcionarios; pero han construido un sistema en el que las tentaciones a la pequeña corrupción son tremendas, y su propia teoría materialista debería convencerles de que, bajo tal sistema, la corrupción debe de ser desenfrenada.

La segunda clase de burócratas, entre los que se encuentran la mayoría de los que ocupan puestos políticos inmediatamente inferiores a la cúpula, consta de arribistas, que son bolcheviques entusiastas a causa del triunfo material del bolchevismo. Entre éstos puede reconocerse al ejército de policías, espías y agentes secretos, herencia, en gran parte, del régimen zarista, que se benefician del hecho de que nadie puede vivir si no es quebrantando la ley. Ese aspecto del bolchevismo encuentra un buen ejemplo en la Comisión Extraordinaria, un cuerpo prácticamente independiente del gobierno que posee sus propios regimientos, mejor alimentados que los del Ejército Rojo. Ese cuerpo tiene la facultad de detener a cualquier hombre o mujer sin proceso, bajo acusación de especulación o de actividades contrarrevolucionarias. Ha fusilado a millares sin proceso propiamente dicho, y, aunque ahora ha perdido nominalmente el poder de infligir la pena de muerte, no puede asegurarse de ningún modo que lo haya perdido de hecho. Tiene espías por todas partes, y el común de los mortales le tiene horror[26].

La tercera clase de la burocracia consta de hombres que no son comunistas fervientes, unidos al gobierno desde que éste ha dado pruebas de estabilidad, y que trabajan por éste, o bien por patriotismo, o bien porque gozan de la posibilidad de desarrollar sus ideas libremente, sin el obstáculo de las instituciones tradicionales. En esa clase se encuentra el tipo del hombre de negocios de éxito, individuos con el mismo tipo de talento que se da entre los magnates norteamericanos, hechos a sí mismos, de la industria y el comercio, pero que trabajan en pos del éxito y el poder, no del dinero. No hay duda de que los bolcheviques están resolviendo satisfactoriamente el problema de incorporar dichos ta-

lentos al servicio público, sin permitirles amasar riqueza, como ocurre en los países capitalistas. Ése es tal vez su mayor éxito hasta ahora, además del dominio de la guerra. Y ese hecho hace que pueda suponerse que, si se permite a Rusia tener paz, tendrá lugar un asombroso desarrollo industrial que convertirá a Rusia en rival de los Estados Unidos. Todos los objetivos de los bolcheviques son industrialistas; todo les gusta en la industria moderna, excepto las ganancias excesivas de los capitalistas. Y la dura disciplina a que están sometiendo a los trabajadores está calculada, hasta donde es posible, para proporcionar a éstos los hábitos de laboriosidad y honradez de que hasta ahora han estado faltos, falta que es lo único que impide a Rusia ser uno de los principales países industriales.

V

El fallo de la industria soviética

A primera vista es sorprendente que la industria rusa se haya hundido tanto como ha ocurrido, y aún más sorprendente que los esfuerzos de los comunistas no hayan conseguido reavivarla. Como creo que la eficacia ininterrumpida de la industria es la condición principal para el éxito en la transición al Estado socialista, me empeñaré en analizar las causas del colapso a fin de descubrir la manera de que sea evitado en otros lugares.

En cuanto al hecho del colapso no puede haber duda alguna. El IX Congreso del Partido Comunista (marzo-abril de 1920) habla de «las increíbles catástrofes de la economía pública», y, con relación al transporte, uno de los elementos vitales del problema, reconoce «el terrible colapso del sistema de transportes y ferrocarriles», e insta a la introducción de «medidas que no pueden ser diferidas y que han de evitar la parálisis absoluta del sistema ferroviario, y, con esto, la ruina de la República Soviética». Casi todos los que han visitado Rusia podrían confirmar esa opinión sobre la gravedad de la situación. En las factorías, en grandes fábricas como las de Putílov y Sornovo, se hace muy poca cosa aparte de trabajos de guerra: la maquinaria está parada y las plantas están haciéndose inservibles. Apenas se ven en Rusia artículos de nueva fabricación, aparte de una cantidad muy insuficiente de vestido y calzado, excepto siempre lo que se necesita para el Ejército. Y la dificultad de obtener alimentos es prueba concluyente de la ausencia de la clase de bienes que necesitan los campesinos.

¿Cómo se ha producido ese estado de cosas? Y, ¿por qué continúa?

Hubo mucha desorganización antes de la primera revolución[27] y con Kérenski[28]. La industria rusa dependía en parte de Polonia: la guerra se condujo con métodos de insensato despilfarro, sobre todo en material rodante; con Kérenski hubo una tendencia a las vacaciones universales, se tenía la impresión de que la libertad había acabado con la necesidad de trabajar. Pero, aunque se reconozca todo ello plenamente, persiste la verdad de que el estado de la industria, bajo los bolcheviques, es mucho peor que con Kérenski.

La primera y más evidente razón de ese hecho es que Rusia dependía, de un modo más bien insólito, de la ayuda extranjera. No sólo la maquinaria de las fábricas y las locomotoras de los ferrocarriles provienen del extranjero, sino que los cerebros técnicos y organizadores de la industria eran sobre todo extranjeros. Cuando la Entente se convirtió en enemiga de Rusia, los extranjeros que trabajaban para la industria rusa, o regresaron a sus países, o ayudaron a la contrarrevolución. Incluso aquellos que en realidad eran leales se convirtieron, de modo natural, en sospechosos, y se hizo difícil emplearlos en puestos de responsabilidad, tanto como ocurrió con los alemanes en Inglaterra durante la guerra. Los rusos nativos que tenían capacidad técnica u organizadora apenas estaban mejor; casi todos ellos practicaron el sabotaje en el primer período del régimen bolchevique. Se cuentan divertidas historias de marineros rasos luchando frenéticamente con complicadas cuentas porque ningún contable competente quería trabajar para los bolcheviques.

Pero aquellos días pasaron. Cuando se vio que el gobierno era estable, muchos de aquellos que primeramente lo habían saboteado pasaron a aceptar puestos oficiales, y en ellos están ahora, muchas veces con salarios verdaderamente excepcionales. Su importancia ha sido plenamente reconocida. Una resolución del Congreso antes mencionado dice[29]:

Siendo de la opinión de que, sin una organización científica de la industria, incluso la más amplia aplicación del servicio de trabajo obligatorio, así como el gran heroísmo laboral de la clase trabajadora, no sólo será incapaz de asegurar el establecimiento de una poderosa producción socialista, sino también de ayudar al país a liberarse de las garras de la pobreza, el Congreso considera imperativo contar con todos los especialistas de los diversos departamentos de la economía pública, y utilizarlos ampliamente con fines de organización industrial.

El Congreso considera que la elucidación, ante la amplia masa de los trabajadores, del tremendo carácter de los problemas económicos del país, es uno de los principales problemas de la agitación y propaganda política industrial y general; y que igual importancia tienen la educación técnica y la experiencia técnica, científica y administrativa. El Congreso hace obligatorio a todos los miembros del Partido que combatan encarnizadamente esa forma particularmente detestable, la ignorante noción que considera que la clase trabajadora es capaz de resolver todos los problemas sin la ayuda, *en los casos de mayor responsabilidad*, de especialistas de la escuela burguesa, la gerencia. Los elementos demagógicos que especulan sobre esa clase de prejuicio en el sector más retrasado de nuestras clases trabajadoras, no pueden tener un puesto en las filas del partido del socialismo científico.

Pero Rusia, por sí sola, es incapaz de suministrar la suma de capacidad requerida, y está muy falta de instructores técnicos, así como de trabajadores capacitados. Se nos dijo una y otra vez que el primer paso en la mejora sería la obtención de repuestos para locomotoras. Parece extraño que éstos no pudieran fabricarse en Rusia. En cierta medida es posible, y nos fueron mostradas locomotoras reparadas en los Sábados comunistas. Sin embargo, en general falta maquinaria para fabricar piezas de repuesto, y no existe la capacitación necesaria para su fabricación. Así pues, persiste la dependencia del exterior, y el bloqueo continúa su horrible obra de extender el hambre, la desmoralización y la desesperanza.

La cuestión de la alimentación está íntimamente vinculada con la cuestión de la industria. Se trata de un círculo vicioso, porque no sólo la ausencia de productos manufacturados causa escasez de alimentos en las ciudades, sino la escasez de alimentos, a su vez, disminuye el vigor de los trabajadores y los hace menos aptos para producir bienes. No puedo sino pensar que ha habido mala gestión en lo referente a la cuestión de los alimentos. Por ejemplo, en Petrogrado muchos trabajadores tienen parcelas, y a

menudo las labran durante ocho horas después de la jornada de ocho horas en su trabajo regular. Pero el alimento producido en las parcelas se destina al consumo general, no se deja a cada trabajador individual. Esto sigue la teoría comunista, pero es indudable que disminuye grandemente el incentivo para el trabajo e incrementa los trámites y la maquinaria administrativa.

Otra gran fuente de problemas ha sido la falta de combustible. Antes de la guerra, el carbón provenía principalmente de Polonia y de la cuenca del Donetz. Rusia ha perdido Polonia, y la cuenca del Donetz estaba en manos de Denikin, el cual, antes de retirarse, destruyó las minas de tal modo que aún no están en condiciones de explotación. El resultado es, en la práctica, la falta absoluta de carbón. El petróleo, que es igualmente importante en Rusia, ha faltado también hasta la reciente recuperación de Bakú. Todo lo que vi en el Volga me hace creer que en la organización del transporte de petróleo se han dado muestras de verdadera eficiencia, y es indudable que eso hará algo para reavivar la industria. Pero el petróleo solía ser elaborado en gran medida por ingleses, y hay gran necesidad de maquinaria inglesa para su refinado. Mientras tanto, Rusia ha tenido que depender de la madera, lo que supone una mano de obra inmensa. La mayoría de las casas carecen de calefacción en invierno, de modo que las personas viven a una temperatura por debajo del punto de congelación. Otra consecuencia de la falta de combustible fue la rotura de las tuberías, de modo que los habitantes de Petrogrado, en su mayor parte, tenían que bajar al Neva a buscar agua, un considerable aumento de tarea, tras un día en el que ya habían trabajado en exceso.

Me parece difícil creer que, si hubiese habido en el gobierno una mayor eficiencia, no hubieran podido aliviarse considerablemente las dificultades en materia de alimentación y combustibles. A pesar de las necesidades del Ejército, hay todavía en Rusia muchos caballos; he visto en el Volga manadas de millares de

caballos que al parecer pertenecían a tribus calmucas. Con ayuda de carretas y trineos debería de ser posible, sin más trabajo que el justificado por la importancia del problema, llevar alimentos y madera a Moscú y Petrogrado. Debe recordarse que ambas ciudades están rodeadas de bosques, y Moscú al menos está rodeada por buenas tierras agrícolas. El gobierno ha dedicado hasta el momento sus mejores energías a las dos tareas de la guerra y la propaganda, mientras que a la industria y al problema de la alimentación se ha reservado un grado menor de energía e inteligencia. Es sin duda probable que, si se asegura la paz, los problemas económicos recibirán más atención que hasta ahora. Pero el carácter ruso parece menos adaptado a un trabajo regular y constante de naturaleza poco estimulante que a los esfuerzos heroicos en las grandes ocasiones; tiene una inmensa resistencia pasiva, pero no mucha tenacidad activa. El que, una vez alejada la amenaza de invasión extranjera, haya suficiente energía puntual y cotidiana para la reorganización de la industria, es una cuestión dudosa que sólo el tiempo puede aclarar.

Eso lleva a la conclusión —que creo que han aceptado la mayoría de los dirigentes rusos— de que será, en verdad, muy difícil salvar la revolución sin ayuda económica del exterior. La ayuda exterior, procedente de los países capitalistas, es peligrosa para los principios del comunismo, además de precaria por la alta probabilidad de nuevas fuentes de disputa. Aunque la necesidad de ayuda es urgente, si tuviera éxito la política de promover la revolución en otras partes, probablemente dejaría a las naciones interesadas en incapacidad temporal de proveer las necesidades rusas. Es, pues, necesario que Rusia acepte los riesgos e incertidumbres que supone el intento de hacer la paz con la Entente y comerciar con los Estados Unidos. Al continuar la guerra, Rusia puede hacernos un daño infinito, sobre todo en Asia, pero no puede esperar conseguir, en muchos años, ningún grado de prosperidad interna. Se trata, pues, de una situación en la que, inclu-

so desde el punto de vista más estrecho, la paz conviene a ambas partes.

Es difícil que un forastero que sólo tiene un conocimiento superficial juzgue los esfuerzos realizados para reorganizar la industria sin la ayuda exterior. Esos esfuerzos han tomado principalmente la forma del reclutamiento industrial. Los trabajadores de las ciudades procuran escapar al campo para tener comida suficiente; pero es ilegal y está severamente castigado. El mismo Informe Comunista que ya he citado se refiere a ese tema del modo siguiente:

> *La deserción del trabajo*. — Habida cuenta del hecho de que una parte considerable de los trabajadores, en busca de mejores condiciones alimentarias o muchas veces con fines de especulación, abandonan voluntariamente sus puestos de trabajo o se trasladan de un lugar a otro, lo que inevitablemente daña la producción y perjudica la posición general de la clase trabajadora, el Congreso considera que uno de los problemas más apremiantes del gobierno soviético y de la organización sindical es la lucha firme, sistemática e insistente contra la deserción del trabajo. El modo de combatir ésta es publicar una lista de multas por deserción, la creación de un destacamento de desertores con trabajo de castigo, y, finalmente, el internamiento en campos de concentración.

Se espera extender el sistema al campesinado:

> La derrota de los Ejércitos Blancos y los problemas de la construcción de la paz, en conexión con las increíbles catástrofes de la economía pública, exigen un esfuerzo extraordinario de todas las fuerzas del proletariado y reclutar para el proceso del trabajo público a las amplias masas del campesinado.

Sobre el vital tema del transporte, en un pasaje del que ya he citado un fragmento, el Partido Comunista declara:

> Para el futuro más inmediato, el transporte sigue siendo el centro de la atención y los esfuerzos del gobierno soviético. La mejora del transporte es la base indispensable sobre la que puede lograrse incluso el más moderado éxito en todas las otras esferas de la producción, y, ante todo, en la cuestión del aprovisionamiento.
>
> La dificultad principal con respecto a la mejora de los transportes es la debilidad del Sindicato de Transportes, que se debe en primer lugar a la heterogeneidad del personal de los ferrocarriles, entre el que todavía hay muchos pertenecientes al período de desorganización, y, en segundo lugar, al hecho de que los elementos mejores y con mayor consciencia de clase del proletariado ferroviario estuvieron en los diversos frentes de la guerra civil.

> Considerando que una amplia asistencia sindical a los trabajadores ferroviarios es una de las principales tareas del Partido, y como única condición para que el transporte pueda ser suficientemente mejorado, el Congreso reconoce al mismo tiempo la necesidad inflexible de emplear medidas exclusivas y extraordinarias (ley marcial, etcétera). Tal necesidad es consecuencia del terrible colapso del transporte y del sistema ferroviario, y no pueden ser diferidas medidas que eviten la parálisis absoluta del sistema ferroviario y, junto con la misma, la ruina de la República Soviética.

La actitud general tendente a la militarización del trabajo se enuncia en la Resolución con que comienza esta Sección del informe:

> El Noveno Congreso aprueba la decisión del Comité Central del Partido Comunista Ruso sobre la movilización del proletariado industrial, el servicio de trabajo obligatorio, la militarización de la producción y la asignación de destacamentos militares a las necesidades económicas.
>
> En relación con lo anterior, el Congreso decreta que la organización del Partido ayude de todas las maneras a los Sindicatos y a las Secciones de Trabajo a registrar a todos los trabajadores capacitados, con vistas a su empleo en las diversas ramas de la producción, de un modo tan consecuente y estricto como se ha hecho, y se continúa haciendo hasta ahora, en relación con los puestos de mando que precisa el ejército.
>
> Todo trabajador capacitado ha de regresar a su oficio específico. La excepción, es decir, la retención de un trabajador especializado en cualquier otra rama del servicio soviético, sólo se permite con la autorización expresa de las autoridades locales y centrales correspondientes.

Es evidente, sin duda, que con esas medidas los bolcheviques se han visto obligados a apartarse considerablemente de los ideales que originariamente inspiraron la Revolución. Pero la situación es tan desesperada que no podría censurárselos si sus medidas tuvieran éxito. En un naufragio se necesitan todas las manos, y sería ridículo todo parloteo sobre libertades individuales. La característica más preocupante de la situación es que esas severas medidas parecen haber tenido muy poco efecto. Quizás en el curso de los años Rusia podría bastarse a sí misma sin ayuda del mundo exterior, pero, mientras tanto, el sufrimiento sería terrible. Las primitivas esperanzas de la revolución se desvanecerían más y más. Todos los fracasos de la industria, toda regulación tiránica provocada por la desesperada situación, son utilizados por

la Entente como una justificación de su política. Si un hombre es privado de comer y beber, se debilita, pierde la razón, y finalmente muere. No suele considerarse que ésa sea una buena razón para infligir la muerte por inanición. Pero cuando se trata de naciones, las debilidades y luchas se consideran moralmente culpables, y se pretende que justifiquen nuevos castigos. Ése ha sido, al menos, el caso de Rusia. Nada ha producido dudas en la cabeza de nuestros gobernantes en cuanto a la pertinencia de esas políticas, salvo la fuerza del Ejército Rojo y el miedo de una revolución en Asia. ¿Puede sorprender a alguien que los sentimientos humanitarios profesados por una parte del pueblo inglés sean recibidos en la Rusia soviética más bien fríamente?

VI

La vida cotidiana en Moscú

La vida cotidiana en Moscú, en la medida en que pude descubrirla, no tiene ni los horrores descritos por los periódicos de Northcliffe ni las delicias imaginadas por los más ardorosos de nuestros socialistas jóvenes.

Por una parte, no hay desorden, hay muy poca criminalidad, y no mucha inseguridad para los que se mantienen alejados de la política. Todo el mundo trabaja duramente; las personas instruidas ya han encontrado en su mayoría su puesto en oficinas del gobierno, la enseñanza o alguna otra profesión administrativa en la que sea útil su educación. Los teatros, la ópera y el ballet continúan como antes, y son en verdad admirables; algunas de las butacas son de pago, otras se dan gratis a miembros de los sindicatos. No hay, desde luego, alcoholismo, o, en todo caso, tan poco que ninguno de nosotros vio el menor signo. Hay muy poca prostitución, infinitamente menos que en cualquier otra capital. Las mujeres se ven más libres de ser molestadas que en cualquier otra parte del mundo. La impresión general es de actividad virtuosa y ordenada.

Por otra parte, la vida es muy dura para todos, excepto para quienes ocupan buenos puestos. Es dura, en primer lugar, por la escasez de alimentos. Eso es ya conocido para todos cuantos se han interesado por Rusia, y no es necesario abundar en ello. Lo que no se reconoce tanto es que en Rusia la mayoría de las personas trabajan muchas más horas que en nuestro país. La jornada de ocho horas fue introducida con un gran bombo; luego, por la presión de la guerra, fue extendida a diez en algunos oficios. Pero no hay ninguna medida contra la dedicación adicional en otras ocupaciones, y muchísimas personas se dedican a otros tra-

bajos, porque las tarifas oficiales no alcanzan un salario mínimo vital. Lo cual no es culpa del gobierno, al menos no en la mayoría de los casos, sino que se debe sobre todo a la guerra y al bloqueo. Cuando termina la jornada de trabajo hay que destinar mucho tiempo a obtener comida y agua y otras necesidades de la vida. La imagen de los trabajadores yendo de aquí para allá, con ropas raídas, con el inevitable paquete en una mano y un bote de hojalata en la otra, por calles casi enteramente libres de tráfico, produce el efecto de la vida en una vasta aldea y no en una capital importante.

Las vacaciones, que en Inglaterra son habituales para todos, excepto para las clases más pobres, son muy difíciles en Rusia. El viaje en tren requiere de un permiso, que sólo se concede cuando se exhiben buenas razones; con la actual escasez de transporte, esa normativa es absolutamente inevitable. Las colas para el ferrocarril son una característica de la vida en Moscú; a menudo obtener un permiso se demora varios días. Entonces, una vez obtenido, pueden transcurrir varios días para conseguir una plaza en el tren. Los trenes ordinarios van inconcebiblemente atestados, mucho más, aunque parezca imposible, que los trenes de Londres en las horas de mayor aglomeración. En los viajes más cortos se sabe incluso que hay pasajeros que montan en el techo y en los topes, o que se cuelgan como moscas a los lados de los vagones. La gente de Moscú viaja al campo siempre que puede disponer del tiempo y el permiso necesarios, porque en el campo se puede comer lo suficiente. Van a pasar unos días con sus familiares: casi todo el mundo en Moscú, en todas las clases pero especialmente entre los trabajadores manuales, tiene parientes en el campo. No se puede, por supuesto, ir a un hotel, como se hace en otros países. Los hoteles han sido ocupados por el Estado, y sus habitaciones (cuando todavía se usan) son asignadas por la policía a las personas cuyo trabajo es reconocido como impor-

tante por las autoridades. El viaje casual resulta, pues, imposible, incluso en vacaciones.

Los viajes suponen otras molestias además de la lentitud y la aglomeración de pasajeros. La policía examina a los viajeros en busca de indicios de «especulación», en especial de alimentos. La policía desempeña, en general, en la vida diaria, un papel mucho mayor del que desempeña en otros países. Mucho más grande, por ejemplo, del que desempeñaba en Prusia hace veinticinco años, cuando se desplegó una dura campaña contra el socialismo. Todos quebrantan la ley casi a diario, y nadie sabe cuál de sus conocidos es un espía de la Comisión Extraordinaria. Incluso en las cárceles, entre los prisioneros, hay espías, a los que se conceden ciertos privilegios, pero no la libertad.

Nadie lleva periódicos, salvo unas muy pocas personas, pero se exhiben fijados en lugares públicos, donde la gente, al pasar, les echa una mirada ocasional[30]. Hay muy poco que leer; debido a la escasez de papel, los libros son raros, y el dinero para comprarlos escasea aún más. No se ve leer a la gente como se la ve aquí, por ejemplo, en el metro. No hay prácticamente vida social, en parte por la escasez de alimentos, en parte porque, cuando alguien es detenido, la policía puede detener a cualquiera que le acompañe o vaya a visitarle. Y, una vez arrestado, un hombre o una mujer, aunque sea inocente, puede permanecer durante meses en prisión sin proceso. Mientras estuvimos en Moscú, cuarenta socialrevolucionarios y anarquistas mantuvieron una huelga de hambre para imponer su petición de ser sometidos a juicio y de que se les permitiera recibir visitas. Se me dijo que al octavo día de huelga el gobierno consintió en juzgarlos, y que sólo a algunos se les probó que hubieran cometido algún crimen; pero yo no tuve medio de comprobarlo.

El reclutamiento industrial es, desde luego, rigurosamente obligatorio. Todos los hombres y mujeres tienen que trabajar, y la falta de actividad es severamente castigada, con la prisión o el

internamiento en un campo de trabajo. Las huelgas son ilegales, aunque a veces las hay. Al proclamarse a sí mismo amigo del proletariado, el gobierno ha podido establecer una disciplina de hierro, más férrea de lo que podría soñar el más autocrático de los magnates norteamericanos. Y por aquella misma profesión de fe, ha conseguido que los socialistas de otros países se abstengan de informar sobre los aspectos desagradables de lo que han visto.

Los tolstoyanos[31], a cuyos líderes vi, están obligados por su credo a resistir toda forma de reclutamiento, aunque algunos han encontrado modos de hacer concesiones. La ley concerniente a los objetores de conciencia al servicio militar es prácticamente la misma que entre nosotros, y su eficacia depende del talante del tribunal que juzga al objetor; algunos objetores han sido fusilados; otros, por el contrario, han obtenido una absoluta exención.

La vida en Moscú, comparada con la vida en Londres, es gris, monótona y deprimida. No estoy comparando, por supuesto, la vida de allí con la de los ricos de aquí, sino con la de la familia media de clase trabajadora. Lo cual no es sorprendente cuando se advierte que los salarios más elevados son de unos quince chelines al mes. No creo que, bajo ningún sistema, pueda ser la vida muy alegre en un país tan agotado por la guerra como Rusia, de modo que lo que he señalado no debe entenderse como una crítica del bolchevismo. Pero pienso que podría haber menos interferencia de la policía, menos normativas vejatorias y más libertad para los impulsos espontáneos hacia placeres inofensivos.

La religión es todavía muy sólida. Entré en muchas iglesias, en las que pude ver sacerdotes obviamente famélicos y espléndidamente ataviados, y una congregación inmensamente devota. Por lo general, más de la mitad de los asistentes eran hombres, y muchos de ellos eran soldados. Eso se aplica tanto a las ciudades como al campo. En Moscú vi constantemente a personas que se santiguaban en la calle.

Existe la teoría de que el trabajador moscovita se siente liberado de la dominación capitalista y, en consecuencia, soporta alegremente las penalidades. Eso es indudablemente cierto para la minoría de los comunistas activos, pero no creo que lo sea para los demás. El trabajador medio, a juzgar por una impresión más bien apresurada, se siente esclavo del gobierno, y no tiene sensación alguna de haber sido liberado de una tiranía.

Reconozco plenamente las razones que pueden encontrarse, para el mal estado de cosas, en la pasada historia de Rusia y en la actual política de la Entente. Pero me ha parecido preferible registrar francamente mis impresiones, confiando en que los lectores recordarán que los bolcheviques tienen sólo una muy limitada parte de responsabilidad en los males que Rusia está sufriendo.

VII

La ciudad y el campo

La dificultad de inducir a los campesinos a que alimenten a las ciudades es un problema que Rusia comparte con la Europa central, y, por lo que se dice, los esfuerzos de Rusia no han sido tan infructuosos como los de otros países para resolverlo. Para el gobierno soviético, el problema se concentra sobre todo en Moscú y Petrogrado; las otras ciudades no son muy grandes y están casi todas en el centro de ricos distritos agrícolas. Es verdad que en el norte hasta la población rural depende normalmente de los alimentos provenientes de distritos más meridionales, pero la población del norte es escasa. Suele decirse que el problema de alimentar a Moscú y Petrogrado es un problema de transporte, pero me parece que eso es sólo cierto en parte. Es indudable que hay una grave falta de material rodante, especialmente de locomotoras en buen estado. Pero Moscú está rodeado por una tierra muy buena. Durante un viaje de un día en automóvil por los alrededores de la ciudad vi suficientes vacas como para abastecer de leche a toda la población infantil de la capital, aunque no fui a ver granjas, sino sanatorios infantiles. En los mercados puede comprarse toda clase de alimentos, a altos precios. Viajé sobre una considerable extensión de vías férreas rusas, y vi un número apreciable de buenos trenes. Por todas esas razones, estoy convencido de que se había exagerado la parte que toca al problema del transporte en las dificultades de abastecimiento. Es indudable que el transporte cuenta mucho más en la escasez que se sufre en Petrogrado que en Moscú, porque los alimentos provienen principalmente del sur de Moscú. En Petrogrado, la mayoría de las personas que uno ve por las calles muestran signos evidentes de

desnutrición. En Moscú, los signos visibles son mucho menos frecuentes, pero no hay duda de que la desnutrición, aunque no la hambruna, es casi universal.

El gobierno suministra raciones a todos los que trabajan en las ciudades, a un precio fijo muy bajo. La teoría oficial es que el gobierno tiene el monopolio de los abastecimientos, y que las raciones son suficientes para la vida. De hecho, las raciones no bastan, y sólo constituyen una parte del abastecimiento alimenticio de Moscú. Además, la gente se queja, no sé con cuánta verdad, de que las raciones se sirven irregularmente; algunos dicen que cada dos días. En tales circunstancias, casi todos, ricos o pobres, compran comida en el mercado, donde cuesta unas cincuenta veces el precio fijado por el gobierno. Una libra de mantequilla cuesta más o menos el salario de un mes. Para poder adquirir esos alimentos adicionales, las personas adoptan diversos recursos. Algunos trabajan más horas, a tarifas más altas, después de terminada su jornada laboral oficial. Porque, si bien se supone que ésta es por ley de ocho horas, ampliada hasta diez en ciertas industrias vitales, el salario que se paga por ella no basta para vivir, y nada impide que alguien emprenda otro trabajo en su tiempo libre. Pero el recurso usual es lo que se llama «especulación», es decir, la compraventa. Una persona que haya sido rica vende vestidos, o muebles, o joyas, a cambio de comida; el comprador vende a su vez a un precio más elevado, y así hasta pasar a veces por veinte manos, hasta que finalmente se encuentra como comprador a un campesino próspero, o a un *nouveau riche* especulador. Por otra parte, la mayoría tiene parientes en el campo a los que visita de cuando en cuando, y trae consigo, al regresar a la ciudad, grandes sacos de harina. Es ilegal que las personas particulares lleven comida a Moscú, y los trenes son registrados; pero, mediante la corrupción o la astucia, los experimentados saben eludir el registro. El mercado de alimentos es ilegal, y la policía a veces lleva a cabo una redada, pero, por regla general, hace

la vista gorda. Así, el intento de suprimir el comercio privado ha tenido como resultado compraventas no profesionales que exceden con mucho a las que se producen en los países capitalistas. Consume un tiempo que podría ser más provechosamente empleado; y, al ser ilegal, pone a casi toda la población de Moscú a merced de la policía. Además, depende en buena medida de los depósitos de bienes pertenecientes a los ricos de antaño, y cuando éstos se hayan agotado, todo el sistema habrá de venirse abajo, a menos que mientras tanto la industria haya sido reorganizada sobre una base sólida.

Está claro que ese estado de cosas es insatisfactorio, pero, desde el punto de vista del gobierno, no es fácil ver qué se debería hacer. La población urbana e industrial se ocupa principalmente de continuar la labor del gobierno y de suministrar municiones al ejército. Esas tareas son muy necesarias, y su precio ha de sufragarse con impuestos. Un moderado tributo en especie a los campesinos podría fácilmente alimentar a Moscú y Petrogrado, pero los campesinos no tienen interés en la guerra ni en el gobierno. Rusia es tan inmensa que la invasión de una parte no afecta la otra; y los campesinos son demasiado ignorantes para tener una conciencia nacional, como la que se da por supuesta en Inglaterra, en Francia o en Alemania. Los campesinos no cederán de buena gana una parte de su producción meramente para los fines de la defensa nacional, sino sólo a cambio de los bienes que necesitan —vestido, aperos, etcétera—, los cuales el Gobierno, debido a la guerra y al bloqueo, no está en condiciones de suministrar.

Cuando la escasez de comida estaba en su momento más grave, el gobierno se enfrentó con los campesinos mediante requisas forzosas, llevadas a cabo con gran dureza por el Ejército Rojo. Ese método ha sido modificado, pero los campesinos siguen dando de mala gana sus alimentos, como es natural, dada la inutili-

dad del papel moneda y el precio enormemente más alto que ofrecen los compradores privados.

El problema de la alimentación es la causa principal de la oposición de la población a los bolcheviques, pero yo no alcanzo a ver qué política popular podría haberse adoptado. Los bolcheviques desagradan a los campesinos porque se llevan mucha comida; desagradan a los habitantes de las ciudades porque llevan poca. Lo que los campesinos quieren es lo que se llama mercado libre, es decir, la anulación de los controles sobre los productos agrícolas. Si esa política fuera adoptada, las ciudades se enfrentarían a una hambruna absoluta, no meramente a la escasez y las penalidades. Es una idea enteramente equivocada suponer que los campesinos son hostiles a la Entente. El *Daily News* del 13 de julio, en un artículo por lo demás excelente, habla de «el creciente odio del campesino ruso, que no es comunista ni bolchevique, a los aliados en general y a este país en particular». El campesino ruso típico nunca ha oído hablar de los aliados ni de Inglaterra; no sabe que hay un bloqueo; todo lo que sabe es que solía tener seis vacas, pero el gobierno las redujo a una en provecho de campesinos más pobres, y que se apropia de su maíz (excepto el que necesita para su propia familia) a un precio muy bajo. Las razones de esos actos no le interesan porque su horizonte se limita a su propia aldea. Cada aldea es una unidad independiente en un grado notable. En la medida en que consigue los alimentos y los soldados que necesita, el gobierno no interfiere, y no toca el viejo comunismo de aldea, que es extraordinariamente diferente del bolchevismo y depende por completo de un nivel cultural muy primitivo.

El gobierno representa los intereses de la población urbana e industrial, y, por decirlo así, acampa en mitad de una nación campesina, con la cual tiene unas relaciones que son más diplomáticas y militares que gubernamentales en el sentido ordinario. La situación económica, lo mismo que en la Europa central, es

favorable al campo y desfavorable a las ciudades. Si Rusia estuviera gobernada según modos democráticos, de acuerdo con la voluntad de la mayoría, los habitantes de Moscú y Petrogrado morirían de hambre. Así como están, Moscú y Petrogrado apenas viven, con todo el poder civil y militar del Estado consagrado a sus necesidades. Rusia ofrece el curioso espectáculo de un vasto y poderoso Imperio, próspero en la periferia, pero expuesto a terribles carencias en el centro. Los que tienen el mínimo de prosperidad tienen el máximo de poder y sólo mediante su exceso de poder se encuentran en condiciones de sobrevivir. La situación se debe, en el fondo, a dos hechos: que la casi totalidad de las energías industriales de la población ha tenido que ser consagrada a la guerra, y que los campesinos no aprecian la importancia de la guerra y del bloqueo.

Es fútil censurar a los bolcheviques por una situación desagradable y difícil que les ha sido imposible evitar. Su problema sólo puede tener solución de uno de estos modos: mediante el cese de la guerra y el bloqueo, lo que les permitiría proporcionar a los campesinos los bienes que necesitan a cambio de alimentos, o bien mediante el desarrollo gradual de una industria rusa independiente. Este último método sería lento y acarrearía terribles penalidades, pero algunos de los miembros más capacitados del gobierno creen que será posible si no se puede alcanzar la paz. Si obligamos a Rusia a ese método al negarles la paz y el comercio, perderemos el único incentivo posible para unas relaciones amistosas. Haremos inatacable al Estado soviético, y le dejaremos completamente libre para proseguir la política de promover en todas partes la revolución. Pero el problema industrial es un tema de envergadura que ya ha sido discutido en el Capítulo V.

VIII

La política internacional

En el curso de los anteriores capítulos he tenido ocasión de mencionar rasgos desagradables del régimen bolchevique. Pero siempre hay que recordar que esos rasgos se deben principalmente al hecho de que la vida industrial de Rusia ha estado paralizada para todo lo que no fuera el servicio a las necesidades del Ejército, y que el gobierno ha tenido que hacer una encarnizada e incierta guerra civil y exterior, con la constante amenaza de enemigos internos. Tales dificultades hacen inevitables la dureza, el espionaje y una restricción a la libertad. No tengo ninguna duda de que el único remedio a los males que sufre Rusia es la paz y el comercio. La paz y el comercio pondrán fin a la hostilidad de los campesinos, y de inmediato permitirán al gobierno depender de la popularidad más que de la fuerza. El carácter del gobierno cambiaría rápidamente bajo tales condiciones. El reclutamiento industrial, que ahora se impone rígidamente, se haría innecesario. Aquellos que desean un espíritu más liberal estarían en condiciones de hacer oír sus voces sin la sensación de que estaban ayudando a la reacción y a los enemigos nacionales. Las dificultades de abastecimiento cesarían, y con ellas la necesidad de un sistema autocrático en las ciudades.

No debe suponerse, como es común entre los enemigos del bolchevismo, que sería fácil establecer en Rusia cualquier otro gobierno. Creo que todos los que han estado recientemente en Rusia están convencidos de que el gobierno es estable. Es posible que experimente desarrollos internos y, de no ser por Lenin, no sería difícil transformarlo en una autocracia militar-bonapartista. Ahora bien, eso sería un cambio desde dentro —tal vez un cambio no muy profundo—, y probablemente alteraría poco el siste-

ma económico. Por lo que he podido ver del carácter ruso y de los partidos de la oposición, he quedado persuadido de que Rusia no está preparada para ninguna forma de democracia, y necesita un gobierno fuerte. Los bolcheviques se presentan como aliados del socialismo occidental avanzado, y desde ese punto de vista están expuestos a una crítica severa. En cuanto a su programa internacional no hay, en mi opinión, nada que decir. Pero como gobierno nacional, despojado de su camuflaje, considerados como los sucesores de Pedro el Grande, están realizando una tarea necesaria, aunque poco amable. Están introduciendo, en la medida en que les es posible, una eficiencia estadounidense en una población perezosa e indisciplinada. Están preparándose a desarrollar los recursos naturales de su país por los métodos del socialismo de Estado, sobre el cual, en Rusia, hay mucho que decir. En el Ejército están aboliendo el analfabetismo y, si tuviesen paz, harían grandes cosas por la educación en todas partes.

Pero si continuamos negándoles la paz y el comercio, no creo que los bolcheviques se hundan. Rusia soportará grandes penalidades, en los próximos años como en los anteriores. Pero los rusos están acostumbrados a la desgracia como no lo está ninguna nación occidental; pueden vivir y trabajar en condiciones que nosotros encontraríamos intolerables. El gobierno se verá cada vez más llevado, desde una política de mera conservación, a una política imperialista. La Entente ha estado haciendo todo lo posible por exponer a Alemania a una invasión rusa de armas y de panfletos, al permitir que Polonia intervenga en la guerra y obligar a Alemania a desarmarse. Toda Asia está abierta a las ambiciones bolcheviques. La casi totalidad del antiguo Imperio ruso en Asia está firmemente en sus manos. Los trenes corren a una velocidad considerable hacia el Turquestán, y he visto algodón de aquella zona cargado en los vapores que suben el Volga. En Persia y Turquía hay revueltas, apoyadas por los bolcheviques. Es sólo cuestión de años que la India entre en contacto con el

Ejército Rojo. Si continuamos hostilizando a los bolcheviques, no veo qué fuerza existente pueda impedirles que se apoderen de toda Asia en diez años.

El espíritu del gobierno ruso no es aún decididamente imperialista, y todavía preferiría la paz a la conquista. El país está cansado de la guerra y privado de bienes. Pero si las potencias occidentales insisten en la guerra, otro espíritu, que ya está comenzando a manifestarse, se convertirá en dominante. La conquista aparecerá como la única alternativa a la sumisión. La conquista de Asia no será difícil. En cambio, para nosotros, desde el punto de vista imperialista, significará la ruina absoluta. Y para el continente significará revoluciones, guerras civiles, cataclismos económicos. La política de aplastar al bolchevismo por la fuerza ha sido siempre necia y criminal; ahora ha pasado a ser imposible y preñada de desastres. Al parecer, nuestro propio gobierno ha comenzado a darse cuenta de los peligros, pero no lo suficiente para imponer esa opinión por encima de las oposiciones.

En las tesis presentadas al Segundo Congreso de la Tercera Internacional (julio de 1920), hay un muy interesante artículo de Lenin titulado «Primer esbozo de las tesis sobre cuestiones nacionales y coloniales»[32]. Me parecieron particularmente iluminadores los pasajes siguientes:

> La presente situación de la política mundial pone en el orden del día la dictadura del proletariado; y todos los acontecimientos de la política mundial se concentran inevitablemente en torno a un centro de gravedad: la lucha de la burguesía internacional contra la República soviética, que inevitablemente agrupa, por una parte, a los movimientos socialistas de los trabajadores avanzados de todos los países, y por otra, a todos los movimientos nacionales de emancipación de colonias y de naciones oprimidas, que han sido convencidas por una amarga experiencia de que no hay salvación para ellas a no ser en la victoria del gobierno soviético sobre el imperialismo mundial.
>
> En consecuencia, no podemos seguir limitándonos a reconocer y proclamar la unión de los trabajadores de todos los países. Es desde ahora necesario proseguir la realización de la unión más estricta de todos los movimientos nacionales y coloniales de emancipación con la Rusia soviética, dando a esa unión formas que co-

rrespondan al grado de evolución del movimiento proletario entre el proletariado de cada país, o del movimiento democrático-burgués de emancipación entre los obreros y campesinos de los países atrasados o de las nacionalidades rezagadas.

El principio federal nos parece la forma transitoria hacia la completa unidad de los trabajadores de todos los países.

Ésa es la fórmula para la cooperación con el Sinn Féin o el nacionalismo egipcio o indio, que más adelante es definida. Respecto a los países atrasados, dice Lenin, hay que tener presente:

la necesidad de la cooperación de todos los comunistas en el movimiento democrático-burgués de emancipación en aquellos países.

Y, de nuevo:

La Internacional Comunista tiene que establecer alianzas temporales con la democracia burguesa de los países atrasados, pero nunca debe fundirse con ésta. [El proletariado con consciencia de clase tiene que] mostrarse particularmente circunspecto ante la pervivencia del sentimiento nacional en países largo tiempo oprimidos, [y tiene que] acceder a ciertas concesiones útiles».

La política asiática del gobierno ruso fue adoptada como un acto contra el Imperio británico, y como un método para inducir al gobierno británico a hacer la paz. Desempeña en los esquemas de los dirigentes bolcheviques un papel más importante de lo que ha sabido advertir el Partido Laborista en Inglaterra. Su método, por el momento, no es predicar el comunismo, porque se considera a persas e indios poco maduros para las doctrinas de Marx. Son los movimientos nacionalistas los que están apoyados por el dinero y los agitadores de Moscú. El método de Estados cuasi independientes bajo protección bolchevique está bien estudiado. Es obvio que tal política ofrece oportunidades al imperialismo, so capa de propaganda, y no hay duda de que entre los bolcheviques hay algunos fascinados por ese aspecto imperialista. La importancia oficialmente concedida a la política oriental se encuentra ilustrada por el hecho de que fue el tema de la parte final del discurso de Lenin al reciente Congreso de la Tercera Internacional (julio de 1920).

El bolchevismo, como todo lo ruso, es de un carácter parcialmente asiático. Es posible distinguir dos tendencias distintas, que

se desarrollan en dos distintas políticas. Por una parte, están los hombres prácticos, que desean desarrollar industrialmente a Rusia para asegurar a escala nacional las ganancias de la Revolución, comerciar con Occidente y establecerse gradualmente en un Estado más o menos normal. Tienen de su parte el hecho del agotamiento económico de Rusia, el peligro de una revuelta definitiva contra el bolchevismo si la vida continúa siendo tan penosa como en la actualidad, y el sentimiento natural de humanidad que desea el alivio de los sufrimientos del pueblo; también el hecho de que, si las revoluciones en otros países producen un colapso similar en la industria, harán imposible que Rusia reciba la ayuda exterior que urgentemente necesita. En los primeros tiempos, cuando el gobierno era débil, esos hombres tenían un absoluto control de las políticas, pero el éxito ha convertido su posición en menos segura.

Por otra parte hay una mezcla de dos objetivos muy diferentes: en primer lugar, el deseo de promover la revolución en las naciones occidentales, que se alinea con la teoría comunista, y que se piensa además como el único medio de conseguir una paz realmente segura; en segundo lugar, el deseo de dominación asiática, que probablemente va acompañado, en algunas mentes, de sueños de zafiros y rubíes y tronos de oro, y todas las glorias de su antepasado Salomón. Ese deseo se opone al abandono de la política oriental, aunque se reconoce que, mientras ésta no sea abandonada, es imposible la paz con la Inglaterra capitalista. No sé si a algunos se les habrá ocurrido pensar que, si Inglaterra se embarcase en una revolución, pasaríamos a sentirnos dispuestos a abandonar la India a los rusos; pero estoy seguro de que se da el pensamiento opuesto, a saber, el de que, si nos quedásemos sin la India, el golpe que eso supondría para el sentimiento imperialista nos llevaría a la revolución. En todo caso, las dos políticas, la de revolución en Occidente y la de conquista (disfrazada de libera-

ción de los pueblos oprimidos) en Oriente cooperan y se ensamblan en un todo coherente.

Hay que ver en el bolchevismo, como fenómeno social, una religión, y no un movimiento político ordinario. Las actitudes mentales, importantes y eficaces, ante el mundo, pueden dividirse, en general, en la religiosa y la científica. La actitud científica es analítica y opera por vía de ensayos, sin creer en otra cosa sino en aquello que puede probar. A partir de Galileo, la actitud científica se ha mostrado crecientemente capaz de averiguar importantes hechos y leyes, que son reconocidos por todas las personas competentes, cualesquiera sean sus temperamentos, los intereses egoístas o las presiones políticas. Casi todo el progreso universal desde los tiempos más antiguos es atribuible a la ciencia y al temple científico; casi todos los males importantes son atribuibles a la religión.

Entiendo por religión una serie de creencias sostenidas como dogmas, que dominan la conducta de la vida, van más allá de lo que es evidente o lo contradicen y son inculcadas por métodos emocionales o autoritarios, no intelectuales. Según esa dfefinición, el bolchevismo es una religión: a continuación trataré de mostrar que sus dogmas van más allá de la evidencia o son contrarios a ésta. Quienes aceptan el bolchevismo se niegan a dejarse persuadir por las pruebas científicas y cometen un suicidio intelectual. Aun en el caso de que todas las doctrinas del bolchevismo fueran verdaderas, mi afirmación seguiría valiendo, ya que no se tolera ninguna crítica imparcial de las mismas. Una persona que cree, como yo lo creo, que el libre intelecto es el principal instrumento del progreso humano, no puede por menos de oponerse esencialmente al bolchevismo, lo mismo que a la Iglesia de Roma.

Entre las religiones, el bolchevismo debe ser clasificado con el islamismo, más que con el cristianismo o el budismo. El cristianismo y el budismo son primordialmente religiones personales,

con doctrinas místicas y un amor contemplativo. El islamismo y el bolchevismo son prácticos, sociales, no espirituales, y se interesan por conseguir el imperio de este mundo. Sus fundadores no habrían resistido la tercera de las tentaciones en el desierto. Lo que el mahometismo hizo por los árabes es lo que hace el bolchevismo por los rusos. Así como Alí sucumbió antes que los políticos, los cuales sólo se unieron al Profeta después del éxito de éste, así los genuinos comunistas acaso sucumban antes que los que ahora están uniéndose a las filas de los bolcheviques. Si es así, el imperio asiático con toda su pompa y esplendor puede ser la próxima etapa de desarrollo, y el comunismo puede parecer, en retrospectiva histórica, como un pequeño ingrediente del bolchevismo, como lo es, respecto del mahometismo, la abstinencia de alcohol. Es verdad que, como fuerza mundial, sea para la revolución o para el imperio, el bolchevismo llegará, más pronto o más tarde, a un conflicto desesperado con los Estados Unidos de América; y éstos, hasta ahora, son más sólidos y fuertes que todo lo que se enfrentó a los seguidores de Mahoma. Pero es casi seguro que, a la larga, las doctrinas comunistas harán progresos entre los asalariados estadounidenses, y, en consecuencia, la oposición de los Estados Unidos probablemente no sea eterna. Es posible que el bolchevismo se hunda en Rusia, pero, aunque así fuera, rebrotará de nuevo en otro lugar, ya que se adapta de una manera ideal a una población industrial en la miseria. Lo que hay de malo en el bolchevismo se debe principalmente al hecho de que tiene su origen en la miseria; el problema está en desenredar lo bueno de lo malo, y en inducir a la adopción de lo bueno en países no empujados a la ferocidad por la desesperación.

Rusia es un país atrasado, no preparado aún para los métodos de equitativa cooperación que Occidente intenta poner en lugar del poder arbitrario en la política y la industria. Probablemente los métodos de los bolcheviques son, en Rusia, más o menos ine-

vitables; en todo caso, no estoy dispuesto a criticarlos en sus líneas generales. Pero no son los métodos apropiados para los países más avanzados, y nuestros socialistas serán innecesariamente retrógrados si permiten que el prestigio de los bolcheviques los lleve a una imitación servil. Será un error mucho menos excusable, del lado de nuestros reaccionarios, el que éstos, por su incapacidad de aprender, obliguen a la adopción de métodos violentos. Tenemos una herencia de civilización y tolerancia mutua que es importante para nosotros y para el mundo. La vida en Rusia ha sido siempre feroz y cruel, en un grado mucho mayor que entre nosotros, y, como consecuencia de la guerra, ha surgido el peligro de que esa ferocidad y crueldad se hagan universales. Mantengo esperanzas de que en Inglaterra eso pueda ser evitado, merced a la moderación de ambos bandos. Pero para un feliz resultado es esencial que el melodrama deje de determinar nuestro modo de ver a los bolcheviques: los bolcheviques no son ni ángeles a los que adorar ni diablos a los que exterminar, sino meramente hombres audaces y capaces que están intentando, con gran pericia, una tarea casi imposible.

SEGUNDA PARTE

La teoría bolchevique

I

La teoría materialista de la historia

La interpretación materialista de la historia se debe a Marx, y subyace a toda la filosofía comunista. No pretendo, desde luego, que un hombre no pueda ser comunista sin aceptarla, pero sí que, de hecho, la acepta el Partido Comunista, y que influye profundamente en sus ideas sobre política y táctica. El nombre no expresa exactamente, ni mucho menos, el sentido de la teoría. Ésta pretende que todos los fenómenos de masas de la historia están determinados por motivos económicos. Semejante tesis no tiene una conexión esencial con el materialismo en el sentido filosófico. El materialismo, en sentido filosófico, puede definirse como la teoría de que todos los hechos aparentemente mentales, o son realmente físicos, o tienen, en todo caso, causas sólo físicas. El materialismo en ese sentido fue también predicado por Marx, y es aceptado por todos los marxistas ortodoxos. Los argumentos a favor y en contra son largos y complicados, y no necesitamos preocuparnos por ellos, puesto que, de hecho, su verdad o su falsedad tienen poca o nula trascendencia política.

En particular, el materialismo filosófico no prueba que las causas económicas sean fundamentales en la política. La opinión de Buckle[33], por ejemplo, según el cual el clima es uno de los factores decisivos, es igualmente compatible con el materialismo. También lo es el punto de vista freudiano, que hace derivar todo del sexo. Hay innumerables modos de interpretar la historia que son materialistas en sentido filosófico, sin que su materialismo sea económico y sin que caigan en la fórmula marxista. Así, la «concepción materialista de la historia» podría ser falsa aunque el materialismo, en sentido filosófico, sea verdadero.

Por otra parte, las causas económicas podrían estar en el fondo de todos los acontecimientos políticos, aun cuando el materialismo filosófico fuera falso. Las causas económicas operan a través del deseo humano de posesión, y serían supremas si ese deseo fuera el supremo, aun cuando el deseo no pudiese, desde un punto de vista filosófico, ser explicado en términos materialistas.

Así, pues, no hay conexión lógica, ni en un sentido ni en otro, entre el materialismo filosófico y lo que se llama «la concepción materialista de la historia».

Tiene cierta importancia el reconocimiento de hechos como éste, porque, en caso contrario, se puede apoyar teorías políticas, u oponerse a las mismas, por razones irrelevantes, y se pueden emplear argumentos de filosofía teorética para determinar cuestiones que dependen de hechos concretos de la naturaleza humana. Esa mezcla perjudica tanto a la filosofía como a la política, y, en consecuencia, es importante evitarla.

Hay aún otra razón por la cual es indeseable el intento de basar una teoría política en una doctrina filosófica. La doctrina filosófica del materialismo, si acaso es verdadera, lo es siempre y en todas partes; no podemos esperar que encuentre excepciones, por ejemplo, en el budismo o en el movimiento husita. Y así resulta que gente cuya política se supone consecuencia de su metafísica se vuelve absolutista y terminante, se muestra incapaz de reconocer que una teoría general de la historia probablemente, en el mejor de los casos, sólo es verdadera en general. El carácter dogmático del comunismo marxista encuentra apoyo en la supuesta base filosófica de la doctrina; tiene la rígida certeza de la teología católica, no la cambiante fluidez y el escéptico sentido práctico de la ciencia moderna.

Considerada como una aproximación práctica, no como una ley metafísica exacta, la concepción materialista de la historia es verdadera en muy considerable medida. Tomemos, como un ca-

so de su verdad, la influencia del industrialismo en las ideas. Ha sido el industrialismo, más que los argumentos de los darwinianos y los críticos de la Biblia, lo que ha llevado a la decadencia de la fe religiosa en la clase urbana trabajadora. Al mismo tiempo, el industrialismo ha reavivado las creencias religiosas entre los ricos. En el siglo XVIII, los aristócratas franceses eran en su mayoría librepensadores; ahora, sus descendientes son en su mayoría católicos porque se ha hecho necesario a todas las fuerzas de la reacción unirse contra el proletariado revolucionario. Consideremos, igualmente, la emancipación de las mujeres. Platón, Mary Wollstonecraft y John Stuart Mill generaron admirables argumentos, pero sólo influyeron sobre unos pocos idealistas impotentes. Llegó la guerra, que obligó a emplear en gran escala a las mujeres en la industria, e instantáneamente los argumentos en favor del voto femenino se consideraron como irresistibles. Y más aún, la moralidad sexual tradicional se derrumbó, porque su único fundamento era la dependencia económica de las mujeres respecto de sus padres o maridos. Los cambios en materias tales como la moralidad sexual acarrean profundas alteraciones en el pensamiento y los sentimientos de hombres y mujeres comunes; modifican la ley, la literatura, el arte y toda clase de instituciones que parecen alejadas de lo económico.

Hechos como los indicados justifican que los marxistas hablen de «ideología burguesa» para referirse a esa especie de moralidad que ha sido impuesta al mundo por los que poseen el capital. La satisfacción por lo que a uno le ha tocado puede ser considerada como una virtud típica de las que el rico predica al pobre. Creyeron honradamente —o, al menos, lo creyeron antaño— que es una virtud. Así también lo creían los más religiosos entre los pobres, en parte por la influencia de la autoridad y en parte por un impulso de sumisión, lo que MacDougall[34] llama «sentimiento negativo de sí mismo», que es más común de lo que algunos creen. De modo semejante, los hombres predicaron la virtud de

la castidad femenina, y las mujeres aceptaron por lo general su enseñanza; ambos creyeron realmente en la doctrina, pero su persistencia sólo fue posible por el poder económico de los hombres. Esto condujo a las mujeres extraviadas al castigo aquí en la tierra, lo cual hacía parecer probable el castigo ulterior en el más allá. Cuando cesó la represalia económica, la condena del pecado decayó gradualmente. En cambios como éste podemos ver la decadencia de la «ideología burguesa».

Pero, a pesar de la importancia fundamental de los hechos económicos en la determinación de la política y de las creencias de una época o nación, no creo que los factores no económicos puedan olvidarse sin exponerse a errores que pueden ser fatales en la práctica.

El factor no económico más obvio, y aquel cuyo olvido más ha extraviado a los socialistas, es el nacionalismo. Por supuesto que una nación, una vez formada, tiene intereses económicos que determinan en amplia medida su política; pero, por regla general, no son los motivos económicos los que decide qué grupo de seres humanos constituirá una nación. Trieste, antes de la guerra, se consideraba italiana, aunque toda su prosperidad como puerto dependía de su pertenencia a Austria. Ningún motivo económico puede explicar la oposición entre el Ulster y el resto de Irlanda. En la Europa oriental, la «balcanización» producida por la autodeterminación ha sido evidentemente desastrosa desde un punto de vista económico, y fue exigida por razones que eran esencialmente sentimentales. A todo lo largo de la guerra, los asalariados, con muy pocas excepciones, se permitieron ser gobernados por sentimientos nacionalistas e ignoraron la tradicional exhortación comunista: «¡Proletarios de todos los países, uníos!». Según la ortodoxia marxista, estaban engañados por capitalistas astutos, que se beneficiaban de la matanza. Pero para todo el que sea capaz de observar los hechos psicológicos, resulta obvio que eso es en buena medida un mito. Un conjunto inmen-

so de capitalistas se arruinaron por causa de la guerra, y aquellos que eran jóvenes corrían el mismo peligro de muerte que los proletarios. No hay duda de que la rivalidad comercial entre Inglaterra y Alemania tuvo mucho que ver con el origen de la guerra; pero la rivalidad es una cosa, y otra muy distinta es la búsqueda de beneficios. Probablemente si se hubiesen puesto de acuerdo los capitalistas ingleses y alemanes habrían conseguido más que con la rivalidad, pero la rivalidad era instintiva, y su forma económica fue accidental. Los capitalistas fueron presa del instinto nacionalista, ni más ni menos que sus «víctimas» proletarias. Tanto en una clase como en otra, algunos han ganado con la guerra; pero la voluntad bélica universal no fue producida por la expectativa de ganancias. Fue producida por un conjunto de instintos diferente, uno que la psicología marxista no reconoce cabalmente.

El marxismo supone que el «rebaño» de un individuo, desde el punto de vista del instinto gregario, es su clase, y que el individuo se une con aquellos cuyo interés económico de clase es igual que el suyo. En realidad eso sólo es verdad en parte. La religión ha sido el factor más decisivo para determinar el rebaño humano durante largos períodos de la historia del mundo. Incluso hoy, un trabajador católico votará por un capitalista católico antes que por un socialista escéptico. En los Estados Unidos, las divisiones en las elecciones locales siguen principalmente líneas religiosas. Eso, indudablemente, conviene a los capitalistas, y tiende a convertirlos en religiosos; pero los capitalistas por sí solos no podrían producir ese resultado. El resultado se produce por el hecho de que muchos trabajadores prefieren el ascenso de su credo a la mejora de su modo de vida. Por deplorable que pueda ser ese estado de ánimo, no se debe necesariamente a las mentiras capitalistas.

Toda política es gobernada por los deseos humanos. La teoría materialista de la historia, a fin de cuentas, requiere el supuesto

de que toda persona políticamente consciente está gobernada por un solo deseo: el deseo de aumentar su propio lote de comodidades; y, además, que el método para cumplir ese deseo consistirá usualmente en aumentar el lote de su clase, y no sólo el suyo propio individual. Pero ese supuesto está muy alejado de la verdad. Los hombres desean el poder, desean satisfacer su orgullo y amor propio. Desean vencer a sus rivales tan profundamente que están dispuestos a inventar una rivalidad con el propósito inconsciente de hacer posible una victoria. Todos esos motivos trascienden el puramente económico de maneras que tienen importancia práctica.

Es necesario tratar las motivaciones políticas mediante los métodos del psicoanálisis. En la política, como en la vida privada, los hombres inventan mitos para racionalizar su conducta. Si alguien piensa que el único motivo razonable en política es el progreso económico propio, se persuadirá de que las cosas que desea hacer le harán rico. Cuando quiere luchar contra los alemanes, se dice a sí mismo que la competencia de estos arruina su comercio. Por el contrario, si es un «idealista» que sostiene que su política debería aspirar al progreso de la raza humana, se dirá a sí mismo que los crímenes de los alemanes exigen su humillación. Los marxistas ven más allá de este último camuflaje, pero no más allá del primero. Desear el progreso económico propio es algo relativamente razonable; para Marx, que heredó la psicología racionalista del siglo XVIII de los economistas ortodoxos británicos, el enriquecimiento propio parecía ser el objetivo natural de las acciones políticas de los hombres. Pero la psicología moderna se ha sumergido mucho más profundamente en el océano de irracionalidad sobre el que flota precariamente la barca de la razón humana. El optimismo intelectual de una edad ya pasada ha dejado de ser posible para el moderno estudioso de la naturaleza humana. No obstante, aún perdura en el marxismo, y hace rígidos a los marxistas en su manera de tratar la vida del instinto, que re-

cuestan en lecho de Procusto. La teoría materialista de la historia es un notable ejemplo de esa rigidez.

En el capítulo siguiente intento esbozar una psicología política que me parece más próxima a la verdad que la de Marx.

II

Fuerzas que deciden en política

Los mayores acontecimientos en la vida política del mundo están determinados por la interacción de las condiciones materiales y las pasiones humanas. La acción de las pasiones sobre las condiciones materiales es modificada por la inteligencia. Las pasiones mismas pueden ser modificadas por una inteligencia ajena, guiada por pasiones ajenas. Hasta ahora, tal modificación ha sido completamente acientífica, pero, con el tiempo, puede llegar a hacerse tan exacta y precisa como la ingeniería.

La clasificación de las pasiones que resulta más conveniente en la teoría política es algo distinta de la que adoptaríamos en psicología.

Podemos comenzar por los deseos de las cosas necesarias a la vida: la comida, la bebida, el sexo y (en los climas fríos) el vestido y el albergue. Cuando lo anterior se ve amenazado, no hay límite a la actividad y violencia que los hombres son capaces de exhibir.

Arraigados en esos deseos primitivos hay un cierto número de deseos secundarios. El apego a la propiedad, cuya importancia política fundamental es obvia, puede derivarse histórica y psicológicamente del instinto de atesoramiento. El apego a la buena opinión de los otros (que podemos llamar vanidad) es un deseo que el hombre comparte con muchos animales; quizá se derive del cortejo amoroso, pero, entre animales gregarios, tiene un gran valor para la supervivencia respecto de los otros, además de las posibles parejas. La rivalidad y el apego al poder se desarrollan quizás a partir de los celos; son afines, pero no idénticos.

Esas cuatro pasiones —la codicia, la vanidad, la rivalidad y el apego al poder— son, después de los instintos básicos, los principales motores de casi todo cuanto ocurre en política. Su acción es intensificada y regularizada por el instinto gregario. Pero el instinto gregario, por su propia naturaleza, no puede ser un primer motor, puesto que es meramente causa de que el rebaño actúe al unísono, sin determinar en qué debe consistir esa acción conjunta. Entre los hombres, como entre otros animales gregarios, la acción conjunta, en cualquier circunstancia, está determinada en parte por las pasiones comunes al rebaño y en parte por imitación de los dirigentes. El arte de la política consiste en hacer que esta parte prevalezca sobre la anterior.

De las cuatro pasiones que hemos enumerado, sólo una, a saber, la codicia, se refiere directamente a las relaciones del hombre con sus condiciones materiales. Las otras tres —la vanidad, la rivalidad y el apego al poder— se refieren a las relaciones sociales. Pienso que ésa es la fuente de lo que hay de erróneo en la interpretación marxista de la historia, que supone tácitamente que la codicia es el origen de todas las acciones políticas. Está claro que muchos hombres sacrifican la riqueza, voluntariamente, al poder y la gloria, y que también las naciones suelen sacrificarla a la rivalidad con otras naciones. El deseo de alguna forma de superioridad es común a casi todos los hombres enérgicos. Ningún sistema social que intente frustrarlo puede ser estable, puesto que la mayoría indolente nunca podrá rivalizar con la minoría enérgica.

Lo que se llama «virtud» es una ramificación de la vanidad; es el hábito de obrar de una manera que agrada a los demás.

La acción de las condiciones materiales puede ser ilustrada por la afirmación[35] de que cuatro de los mayores movimientos de conquista han sido causados por la sequía en Arabia, que obligó a los nómadas de ese país a emigrar a regiones ya habitadas. El último de esos cuatro movimientos fue el que dio origen al islam.

En aquellos cuatro casos, la necesidad original de comida y bebida fue suficiente para desencadenar los acontecimientos; pero como dicha necesidad sólo podía ser satisfecha por medio de la conquista, las cuatro pasiones secundarias tuvieron que entrar pronto en juego. En las conquistas del industrialismo moderno, las pasiones secundarias han sido casi siempre dominantes porque quienes las dirigieron no tenían que temer al hambre ni a la sed. Es la fuerza de la vanidad y el apego al poder lo que da esperanzas al futuro industrial de la Rusia soviética, pues permite al Estado comunista reclutar a su servicio a hombres que, por su capacidad, podrían conseguir grandes riquezas en la sociedad capitalista.

La inteligencia modifica profundamente la acción de las condiciones materiales. Cuando América fue descubierta, los hombres no deseaban más que oro y plata; los repartos que, en consecuencia, establecieron en los primeros tiempos, no han resultado ser hoy los más provechosos. El proceso Bessemer[36] creó la industria siderúrgica alemana; los inventos que requieren petróleo han creado una demanda de éste que ha llegado a ser una de las principales influencias de la política internacional.

La inteligencia que tan profundo efecto ejerce en la política no es la inteligencia política, sino la inteligencia científica y técnica: es la clase de inteligencia que descubre cómo la naturaleza ha de servir a las pasiones humanas. El tungsteno no tenía ningún valor hasta que se descubrió que era útil para la fabricación de bombillas y para el alumbrado eléctrico, pero ahora los hombres se matarían, en caso necesario, para disponer de tungsteno. La inteligencia científica ha sido la causa de ese cambio.

El progreso o el retroceso del mundo dependen, en sentido amplio, del equilibrio entre la codicia y la rivalidad. La codicia favorece el progreso, y la rivalidad, el retroceso. Cuando la inteligencia proporciona mejores métodos de producción, éstos pueden ser empleados en aumentar la participación general en los

bienes, o en dedicar una parte mayor de la fuerza de trabajo de la comunidad a la empresa de matar a sus rivales. Hasta 1914, la codicia ha prevalecido, en conjunto, desde la caída de Napoleón; los seis últimos años han visto el predominio del instinto de rivalidad. La inteligencia científica hace posible entregarse a este instinto más plenamente de lo que pudieron hacerlo los pueblos primitivos, puesto que libera a mayor número de hombres del trabajo de producir bienes necesarios. Tal vez la inteligencia científica pueda, con el tiempo, alcanzar un punto que permita que la rivalidad extermine la raza humana. Ése sería el método más eficaz de acabar con la guerra.

Para los que no gustan de ese método, hay otro: el estudio de la fisiología y la psicología científica. Las causas fisiológicas de las emociones han empezado a ser conocidas gracias a estudios como los de Cannon[37]. Con el tiempo podría ser posible, por medios fisiológicos, alterar en su totalidad la naturaleza emocional de una población. Entonces, el modo en que ese poder sea utilizado dependerá de las pasiones de los gobernantes. El éxito sonreirá al Estado que descubra cómo promover la belicosidad en la medida requerida por la guerra exterior, pero sin llevar a disensiones internas. No hay método alguno por el que pueda garantizarse que los gobernantes desearán el bien de la humanidad, y, en consecuencia, no hay razón alguna para suponer que el poder de modificar la naturaleza emocional del hombre sea causa de progreso.

Si los hombres deseasen disminuir la rivalidad, hay un método obvio. Los hábitos de poder intensifican la pasión de la rivalidad; en consecuencia, un Estado en el que el poder esté concentrado será, en igualdad de condiciones, más belicoso que un Estado en el que el poder esté disperso. Para los que no gustan de la guerra, ése es un argumento adicional contra todas las formas de dictadura. Pero la aversión a la guerra es mucho menos común de lo

que solíamos suponer, y los que gustan de la guerra pueden utilizar el mismo argumento para defender la dictadura.

III

Crítica bolchevique de la democracia

El argumento bolchevique contra la democracia parlamentaria como método de alcanzar el socialismo es un argumento poderoso. Mi respuesta al mismo consiste más bien en señalar las que me parecen falacias en el método bolchevique, de lo cual concluyo que no existe un método rápido para establecer una forma deseable de socialismo. Pero veamos primero el argumento bolchevique.

En primer lugar, supone que aquellos a los que se dirige están absolutamente seguros de que el comunismo es deseable, tan convencidos que están dispuestos, en caso de necesidad, a imponerlo a punta de bayoneta a una población renuente. Procede entonces a argumentar que, mientras el capitalismo mantenga su influencia sobre la propaganda y sus medios de corrupción, es muy improbable que los métodos parlamentarios den una mayoría al comunismo en la Cámara de los Comunes, o que lleven a una acción eficaz de esa mayoría, aun cuando existiera. Los comunistas destacan cómo ha sido engañado el pueblo, y cómo sus dirigentes elegidos lo han traicionado una y otra vez. De ahí arguyen que la destrucción del capitalismo debe ser brusca y catastrófica; que tiene que ser obra de una minoría, y que no puede alcanzarse constitucionalmente o sin violencia. Así, por lo tanto, en su opinión, el deber del Partido Comunista en un país capitalista es prepararse para el conflicto armado y tomar todas las medidas posibles para desarmar a la burguesía y armar a aquella parte del proletariado que está dispuesta a apoyar a los comunistas.

Hay en esa posición un aire de realismo y desilusión que la hace atractiva a aquellos idealistas que desean pensarse a sí mismos

como cínicos. Pero pienso que hay varios puntos en los que no es tan realista como pretende.

En primer lugar, insiste mucho en la traición de los dirigentes laboristas en los movimientos constitucionales, pero no considera la posibilidad de traición de los dirigentes comunistas en una revolución. A eso replicarían los marxistas que en los movimientos constitucionales los hombres son comprados, directa o indirectamente, por el dinero de los capitalistas, mientras que el comunismo revolucionario no dejaría a los capitalistas dinero con que intentar la corrupción. Eso ha sido conseguido en Rusia, y puede conseguirse en otras partes. Pero el venderse a los capitalistas no es la única forma posible de traición. También es posible, una vez alcanzado el poder, utilizarlo para los propios fines y no para los fines del pueblo. Creo que eso probablemente ocurrirá en Rusia: el establecimiento de una aristocracia burocrática, con la autoridad concentrada en sus manos, y que cree un régimen tan opresivo y cruel como el del capitalismo. Los marxistas nunca reconocen suficientemente que el apego al poder es un motivo tan fuerte, y una fuente tan grande de injusticia, como el apego al dinero; sin embargo, eso debe de ser evidente para todo estudioso imparcial de la política. También es obvio que el método de la revolución violenta que conduce a la dictadura de una minoría es un método especialmente calculado para crear hábitos de despotismo que perdurarán a la crisis que los generó. Lo probable es que los políticos comunistas se hagan semejantes a los políticos de otros partidos: unos cuantos serán honrados, pero la mayor parte de ellos cultivarán meramente el arte de contar un cuento plausible para lograr con engaños que el pueblo les otorgue el poder. El único medio posible de mejorar como clase a los políticos es la educación política y psicológica de las personas, de modo que éstas sepan descubrir las patrañas. En Inglaterra, los hombres han alcanzado el punto de sospechar de los buenos oradores, pero si un político habla mal creen que tiene que ser hon-

rado. Desgraciadamente, la virtud no está tan generosamente difundida como implicaría esa teoría.

En segundo lugar, la argumentación comunista supone que, aunque la propaganda capitalista puede impedir que la mayoría se haga comunista, las leyes y la policía capitalistas no pueden impedir que los comunistas, aun siendo una minoría, adquieran una supremacía de poder militar. Se piensa que la propaganda clandestina puede socavar al ejército y la armada, aunque ciertamente es imposible conseguir que la mayoría vote en las elecciones el programa de los bolcheviques. Esta opinión se basa en la experiencia de Rusia, donde el ejército y la armada habían sufrido una derrota militar y habían sido brutalmente maltratados por las incompetentes autoridades zaristas. Tal argumento no es aplicable a Estados más eficaces y de mayor arraigo. Entre los alemanes, a pesar de la derrota, fue la población civil la que inició la revolución.

Hay aún otro supuesto en el argumento bolchevique, un supuesto que me parece completamente injustificable. Se da por sentado que los gobiernos capitalistas no aprenderán nada de la experiencia rusa. Antes de la Revolución rusa, los gobiernos no habían estudiado la teoría bolchevique. Y la derrota en la guerra creó un talante revolucionario en toda la Europa central y oriental. Pero ahora los que ostentan el poder están en guardia. No parece haber razón alguna para suponer que permitirán pasivamente que una preponderancia en fuerzas armadas pase a manos de quienes desean derrocarlos, y eso cuando, según la teoría bolchevique, serán todavía suficientemente populares para que los apoye una mayoría electoral. ¿No es tan claro como la luz del día que en un país democrático destruir al gobierno por las armas es más difícil para el proletariado que derrotarlo en unas elecciones generales? Si consideramos las inmensas ventajas de un gobierno en su trato con los rebeldes, parece claro que la rebelión puede abrigar pocas esperanzas de éxito a menos que sea apoyada por

una gran mayoría. Desde luego, si el ejército y la armada fueran especialmente revolucionarios, podrían llevar a efecto una revolución impopular; pero esa situación, aunque algo así ocurrió en Rusia, es difícilmente esperable en las naciones occidentales. Toda esa teoría bolchevique de la revolución de una minoría podía haber resultado eficaz como efecto de una conspiración secreta, pero se hace imposible en cuanto se declara y propugna públicamente.

Pero quizá se afirmará que estoy caricaturizando la doctrina bolchevique de la revolución. Los defensores de esa doctrina insisten, con mucha verdad, en que todos los acontecimientos políticos son efectuados por minorías, puesto que la mayoría es indiferente a la política. Pero hay una distinción entre una minoría que los indiferentes acepten y una minoría tan odiada que asusta al indiferente y lo lleva a actuar tardíamente. Para lograr que sea razonable la doctrina bolchevique es necesario suponer que los bolcheviques creen que la mayoría puede ser inducida a consentir, al menos temporalmente, la revolución encabezada por la minoría dotada de consciencia de clase. Y también eso se basa en la experiencia rusa: el deseo de paz y de tierra facilitó un extenso apoyo a los bolcheviques en noviembre de 1917 por parte de gente que, más tarde, no ha dado muestra alguna de amor al comunismo.

Pienso que tocamos aquí una parte esencial de la filosofía bolchevique. En el momento de la revolución, los comunistas han de pregonar alguna consigna popular que les permita conseguir un apoyo más extenso que el que les proporcionaría el mero comunismo. Habiéndose apoderado así de la máquina del Estado, han de utilizarla para sus propios fines. Pero también éste es un método que sólo puede ser practicado con éxito mientras no se proclame. En cierta medida, se trata de un método corriente en política. Los unionistas, en 1900, alcanzaron la mayoría sobre el asunto de la guerra de los bóers, y la utilizaron para hacer dona-

ciones a los cerveceros y a las escuelas de la Iglesia[38]. Los liberales obtuvieron la mayoría en 1906 sobre el tema del trabajo en China y la utilizaron para consolidar la alianza secreta con Francia y para aliarse a la Rusia zarista[39]. En 1916, el presidente Wilson obtuvo su mayoría con el lema de la neutralidad y la utilizó para entrar en la guerra[40]. Ese método forma parte de los recursos de la democracia, pero su éxito se basa en repudiarlo hasta que llegue el momento de utilizarlo. Quienes, como los bolcheviques, tienen la honradez de proclamar por adelantado su intención de emplear el poder para fines distintos de aquellos para los que les fue entregado, no pueden confiar en que se les den facilidades para realizar su designio.

De esas consideraciones me parece que surge que, en un país democrático y políticamente educado, la revolución armada en favor del comunismo no tendría posibilidades de éxito, a menos que fuese apoyada por una mayoría más amplia que la requerida para la elección, por métodos democráticos, de un gobierno comunista. Es posible que, si un gobierno así llegase a existir y procediese a realizar su programa, chocaría con una resistencia armada por parte del capital, incluida una buena proporción de oficiales del ejército y la armada. Pero para vencer esa resistencia dispondría del apoyo de un amplio conjunto de la opinión que cree en la legalidad y defiende la Constitución. Además, al haber convertido, por hipótesis, a una mayoría de la nación, un gobierno comunista podría estar seguro de la ayuda leal de un inmenso número de trabajadores, y no se vería obligado, como los bolcheviques en Rusia, a sospechar traición por doquier. En tales circunstancias, me parece que la resistencia de los capitalistas sería reprimida sin gran dificultad, y recibiría escasa ayuda de los moderados. En cambio, en una revuelta minoritaria de comunistas contra un gobierno capitalista, toda la opinión moderada estaría del lado de los capitalistas.

El argumento de que la propaganda capitalista es lo que impide la adopción del comunismo por los asalariados sólo es muy parcialmente verdadero. La propaganda capitalista no ha sido nunca capaz de impedir que los irlandeses voten contra los ingleses, aunque ha sido aplicada con gran vigor a ese objeto. Ha resultado asimismo impotente, una y otra vez, para oponerse a movimientos nacionalistas apenas provistos de apoyo económico. Ha sido incapaz de hacer frente a los sentimientos religiosos. Y aquellas poblaciones industriales a las que más obviamente favorecería el socialismo lo han adoptado, en general, a despecho de la oposición de sus patronos. La verdad lisa y llana es que el socialismo no suscita en el ciudadano medio el mismo apasionado interés que suscita el nacionalismo y que solía suscitar la religión. No es inverosímil que las cosas cambien en ese aspecto: es posible que nos estemos acercando a un período de guerras civiles económicas comparable al de las guerras civiles religiosas que siguieron a la Reforma. En un período así, el nacionalismo es sumergido por el partido: los socialistas británicos y alemanes, o los capitalistas británicos y alemanes, se sentirán más afines entre sí que con sus compatriotas del bando político opuesto. Pero cuando llegue ese día no habrá dificultad, en los países muy industrializados, para asegurar mayorías socialistas; si el socialismo no se consigue entonces sin derramamiento de sangre será por la acción anticonstitucional de los ricos, no por la necesidad de violencia revolucionaria de parte de los defensores del proletariado. El que se logre o no ese estado de opinión depende principalmente de la obstinación o el talento conciliador de las clases que poseen el poder económico y, a la inversa, de la moderación o violencia de los que desean cambios económicos fundamentales. Esa mayoría que los bolcheviques consideran inalcanzable es principalmente impedida por la crueldad de sus propias tácticas.

Al margen de todos los argumentos de detalle, hay dos objeciones amplias contra la revolución violenta en una comunidad

democrática. La primera es que, en cuanto se abandona el principio que respeta a las mayorías expresadas en las urnas, no hay razón para suponer que la victoria quedará asegurada a la minoría particular que sea a la que se pertenece. Hay muchas minorías además de la comunista: minorías religiosas, minorías de antialcohólicos, minorías militaristas, minorías capitalistas. Cualquiera de ellas podría adoptar el método de conquista del poder por el que abogan los bolcheviques, y cualquiera tendría tantas posibilidades de triunfar como éstos. Lo que refrena, más o menos, a esas minorías, en la actualidad, es el respeto a la ley y a la Constitución. Los bolcheviques suponen tácitamente que todos los otros partidos conservarán ese respeto, mientras ellos mismos, sin semejante traba, preparan la revolución. Pero si su filosofía de la violencia llega a hacerse popular no hay razón alguna para suponer que ellos sean los beneficiarios. Creen que el comunismo es para el bien de la mayoría; deben creer que pueden persuadir de ello a la mayoría, y tener paciencia para disponerse a la tarea de triunfar mediante el empleo de la propaganda.

El segundo argumento de principio contra el método de la violencia minoritaria es que el abandono de la ley, una vez generalizado, deja en libertad a la bestia salvaje, y da rienda suelta a los deseos desordenados y egoísmos primitivos que la civilización refrena en mayor o menor grado. Todo estudioso del pensamiento medieval se ha impresionado por el valor extraordinariamente alto que se atribuía a la ley en aquel período. La razón era que, en países infestados por barones rapaces, la ley era el primer requisito del progreso. Nosotros, en el mundo moderno, damos por supuesto que la mayoría de las personas serán observantes de la ley, y apenas nos damos cuenta de que se han necesitado siglos de esfuerzo para hacer posible tal supuesto. Olvidamos cuántas de las cosas buenas que incuestionablemente esperamos desaparecerían de la vida si llegaran a hacerse comunes el asesinato, la violación y el robo con violencia. Y todavía olvida-

mos más con cuánta facilidad podría suceder tal cosa. La guerra de clases universal presagiada por la Tercera Internacional, después del relajamiento de las restricciones producido por la última guerra, y combinada con la inculcación deliberada de la falta de respeto a la ley y al gobierno constitucional, podría producir, y yo creo que produciría, un estado de cosas en el que sería habitual matar a un hombre por un pedazo de pan, y en el que las mujeres sólo estarían a salvo cuando las protegiesen hombres armados. Las naciones civilizadas han aceptado el gobierno democrático como un método de zanjar sin violencias las disputas internas. El gobierno democrático puede tener todas las faltas que se le atribuyen, pero tiene el gran mérito de que la gente, en conjunto, quiere aceptarlo como un sustitutivo de la guerra civil en las disputas políticas. Quienquiera que se disponga a esforzarse para debilitar esa aceptación, sea en el Ulster o en Moscú, está asumiendo una terrible responsabilidad. La civilización no es tan estable que no pueda disolverse; y de una situación de violencia sin ley no debe esperarse que resulte ninguna cosa buena. Por esa razón, si no por otra, la violencia revolucionaria en una democracia es infinitamente peligrosa.

IV

Revolución y dictadura

Los bolcheviques tienen un programa muy bien definido para alcanzar el comunismo, un programa que ha sido formulado repetidamente por Lenin, y, muy recientemente, en la réplica de la Tercera Internacional al cuestionario propuesto por el Partido Laborista Independiente.

Los capitalistas, se nos asegura, no sentirán ningún escrúpulo en la defensa de sus privilegios. Es natural al hombre, en la medida en que éste es políticamente consciente, luchar por los intereses de su clase mientras existan las clases. Cuando el conflicto no es llevado al extremo, los métodos conciliatorios y el engaño político pueden ser preferibles a una guerra física real; pero, tan pronto como el proletariado emprenda un ataque verdaderamente vital a los capitalistas, éstos le harán frente con los fusiles y las bayonetas. Como lo dicho es cierto e inevitable, es conveniente estar preparado para ello, y conducir en consecuencia la propaganda. Los que pretenden que los métodos pacíficos pueden llevar a la realización del comunismo son falsos amigos de los trabajadores; con intención o sin ella, son aliados encubiertos de la burguesía.

Entonces, según la teoría bolchevique, tiene que haber, más pronto o más tarde, un conflicto armado, si es que han de remediarse alguna vez las injusticias del presente sistema económico. No sólo dan por supuesto el conflicto armado, sino que tienen un concepto muy definido del modo en que aquél ha de ser dirigido. Ese concepto ha sido puesto en práctica en Rusia, y ha de ser puesto en práctica, dentro de muy poco tiempo, en cada país civilizado. Los comunistas, que representan a los asalariados con consciencia de clase, esperan un momento propicio en el que los

acontecimientos hayan producido un talante revolucionario por el descontento con el gobierno existente. Entonces se ponen a la cabeza de los descontentos, ponen en marcha una revolución triunfante y, al hacerlo así, se apoderan de las armas, los ferrocarriles, el tesoro del Estado y todos los demás recursos con que se construye el poder de los gobiernos modernos. Entonces reservan el poder político para los comunistas, por pequeña que sea su minoría en el conjunto de la nación. Se entregan a la tarea de aumentar su número mediante la propaganda y el control de la educación. Y, mientras tanto, introducen el comunismo en todos los departamentos de la vida económica tan pronto como es posible.

Finalmente, al cabo de un período de tiempo más o menos largo, según las circunstancias, la nación será convertida al comunismo, las reliquias de las instituciones capitalistas quedarán completamente borradas, y será posible restaurar la libertad. Pero los conflictos políticos a los que estamos acostumbrados no reaparecerán. Todas las candentes cuestiones políticas de nuestro tiempo, según los comunistas, son cuestiones de conflicto de clases y desaparecerán cuando desaparezca la división en clases. En consecuencia, el Estado dejará de ser necesario, puesto que el Estado es esencialmente una máquina de poder ideada para dar la victoria a una de las partes del conflicto de clases. Los Estados ordinarios están planeados para dar la victoria a los capitalistas; el Estado proletario (la Rusia soviética) está planeado para dar la victoria a los asalariados. Desde el momento en que la comunidad no contiene sino asalariados, el Estado deja de tener funciones. Y así, después de un período de dictadura, llegaremos finalmente a una situación muy similar a la que consideraba como objetivo suyo el comunismo anarquista.

Tres cuestiones se plantean en relación con ese método de alcanzar la Utopía. En primer lugar, el Estado final presagiado por los bolcheviques, ¿será deseable en sí mismo? En segundo lugar,

el conflicto que implica alcanzarlo mediante el método bolchevique, ¿será tan agrio y tan prolongado que sus males pesen más que el definitivo bien? En tercer lugar, ¿es probable que el método conduzca finalmente al Estado deseado por los bolcheviques, o fallará en algún punto y conducirá a algún resultado muy distinto? Si hemos de ser bolcheviques tenemos que dar respuesta a esas preguntas en un sentido favorable a su programa.

Por lo que respecta a la primera pregunta, no vacilo en contestar de manera favorable al comunismo. Que las presentes desigualdades de riqueza son injustas, es cosa clara. En parte, tales dificultades son defendibles en cuanto proporcionan un incentivo a las industrias útiles, pero no creo que esa defensa pueda llevarnos muy lejos. Sin embargo, ya he tratado esa cuestión antes en mi libro *Caminos de libertad* y no voy a dedicarle ahora más tiempo. En ese punto, acepto la tesis bolchevique. Son las otras dos cuestiones las que deseo discutir.

Nuestra segunda pregunta era: el bien último al que se dirigen los bolcheviques, ¿es suficientemente magno para valer el coste que, según su propia teoría, ha de pagarse para conseguirlo?

Si algo humano fuese absolutamente cierto, podríamos contestar afirmativamente a esa pregunta con alguna confianza. Puede esperarse que los beneficios del comunismo, si alguna vez se lograra, serían duraderos; podríamos justificadamente esperar que los ulteriores cambios serían hacia algo aún mejor, no hacia la reaparición de los antiguos males. Pero si reconocemos, como debemos hacerlo, que el resultado de la revolución comunista es en alguna medida incierto, se hace necesario tener en cuenta el coste; porque el coste, al menos una parte muy importante de éste, es casi cierto.

Desde la Revolución de octubre de 1917, el gobierno soviético ha estado en guerra con casi todo el mundo y, al mismo tiempo, ha tenido que hacer frente a la guerra civil interna. Eso no

debe considerarse un accidente o una desgracia imprevisible. Según la teoría marxista, lo ocurrido era lo que tenía que ocurrir. En efecto, Rusia ha sido sorprendentemente afortunada al no haber tenido que afrontar una situación aún más desesperada. Ante todo y sobre todo, el mundo estaba agotado por la guerra y nada inclinado a aventuras militares. En segundo lugar, el régimen zarista era el peor de Europa, y congregó menos apoyos de los que se habría asegurado cualquier otro gobierno capitalista. Por otra parte, Rusia es vasta y agrícola, y puede resistir tanto la invasión como el bloqueo mejor de lo que podrían hacerlo Inglaterra, Francia o Alemania. El único país que podría haber resistido con el mismo éxito es Estados Unidos de América, que por ahora está muy alejado de una revolución proletaria, y probablemente siga siendo durante mucho tiempo el baluarte principal del sistema capitalista. Es evidente que Gran Bretaña, si intentase una revolución similar, se vería obligada a rendirse por hambre en pocos meses, en el caso de que Estados Unidos impusiese una política de bloqueo. Otro tanto puede decirse, aunque en grado algo menor, de los países continentales. Así pues, hasta que sea posible —siempre y cuando se produzca— una revolución comunista internacional, hemos de contar con que cualquier otra nación que siguiese el ejemplo de Rusia tendría que pagar un coste aún más alto que el pagado por Rusia.

Pero el coste que Rusia tiene que pagar es muy elevado. La pobreza casi universal podría considerarse como un mal menor en comparación con la ganancia final, pero trae consigo otros males cuya magnitud han de reconocer incluso aquellos que nunca han conocido la pobreza y pueden no tomársela en serio. El hambre produce una obsesión por los alimentos, que convierte la vida de casi todo el mundo en casi puramente animal. La escasez general enfurece a las personas, y eso tiene su efecto en la atmósfera política. La necesidad de inculcar el comunismo produce una situación de invernadero, de la que hay que excluir to-

do soplo de aire fresco: hay que enseñar a las personas a pensar de determinada manera, y toda inteligencia libre pasa a ser tabú. El país llega a parecerse a un inmenso colegio de jesuitas. Toda clase de libertad es proscrita como *burguesa;* pero es un hecho que la inteligencia languidece donde el pensamiento no es libre.

No obstante, todo eso, según los dirigentes de la Tercera Internacional, no es sino el nimio comienzo de la lucha, que ha de hacerse universal antes de que logre la victoria. En su respuesta al Partido Laborista Independiente, dicen:

> Es probable que al librarse de las cadenas de los gobiernos capitalistas, el proletariado revolucionario de Europa se enfrente con el capital anglosajón, en las personas de los capitalistas británicos y norteamericanos partidarios del bloqueo. Entonces es posible que el proletariado revolucionario de Europa se alce en unión de los pueblos del Este y comience una lucha revolucionaria, cuyo escenario será el mundo entero, para asestar un golpe final al capitalismo británico y estadounidense[41].

El conflicto ahí profetizado, si alguna vez tiene lugar, será una guerra en comparación con la cual la última llegará a parecer un simple combate de avanzadillas. Aquellos que se dan cuenta del carácter destructivo de la última guerra, de la devastación y el empobrecimiento, del descenso del nivel de civilización en amplias zonas, del aumento general del odio y el salvajismo, del desenfreno de instintos bestiales que habían estado reprimidos durante la paz, los que se dan cuenta de todo eso dudarán en incurrir en horrores inconcebiblemente más graves, aunque crean firmemente que el comunismo es algo muy deseable en sí mismo. Un sistema económico no puede considerarse con independencia de la población que ha de ponerlo en práctica; y la población que emerja de semejante guerra universal, que Moscú tranquilamente considera, sería salvaje, sedienta de sangre y despiadada en tal grado que convertiría cualquier sistema en una mera máquina de opresión y crueldad.

Eso nos conduce a nuestra tercera cuestión: ¿Es probable que el sistema considerado como meta por los comunistas resulte de

la adopción de los métodos de éstos? Ésa es verdaderamente la más vital de las tres preguntas.

La defensa del comunismo por aquellos que creen en los métodos bolcheviques se apoya en el supuesto de que no hay otra esclavitud que la económica, y de que cuando todos los bienes se poseen en común tiene que haber una libertad perfecta. Temo que ello sea una ilusión.

Es necesario que haya una administración, es necesario que haya autoridades o funcionarios que controlen la distribución. Esos hombres, en un Estado comunista, son los depositarios del poder. Siempre que controlen el Ejército, pueden, como en estos momentos en Rusia, ejercer un poder despótico, aunque constituyan una pequeña minoría. El hecho de que haya comunismo —hasta cierto punto— no significa que haya libertad. Si el comunismo fuera más pleno, eso no supondría necesariamente una mayor libertad; seguiría habiendo ciertos funcionarios para el control de los abastecimientos, y esos hombres podrían gobernar como quisieran mientras conservaran el apoyo de los soldados. Lo dicho no es mera teoría: es la patente lección de la actual situación de Rusia. La teoría bolchevique es que una pequeña minoría ha de apoderarse del poder, y retenerlo hasta que el comunismo sea aceptado de una manera prácticamente universal, lo cual, admiten los bolcheviques, puede tardar mucho tiempo. Pero el poder es dulce, y pocos hombres renuncian a él voluntariamente. Es especialmente dulce para los que se han acostumbrado al mismo, y esa costumbre arraiga profundamente, sobre todo en los que han gobernado con el apoyo de las bayonetas, sin sostén popular. ¿No es casi inevitable que hombres situados como los bolcheviques están situados en Rusia, y como ellos mismos afirman que los comunistas tienen que situarse dondequiera que triunfe la revolución social, no sientan inclinación alguna a abandonar el monopolio del poder, y encuentren razones para conservarlo hasta que alguna nueva revolución se lo arrebate?

¿No les sería fatalmente fácil, sin alterar la estructura económica, decretar salarios elevados para los altos funcionarios del gobierno y reintroducir así las antiguas desigualdades de riqueza? ¿Qué motivos tendrían para no hacerlo así? ¿Hay algún motivo posible que no sea el idealismo, el amor a la humanidad, motivos no económicos de la clase que los bolcheviques condenan? El sistema creado por la violencia y el dominio forzado de una minoría tienen necesariamente que permitir la tiranía y la explotación; y, si la naturaleza humana es como los marxistas afirman que es, ¿por qué los gobernantes iban a abandonar semejantes oportunidades de provecho egoísta?

Es una tontería pretender que los gobernantes de un gran imperio como la Rusia soviética, cuando han llegado a acostumbrarse al poder, conserven la psicología proletaria y sientan que su interés de clase es el mismo que el de los trabajadores ordinarios. No ocurre así ahora en Rusia, por mucho que la verdad se disimule con bellas frases. El gobierno tiene una consciencia de clase y unos intereses de clase enteramente distintos de los del proletariado genuino, que no hay que confundir con el proletariado de papel del esquema marxista. En un Estado capitalista, el gobierno y los capitalistas en conjunto se mantienen unidos y forman una sola clase; en la Rusia soviética el gobierno ha absorbido la mentalidad capitalista junto con la gubernamental, y la fusión ha dado una fuerza intensificada a la clase superior. Pero no veo razón alguna para esperar que de un sistema así resulten la igualdad o la libertad, a no ser razones derivadas de una falsa psicología y de un análisis erróneo de las fuentes del poder político.

Me veo obligado a rechazar el bolchevismo por dos razones. Primero, porque el coste que la humanidad tiene que pagar para alcanzar el comunismo mediante los métodos bolcheviques es demasiado terrible; y, segundo, porque, aun después de pagado

ese coste, no creo que el resultado pudiese ser el que los bolcheviques desean.

Pero, si los métodos bolcheviques son rechazados, ¿cómo podremos llegar a un sistema económico mejor? Esta cuestión no es fácil, y la trataré en el capítulo siguiente.

V

El mecanismo y el individuo

¿Es posible llevar a efecto una reforma fundamental del sistema económico existente mediante algún método distinto al del bolchevismo? La dificultad de contestar a esa pregunta es lo que principalmente atrae a los idealistas hacia la dictadura del proletariado. Si, según he argumentado, el método de la revolución violenta y el gobierno comunista no es probable que tengan los resultados que los idealistas desean, nos vemos reducidos a la desesperación a menos que podamos vislumbrar esperanzas en otros métodos. Los argumentos de los bolcheviques contra todos los otros son poderosos. Confieso que, cuando el espectáculo de la Rusia actual me obligó a no creer en los métodos bolcheviques, fui de momento incapaz de ver algún modo de remediar los males esenciales del capitalismo. Mi primer impulso fue renunciar al pensamiento político, como un mal asunto, y concluir que los fuertes y despiadados habrán de explotar siempre a los sectores más débiles y benignos de la población. Pero esa actitud no puede ser mantenida durante mucho tiempo por ninguna persona vivaz y temperamentalmente esperanzada. Desde luego, si fuera verdad, habría que conformarse con ella. Algunas personas creen que si llevan una vida de penalidades pueden ganar la inmortalidad. La respuesta a esos optimistas no puede ser más que una mera refutación; no es necesario ir más allá e indicar algún otro modo de escapar a la muerte. Del mismo modo, la argumentación de que el bolchevismo no ha de conducirnos al milenio seguirá siendo válida aunque pueda mostrarse que el milenio no puede alcanzarse por otra vía. Pero la verdad en cuestiones sociales no es como la verdad en fisiología o en física, ya que depende de las creencias del hombre. El optimismo tiende a veri-

ficarse a sí mismo al hacer que las personas no soporten los males evitables; mientras que la desesperanza, por el contrario, hace que el mundo sea tan malo como lo concibe. Es, pues, imperativo que los que no creen en el bolchevismo lo sustituyan por alguna otra esperanza.

Pienso que hay dos cosas que deben admitirse: en primer lugar, que muchos de los peores males del capitalismo podrían perdurar bajo el comunismo; en segundo lugar, que el remedio de esos males no puede ser repentino, puesto que requiere cambios en la mentalidad media.

¿Cuáles son los principales males del sistema actual? No creo que la mera desigualdad de riqueza sea, en sí misma, un mal muy grande. Si todo el mundo tuviese lo suficiente, el hecho de que algunos tuvieran más de lo suficiente no sería importante. Con una mejora muy moderada en los métodos de producción sería fácil asegurar que todo el mundo tuviese lo suficiente, incluso bajo el capitalismo, si fueran abolidas las guerras y los preparativos para las guerras. El problema de la pobreza no es en modo alguno insoluble dentro del sistema existente, excepto cuando se tienen en cuenta factores psicológicos y la desigual distribución del poder.

Los males más graves del sistema capitalista proceden sin excepción de su desigual distribución del poder. Los que poseen el capital ejercen una influencia muy desproporcionada a su número o a sus servicios a la comunidad. Dominan casi toda la educación y la prensa; deciden lo que el hombre medio conocerá o no conocerá; el cine les ha dado un nuevo método de propaganda, mediante el cual pueden hacerse con el apoyo de aquellos que son demasiado frívolos incluso para leer periódicos ilustrados. Muy poca inteligencia en el mundo es verdaderamente libre: en su mayor parte está, directa o indirectamente, pagada por empresas de negocios o por filántropos adinerados. Para satisfacer los intereses capitalistas, los hombres se ven obligados a trabajar

mucho más dura y monótonamente de lo que deberían, y su educación es chapucera. Por doquier, como en los países bárbaros o semicivilizados, los trabajadores son demasiado débiles o están demasiado desorganizados para protegerse, se practican crueldades espantosas en provecho de intereses privados. Las organizaciones económicas y políticas se expanden cada vez más, y dejan cada vez menos espacio al desarrollo y la iniciativa individuales. El mal fundamental del mundo moderno es ese sacrificio del individuo a la máquina.

Remediar ese mal no es fácil porque en cualquier momento dado, aunque no a la larga, se mejora la eficiencia con ese sacrificio del individuo a la vasta organización, sea militar o industrial. En la guerra y en la competición comercial es necesario controlar los impulsos individuales, y tratar a los hombres como tantas «bayonetas», o «sables», o «manos», no como una sociedad de personas independientes, con sus propios gustos y capacidades. Algún sacrificio de los impulsos individuales es, desde luego, esencial para la existencia de una comunidad ordenada, y ese grado de sacrificio, por regla general, no es lamentable ni siquiera desde el punto de vista individual. Pero lo que se exige en una nación muy militarizada o industrializada va mucho más allá de ese modesto grado. Una sociedad que permita mucha libertad al individuo tiene que ser bastante fuerte para no verse angustiada en cuestiones de defensa, bastante moderada para abstenerse de conquistas externas difíciles y bastante rica para valorar el ocio y la existencia civilizada más que el incremento de los bienes de consumo.

Pero donde existen las condiciones materiales para tal estado de cosas, no es probable que existan las condiciones psicológicas a menos que el poder esté muy ampliamente difundido por toda la comunidad. Donde el poder se concentra en pocas manos, a menos que esos pocos sean personas muy excepcionales, ocurrirá que valorarán los logros tangibles en la dirección del incremento

del comercio o del imperio, por encima de las mejoras lentas y menos obvias que resultarían de una mejor educación y de mayor ocio. Las alegrías de la victoria son especialmente grandes para los ostentadores del poder; en cambio, los males de una organización mecánica caen casi exclusivamente sobre los menos influyentes. Por esas razones, no creo que ninguna comunidad en la que el poder esté muy concentrado se abstenga durante mucho tiempo de conflictos de la clase que supone un sacrificio de lo que hay más valioso en el individuo. En Rusia, en este momento, el sacrificio del individuo es en gran medida inevitable a causa de la gravedad de la lucha económica y militar. Sin embargo, yo no advertí en los bolcheviques la consciencia de la magnitud de esa desgracia, ni el reconocimiento de la importancia del individuo frente al Estado. Tampoco creo fácil que lleguen a triunfar y a llegar a la cima los hombres que se dan cuenta de ello, en momentos en los que todo ha de ser contrario a la libertad personal. La teoría bolchevique requiere que todo país, antes o después, pase por lo que Rusia está pasando. Y en todo país que se encuentre en las mismas condiciones es de esperar que el gobierno caiga en manos de hombres despiadados, que por naturaleza no tienen amor a la libertad y que no considerarán importante acelerar la transición de la dictadura a la libertad. Es mucho más probable que dichos hombres sientan la tentación de embarcarse en nuevos empeños, que requieran una nueva concentración de fuerzas, y pospongan indefinidamente la liberación de las poblaciones que utilizan como su material.

Por esas razones, la igualdad de la riqueza sin igualdad de poder me parece un logro más bien nimio e inestable. Pero la igualación del poder no es cosa que pueda conseguirse en un día. Requiere un nivel considerable de educación moral, intelectual y técnica. Requiere un largo período sin crisis extremas para que los hábitos de tolerancia y bondad sean comunes. Requiere vigor de parte de los que van adquiriendo poder, sin una resistencia

demasiado desesperada de parte de los que ven disminuida su porción en el mismo. Eso sólo es posible si los que acumulan poder no son muy feroces y no aterrorizan a sus adversarios con amenazas de ruina y muerte. Es cosa que no puede hacerse pronto, porque los métodos rápidos requieren ese mismo mecanismo y subordinación del individuo que se trata de impedir.

Pero tampoco la igualación del poder es todo lo que se necesita políticamente. Es también esencial el adecuado agrupamiento de hombres para fines diferentes. El autogobierno en la industria, por ejemplo, es una condición indispensable de una buena sociedad. Los actos de un individuo o de un grupo que no tengan mayor importancia para los demás, deben ser libremente decididos por aquel individuo o grupo. Ya se reconoce eso en lo que respecta a la religión, pero debería reconocerse en ámbitos mucho más amplios.

Me parece que la teoría bolchevique yerra al concentrar su atención en un solo mal, la desigualdad de la riqueza, lo cual cree que se encuentra en el fondo de todos los demás. No creo que pueda singularizarse ningún mal particular, pero si tuviera que elegir el mayor de los males políticos, elegiría la desigualdad de poder. Y negaría que ese mal sea fácilmente remediable mediante la lucha de clases y la dictadura del Partido Comunista. Sólo la paz y un prolongado período de mejoras graduales pueden lograrlo.

Las buenas relaciones entre los individuos, la ausencia de odio, violencia y opresión, la difusión general de la educación, el ocio racionalmente empleado, el progreso del arte y la ciencia, son los fines más importantes que en mi opinión debe considerar la teoría política. No creo que puedan ser promovidos, salvo en casos muy excepcionales, por la revolución y la guerra, y estoy convencido de que en el momento actual sólo pueden ser fomentados mediante una disminución del espíritu cruel que engendra la guerra. Por esas razones, aun reconociendo la necesi-

dad e incluso la utilidad del bolchevismo en Rusia, no deseo ver su propagación, ni animar a la adopción de su filosofía por parte de los partidos avanzados de las naciones occidentales.

VI

Por qué ha fracasado el comunismo ruso

Parece indudable que el mundo civilizado seguirá, antes o después, el ejemplo de Rusia: intentar una organización socialista de la sociedad. Creo que la tentativa es esencial para el progreso y la felicidad de la humanidad durante los siglos próximos, pero también que la transición tiene peligros aterradores. Creo que si la teoría bolchevique, en lo referente al método de transición, es adoptada por los socialistas de las naciones occidentales, el resultado será un prolongado caos que no llevará ni al socialismo ni a ningún otro sistema civilizado, sino a una recaída en la barbarie de la Edad Media. En interés del socialismo, no menos que en interés de la civilización, me parece imperativo que el fracaso ruso sea reconocido y analizado. Por esa razón, aunque no hubiera otra, no puedo unirme a la conspiración de disimulo que muchos socialistas occidentales que han visitado Rusia consideran necesaria.

Trataré ante todo de recapitular los hechos que me llevan a considerar como un fracaso el experimento ruso, y luego intentaré averiguar sus causas.

El fracaso más elemental de Rusia es el referente a la alimentación. En un país que anteriormente producía un amplio excedente exportable de cereales y otros productos agrícolas, y en el que la población no agrícola constituye un quince por ciento del total, debería ser posible, sin gran dificultad, suministrar abundante comida a las ciudades. No obstante, el gobierno ha fracasado gravemente en ese aspecto. Las raciones son inadecuadas e irregulares, de modo que es imposible conservar la salud y el vigor sin la ayuda de alimentos comprados ilegalmente en los mercados, a precios de especulación. Ya he dado las razones que per-

miten pensar que la ruina de los transportes, aunque una causa coadyuvante, no es la razón principal de la escasez. La razón principal es la hostilidad de los campesinos, la cual, a su vez, se debe al colapso de la industria y a la política de decomisos forzados. En materia de maíz y harina, el gobierno requisa todo lo que producen los campesinos, por encima de un cierto mínimo que necesitan ellos y sus familias. Si, en cambio, exigiese una cantidad fija como renta, no destruiría el incentivo para la producción, y no daría un motivo tan fuerte para la ocultación. Pero ese plan habría permitido el enriquecimiento de los campesinos, y habría supuesto un abandono confeso de la teoría comunista. En consecuencia, se ha creído preferible emplear métodos de fuerza, que han llevado al desastre, como se podía esperar.

El colapso de la industria fue la causa principal de las dificultades alimentarias y, a su vez, ha sido agravado por éstas. A causa del hecho de que en el campo hay comida abundante, los trabajadores industriales y urbanos intentan constantemente abandonar su empleo por la agricultura. Eso es ilegal y está severamente castigado con la cárcel o trabajos forzados. No obstante, continúa, y, en un país tan vasto como Rusia, no es posible evitarlo. Así, las filas de la industria se ven mermadas todavía más.

Excepto en lo referente a las municiones de guerra, el extraordinario colapso de la industria en Rusia es absoluto. Las resoluciones aprobadas por el IX Congreso del Partido Comunista (abril de 1920) se refieren a «las increíbles catástrofes de la economía pública». Ese lenguaje no es demasiado enérgico, aunque la recuperación del petróleo de Bakú ha hecho algo por reavivar la cuenca del Volga.

El fracaso de todo el sector industrial de la economía nacional, incluido el transporte, está en el fondo de los otros fracasos del gobierno soviético. Para empezar, es la causa principal de la impopularidad de los comunistas tanto en la ciudad como en el campo: en la ciudad, porque el pueblo tiene hambre; en el cam-

po, porque la comida ha de entregarse a cambio sólo de papel moneda. Si la industria hubiera sido próspera, los campesinos podrían haber obtenido vestido y maquinaria agrícola, a cambio de lo cual habrían dado de buena gana comida suficiente para las necesidades de las ciudades. La población de las ciudades podría entonces haber subsistido en condiciones tolerables de confort; podría haberse hecho frente a la enfermedad, y haberse evitado el deterioro general de la vitalidad. No habría sido necesario, como lo ha sido en muchos casos, que hombres de capacidad artística o científica abandonasen los trabajos para los que estaban dotados y se dedicasen a trabajos manuales no especializados. Habría sido agradable vivir en la República comunista… al menos para los que antes hubieran sido muy pobres.

La impopularidad de los bolcheviques, que se debe primordialmente al colapso de la industria, ha sido acentuada a su vez por las medidas que dicho colapso ha obligado a adoptar al gobierno. En vista del hecho de que era imposible proporcionar alimentación adecuada a la población ordinaria de Petrogrado y Moscú, el gobierno decidió que en todo caso los hombres empleados en trabajos públicos importantes debían estar suficientemente alimentados para garantizar su eficiencia. Es una grosera calumnia decir que los comunistas —o, al menos, los principales comisarios del pueblo— llevan vidas de lujo según nuestros criterios; pero es un hecho que no están expuestos, como sus súbditos, al hambre intensa y al debilitamiento del vigor que la acompaña. Nadie puede censurarlos por ello, puesto que la labor de gobierno tiene que llevarse adelante, pero ése es uno de los aspectos en que han reaparecido las distinciones de clase, cuando se intentaba hacerlas desaparecer. Hablé con un trabajador de Moscú, patentemente hambriento, que me dijo, señalando al Kremlin: «Ahí hay suficiente comida». Expresaba así un sentimiento muy difundido que resulta fatal para el llamamiento idealista que pretende hacer el comunismo.

A causa de su impopularidad, los bolcheviques han tenido que confiar en el ejército y en la Comisión Extraordinaria, y se han visto obligados a reducir el sistema de los soviets a una forma vacía. La pretendida representación del proletariado está cada vez más marchita. En mitad de las manifestaciones y desfiles oficiales, el proletario genuino se limita a mirar con aire apático y desilusionado, a menos que esté poseído por una energía y un ardor poco corrientes, y en ese caso considera las ideas del sindicalismo o de los I. W. W[42]. para liberarlo de una esclavitud aún más consumada que la del capitalismo. Un salario de agotamiento, las largas horas de trabajo, el reclutamiento industrial, la prohibición de huelgas, la cárcel para los haraganes, la disminución de las raciones ya magras en las fábricas cuando la producción no alcanza lo que las autoridades esperan, un ejército de espías presto a informar de cualquier tendencia a la desafección política y a procurar la prisión para sus promotores; tal es la realidad de un sistema que aún pretende gobernar en nombre del proletariado.

Al mismo tiempo, el peligro interior y exterior ha hecho necesaria la creación de un gran ejército reclutado por alistamiento obligatorio, salvo por su núcleo comunista, de entre una población ya completamente agotada por la guerra, que puso a los bolcheviques en el poder porque sólo ellos prometían la paz. El militarismo ha producido su resultado inevitable: con un espíritu duro y dictatorial, los hombres que ocupan el poder efectúan su tarea diaria con la consciencia de un mando sobre tres millones de hombres armados, y de que la oposición civil a su voluntad puede aplastarse fácilmente.

De todo ello ha resultado un sistema penosamente parecido al antiguo régimen del zar, un sistema asiático en su burocracia centralizada, su servicio secreto, su atmósfera de misterio gubernamental y de terror disciplinario. En muchos aspectos, se parece a nuestro gobierno de la India. Como ese gobierno, represen-

ta la civilización, la educación, la sanidad y las ideas occidentales de progreso; está integrado, en su mayor parte, por individuos honrados e industriosos, que desprecian a aquellos a quienes gobiernan, pero se creen poseídos de algo valioso que tienen que comunicar a la población, a pesar de lo poco que ésta pueda desearlo. Al igual que nuestro gobierno de la India, viven aterrorizados de un levantamiento popular y se ven obligados a recurrir a represiones crueles para conservar su poder. Al igual que nuestro gobierno de la India, representan una filosofía de la vida ajena, que no puede imponerse al pueblo sin un cambio en los instintos, los hábitos y las tradiciones tan profundo que seca las fuentes vitales de la acción, produce indiferencia y desesperanza entre las víctimas ignorantes de la ilustración militante. Es posible que Rusia necesite austeridad y disciplina más que ninguna otra cosa; es posible que una renovación de los métodos de Pedro el Grande sea esencial para el progreso. Desde ese punto de vista, mucho de lo que resulta natural criticar en el bolchevismo se hace defendible, pero ese punto de vista tiene poco que ver con el comunismo. Tal vez pueda defenderse al bolchevismo como una disciplina extremada mediante la cual se ha de industrializar rápidamente una nación atrasada; pero, como un experimento de comunismo, ha fracasado.

Un defensor de los bolcheviques puede decir dos cosas en contra de la argumentación de que, en vista de que el estado actual de Rusia es malo, los bolcheviques han fracasado. Podría decir que aún es demasiado pronto para juzgar, y podría insistir en que cualquier fallo que haya habido es atribuible a la hostilidad del mundo exterior.

Por lo que respecta a la opinión de que todavía es pronto para juzgar, en un sentido es desde luego innegable. Pero, en un sentido, siempre es demasiado pronto para juzgar un acontecimiento histórico, porque sus efectos y sus desarrollos se prolongan indefinidamente. El bolchevismo tiene, sin duda, grandes cam-

bios ante sí. Pero los tres últimos años nos han dado material para formular algunos juicios, aunque más tarde se hagan posibles otros juicios más definitivos. Y, por las razones que he presentado en capítulos anteriores, encuentro imposible creer que posteriores desarrollos realicen más plenamente el ideal comunista. Si se abre el comercio con el mundo exterior, habrá una tendencia casi irresistible a la reaparición de la empresa privada. Si el comercio continúa cerrado, los planes de conquista asiática madurarán y conducirán al resurgimiento de un Gengis Khan y un Tamerlán. En ningún caso es probable que perdure la pureza de la fe comunista.

En cuanto a la hostilidad de la Entente, es desde luego verdad que el bolchevismo podría haber tenido un desarrollo muy diferente si hubiera sido tratado con un espíritu cordial. Pero, dado su deseo de promover la revolución mundial, nadie podría esperar —y sin duda los bolcheviques no lo esperaban— que los gobiernos capitalistas les fueran amistosos. Si Alemania hubiera ganado la guerra habría mostrado una hostilidad más eficaz que la de la Entente. Por mucho que podamos censurar a los gobiernos occidentales por su política, debemos reconocer que, según la teoría económica determinista de los bolcheviques, no podía esperarse de ellos otra política. Podría excusarse a otros hombres de que no hubiesen previsto la reacción de Churchill, Clemenceau y Millerand; pero no puede excusarse a los marxistas, ya que dicha actitud se avenía exactamente con sus propias fórmulas.

Hemos visto los síntomas del fracaso del bolchevismo; paso ahora a la cuestión de sus causas más profundas.

Todas las peores cosas que encontramos en Rusia pueden remontarse al colapso de la industria. ¿Por qué ha sufrido la industria un colapso tan absoluto? Y ¿sufriría la misma ruina si hubiese una revolución comunista en un país occidental?

La industria rusa no había tenido nunca un gran desarrollo, y siempre dependió del mundo exterior para muchas de sus instalaciones. La hostilidad del mundo, materializada en el bloqueo, dejó a Rusia impotente para reemplazar la maquinaria y las locomotoras desgastadas durante la guerra. La necesidad de defenderse obligó a los bolcheviques a mandar al frente a sus mejores obreros, porque eran los comunistas más merecedores de confianza, y su pérdida hizo a las fábricas aún más ineficaces de lo que lo habían sido bajo Kérenski. En ese aspecto, y en la holgazanería y falta de capacitación del trabajador ruso, los bolcheviques se han encontrado con especiales dificultades que serían menores en otros países. Por otra parte, han dispuesto de especiales ventajas por el hecho de que Rusia se basta a sí misma en materia de alimentación; ningún otro país habría podido soportar durante tanto tiempo el colapso de la industria, y ninguna otra gran potencia, salvo los Estados Unidos, podría haber sobrevivido a años de bloqueo.

La hostilidad del mundo no fue en modo alguno una sorpresa para los que habían hecho la Revolución de Octubre; estaba de acuerdo con su teoría general, y sus consecuencias tenían que haber sido tomadas en consideración al hacer la revolución.

Con los ojos abiertos, los bolcheviques han afrontado otras hostilidades, aparte de la del mundo exterior; en particular, la hostilidad de los campesinos y de una gran parte de la población industrial. Los bolcheviques han intentado, de acuerdo con su habitual desprecio por los métodos conciliatorios, emplear el terror en vez de las recompensas como incentivo para el trabajo. Algunos socialistas afables han imaginado que, una vez eliminado el capital privado, los hombres trabajarían por un sentimiento de obligación hacia la comunidad. Los bolcheviques no aceptan ningún sentimentalismo de esa naturaleza. En una de las resoluciones del IX Congreso Comunista, dicen:

Todo sistema social, esté basado en la esclavitud, en el feudalismo o en el capitalismo, tuvo sus modos y medios de obligar al trabajo, y de educar a los trabajadores en interés de los explotadores.

El sistema soviético tiene que hacer frente a la tarea de desarrollar sus propios métodos de obligación laboral para conseguir un incremento de la intensidad y la integridad del trabajo; ese método ha de basarse en la socialización de la economía pública, en interés de toda la nación.

Además de la propaganda por medio de la cual ha de influirse en el pueblo, y de las represiones que han de aplicarse a todos los haraganes, parásitos y desorganizadores que se esfuerzan en socavar el celo del pueblo, el método principal para el incremento de la producción será la introducción del sistema del trabajo obligatorio.

En la sociedad capitalista, la rivalidad adoptaba el carácter de la competitividad, y conducía a la explotación del hombre por el hombre. En una sociedad en que los medios de producción están nacionalizados, la rivalidad laboral ha de incrementar los productos del trabajo sin dañar a su solidaridad.

La rivalidad entre fábricas, regiones, gremios, talleres y trabajadores individuales deberá ser objeto de esmerada organización y de atento estudio por parte de los sindicatos y de los órganos económicos.

El sistema de incentivos que hay que introducir se convertirá en uno de los medios más poderosos de estimular la rivalidad. El sistema de suplemento en las raciones alimenticias ha de ponerse en línea con aquél; mientras la Rusia soviética sufra de insuficiencia de abastecimiento, es perfectamente justo que el trabajador industrioso y concienzudo reciba más que el trabajador negligente.

Debe recordarse que incluso «el trabajador industrioso y concienzudo» recibe menos alimentos de los necesarios para conservar su eficiencia.

Sobre toda la trayectoria de Rusia y del bolchevismo desde la Revolución de Octubre se cierne una trágica fatalidad. A pesar del éxito externo, el fracaso interno ha recorrido unos estadios inevitables. Y esos estadios, si se hubiera tenido la suficiente perspicacia, tendrían que haber sido previstos desde el principio. Al provocar la hostilidad del mundo exterior, los bolcheviques se vieron en la necesidad de provocar la hostilidad de los campesinos, y finalmente la hostilidad y absoluta apatía de la población urbana e industrial. Esas diversas hostilidades trajeron el desastre material, y el desastre material trajo consigo el colapso espiritual. La fuente última de todo el cortejo de males se encuentra en la perspectiva del bolchevismo: en su dogmatismo del odio y

en su creencia en que la naturaleza humana puede ser completamente transformada por la fuerza. Hacer daño a los capitalistas no es el objetivo final del socialismo, aunque entre hombres dominados por el odio, es la parte de la doctrina que da sabor a sus actividades. Hacer frente a la hostilidad del mundo puede ser una muestra de heroísmo, pero es un heroísmo cuyo coste ha de pagar el país, no sus dirigentes. En los principios del bolchevismo hay más deseo de destruir males antiguos que de edificar nuevos bienes; por esa razón, destruir ha tenido mucho más éxito que construir. El deseo de destruir está inspirado por el odio, que no es un principio constructivo. De esa característica esencial de la mentalidad bolchevique procede la disposición a someter a Rusia a su presente martirio. Un mundo más feliz no puede ser creado sino a partir de una mentalidad muy diferente.

Y de ahí se infiere una conclusión más. La perspectiva bolchevique es el resultado de la crueldad del régimen zarista y de la ferocidad de los años de la Gran Guerra, que actuaron sobre una nación arruinada y hambrienta, enloquecida por el odio universal. Si para el establecimiento eficaz del socialismo se necesita una mentalidad diferente, entonces para su inauguración será necesaria una coyuntura enteramente distinta; los hombres tienen que ser persuadidos para intentarlo por la esperanza; no ser impulsados al intento por la desesperación. Conseguirlo así debe ser el objetivo de todo socialista que desee más la felicidad de la humanidad que el castigo a los capitalistas y a sus satélites gubernamentales.

VII

Condiciones para el éxito del socialismo

Las ideas fundamentales del comunismo no son en modo alguno impracticables y, si se realizaran, aumentarían de un modo inconmensurable el bienestar de la humanidad. Las dificultades con que se tropieza no se refieren a las ideas fundamentales, sino a la transición del capitalismo al comunismo. Hay que dar por supuesto que quienes se benefician del sistema existente lucharán por mantenerlo, y su lucha puede ser lo bastante enconada para destruir durante la misma todo cuanto hay de mejor en el comunismo, así como todo lo valioso que haya en la civilización moderna. La seriedad del problema de la transición queda ilustrada por el caso ruso, y los métodos de la Tercera Internacional no son aptos para enfrentarse con él. El gobierno soviético, en el momento actual, está ansioso por obtener bienes manufacturados procedentes de los países capitalistas, pero, mientras tanto, la Tercera Internacional se empeña en promover revoluciones que, si ocurrieran, paralizarían las industrias de los países afectados e incapacitarían a éstos para satisfacer las necesidades rusas.

La suprema condición del éxito en una revolución comunista es que no paralice la industria. Si la industria es paralizada, los males que existen en la Rusia moderna, u otros no menos grandes, parecen prácticamente inevitables. Se presentará el problema de la ciudad y el campo, habrá hambre, habrá violencia, revueltas y tiranía militar. Todos ellos se siguen en una secuencia fatal; y es casi seguro que su final será algo completamente diferente de lo que desean los comunistas genuinos.

Para que la industria se pueda conservar a lo largo de una revolución comunista han de cumplirse unas condiciones que, en la actualidad, no se cumplen en ninguna parte. Consideremos,

para tener un punto de referencia concreto, lo que ocurriría si hubiese mañana una revolución comunista en Inglaterra. Inmediatamente los Estados Unidos decretarían un embargo de todo comercio con nosotros. La industria del algodón se hundiría, y dejaría sin trabajo a cinco millones de personas de la parte más productiva de la población. El abastecimiento de alimentos sería deficiente, y se hundiría desastrosamente si, como es de esperar, la Armada fuera hostil, o quedara desorganizada por el sabotaje de los oficiales. El resultado sería que, a menos que hubiera una contrarrevolución, la mitad de la población moriría en los primeros doce meses. Sobre semejante base sería evidentemente imposible levantar un Estado comunista con posibilidades de éxito.

Lo que tiene aplicación en Inglaterra, tiene aplicación, de una forma u otra, en las restantes naciones de Europa. Muchos socialistas alemanes e italianos están de ánimo revolucionario y, si se lo propusieran, podrían desencadenar formidables revueltas. Moscú los insta a que lo hagan, pero se dan cuenta de que, si lo hiciesen, Inglaterra y los Estados Unidos los harían morir de hambre. Francia, por muchas razones, no se atreve a ofender a Inglaterra y a los Estados Unidos más allá de un límite. Así pues, en cualquier país que no sea éste último, una revolución comunista con éxito es imposible por razones económico-políticas. Los Estados Unidos, por su autonomía y fuerza, serían capaces, por lo que respecta a las condiciones materiales, de lograr una revolución triunfante; pero en los Estados Unidos las condiciones psicológicas son hasta ahora adversas. No existe otro país civilizado donde el capitalismo sea tan fuerte y el socialismo revolucionario tan débil como en los Estados Unidos. Así, pues, en el momento presente, si bien no es en modo alguno imposible que puedan darse revoluciones comunistas a todo lo ancho del continente europeo, es casi seguro que no podrían tener verdadero éxito. Tendrían que comenzar por una guerra contra los Estados Unidos, y posiblemente contra Inglaterra, con una parálisis de la

industria, con hambruna, con militarismo y todo el cortejo de males que Rusia nos ha hecho conocer.

Que el comunismo, siempre y donde quiera que sea adoptado, tendrá que empezar por combatir a la burguesía, es muy probable. La cuestión importante no es si habrá lucha, sino cuánto durará ésta, y cuál será su gravedad. Una guerra corta, en la que el comunismo obtuviese una victoria fácil y rápida, haría poco daño. Son las guerras largas, amargas e inciertas las que tienen que evitarse para que pueda perdurar lo que hace deseable al comunismo.

De esa conclusión se desprenden dos consecuencias prácticas. Primera, que nada puede alcanzarse mientras los Estados Unidos no se conviertan al socialismo o, en todo caso, estén dispuestos a mantenerse neutrales. Segunda, que es un error tratar de inaugurar el socialismo en un país donde la mayoría sea hostil, o más bien donde los oponentes activos sean tan fuertes como los revolucionarios activos, porque en tal estado de opinión es probable que resulte una grave guerra civil. Es necesario disponer de un gran cuerpo de opinión favorable al comunismo, y de una oposición más bien débil, antes de que pueda inaugurarse un Estado socialista realmente viable, sea por medio de la revolución o de métodos más o menos constitucionales.

Puede suponerse que, cuando se introduzca el socialismo, los altos cuadros técnicos y del mundo de los negocios se pondrán al lado de los capitalistas e intentarán el sabotaje, a menos que no tengan esperanza alguna en la contrarrevolución. Por esa razón es muy necesario que entre los asalariados se difunda lo más posible la educación técnica y administrativa, de modo que estén capacitados para hacerse inmediatamente con el control de los grandes complejos industriales. En ese aspecto, Rusia se encontraba muy mal preparada, en cambio, Inglaterra y los Estados Unidos serían mucho más afortunados.

Me parece que la autogestión en la industria puede ser el mejor camino por el que Inglaterra puede acercarse al socialismo. No dudo de que los ferrocarriles y las minas, después de un poco de práctica, podrán ser gestionados más eficazmente por los trabajadores, desde el punto de vista de la producción, que como actualmente lo son por los capitalistas. Los bolcheviques se oponen a la autogestión en la industria en todas partes, porque en Rusia ha fracasado, y su autoestima nacional les impide reconocer que tal fracaso se debió al atraso de Rusia. Ése es uno de los aspectos en que se dejan desorientar por el supuesto de que Rusia tiene que ser en todo un modelo para el resto del mundo. Yo llegaría a afirmar que alcanzar la autogestión en industrias como los ferrocarriles y la minería es un prolegómeno esencial para completar el socialismo. Sobre todo es así en Inglaterra. Los sindicatos pueden contar con toda la pericia técnica que necesiten; son políticamente poderosos; la exigencia de autogestión cuenta con muy amplios apoyos y aún podría intensificarlos mediante una propaganda adecuada; además (lo que es importante para el temperamento británico), la autogestión puede conseguirse gradualmente, por etapas, en cada oficio, y por extensión, de un oficio al siguiente. Los capitalistas valoran dos cosas: su poder y su dinero; entre ellos hay muchos individuos que valoran únicamente el dinero. Es más prudente concentrarse en primer lugar en el poder, como se hace cuando se intenta la autogestión en la industria sin confiscar las rentas del capital. Por ese medio, los capitalistas se transforman en notorios zánganos, sus funciones activas en la industria se convierten en nada, y pueden ser finalmente desposeídos sin trastornos y sin la posibilidad de una lucha victoriosa para ellos.

Otra ventaja de proceder por la vía de la autogestión es que ésta tiende a evitar que el régimen socialista, cuando llegue, tenga ese terrible grado de centralización que existe ahora en Rusia. Los rusos se han visto obligados a centralizar, en parte por los

problemas de la guerra, pero, en especial, por la escasez de expertos de toda clase. Lo cual ha hecho necesario que cada uno de los pocos hombres competentes intentase hacer por sí mismo el trabajo de diez hombres, lo cual no ha resultado satisfactorio, a pesar de heroicos esfuerzos. La idea de *democracia* se ha desacreditado, como resultado, primero, del sindicalismo y, luego, del bolchevismo. Pero la palabra democracia puede representar dos cosas diferentes: puede significar el sistema de gobierno parlamentario o puede significar la participación del pueblo en los asuntos. El descrédito en el primer sentido está en gran parte justificado, y no me inclino por ensalzar el Parlamento como una institución ideal. Pero es una gran desgracia que, por una confusión de ideas, las gentes lleguen a pensar que, porque los Parlamentos son imperfectos, no hay razón para que deba haber autogobierno. Las razones de que se abogue por el autogobierno son muy conocidas: primera, que no se puede confiar en que un déspota benevolente conozca o fomente los intereses de sus súbditos; segunda, que la práctica del autogobierno es el único método eficaz de educación política; tercera, que tiende a poner la preponderancia del lado de la Constitución y a promover así el orden y el gobierno estable. Podrían encontrarse otras razones, pero creo que ésas son las principales. En Rusia, el autogobierno ha desaparecido, excepto dentro del Partido Comunista. Si no se quiere que desaparezca en todas partes durante una revolución comunista, es muy deseable que puedan existir ya industrias importantes administradas competentemente por los propios trabajadores.

La filosofía bolchevique es promovida en gran parte porque se ha desesperado de métodos más graduales. Pero esa desesperación es una señal de impaciencia, y no está verdaderamente justificada por los hechos. No es en absoluto imposible, en un futuro próximo, asegurar la autogestión en los ferrocarriles y las minas británicos por medios constitucionales. Una medida de ese tipo

no desencadenaría un bloqueo estadounidense, o una guerra civil, o cualquiera de los otros peligros catastróficos que hay que temer de una revolución comunista cabal en la presente situación internacional. El autogobierno en la industria es factible, y constituiría un gran paso hacia el socialismo. Proporcionaría muchas de las ventajas del socialismo y, al mismo tiempo, haría mucho más fácil la transición, sin una avería técnica de la producción.

Hay otro defecto en los métodos por los que aboga la Tercera Internacional. La clase de revolución que recomienda la Internacional nunca es prácticamente factible, salvo en tiempos de infortunio nacional; en realidad, la derrota en la guerra parece ser una condición indispensable. En consecuencia, por sus métodos el socialismo sólo podría iniciarse donde las condiciones de vida son difíciles, donde la desmoralización y la desorganización hacen casi imposible el éxito, y donde los hombres tienen una disposición de violenta desesperación, muy desfavorable para la construcción industrial. Para que el socialismo disponga de una buena oportunidad, ha de iniciarse en un país próspero. Pero un país próspero no se dejará mover fácilmente por los argumentos del odio y el trastorno universal que son empleados por la Tercera Internacional. Al recurrir a un país próspero es necesario poner el acento en la esperanza más bien que en la desesperación, y mostrar cómo la transición puede llevarse a efecto sin una calamitosa pérdida de prosperidad. Todo eso requiere menos violencia y subversión, más paciencia y propaganda constructiva, y menos llamamiento al poder armado de una determinada minoría.

La actitud de heroísmo intransigente es atractiva, y atrae especialmente al instinto dramático. Pero el propósito del revolucionario serio no es el heroísmo personal, no es el martirio, sino la creación de un mundo más feliz. Los que llevan en el corazón la felicidad del mundo se apartarán de las actitudes y de la fácil his-

teria del «no parlamentar con el enemigo». No se embarcarán en empresas, independientemente de lo arduas y austeras que sean, que puedan suponer el martirio de su país y el descrédito de sus ideales. El mundo nuevo tiene que ser construido por métodos más lentos y menos aparatosos: por el esfuerzo industrial en pos de la autogestión, por la formación proletaria en la técnica y en la administración, por el estudio cuidadoso de la situación internacional, por una propaganda prolongada y devota de ideas más bien que de tácticas, en especial entre los asalariados de los Estados Unidos. No es verdad que no sean posibles las aproximaciones graduales al socialismo; un importante ejemplo de lo contrario es la autogestión en la industria. No es verdad que un país europeo aislado, ni siquiera la totalidad del continente, pueda, después del agotamiento producido por la guerra, introducir en el momento actual una forma eficaz de socialismo, por la hostilidad y la supremacía económica de los Estados Unidos. Criticar a quienes insisten en esas consideraciones, o acusarles de debilidad y descorazonamiento, es mera intemperancia sentimental, que sacrifica a la satisfacción de nuestras propias emociones el bien que puede hacerse.

Incluso en las presentes condiciones de Rusia, es posible seguir sintiendo la inspiración del espíritu esencial del comunismo, el espíritu de esperanza creadora, que aspira a hacer desaparecer los estorbos de injusticia, tiranía y rapacidad que obstruyen el desarrollo del espíritu humano, para reemplazar la competición individual por la acción colectiva, la relación de amo y esclavo por la libre cooperación. Esa esperanza ha ayudado a los mejores comunistas a soportar los arduos años por los que está pasando Rusia, y ha llegado a ser una inspiración para el mundo. Esa esperanza no es quimérica, pero sólo puede ser realizada mediante un trabajo más paciente, un estudio de los hechos más objetivo y, sobre todo, una propaganda más continuada, para hacer obvia la necesidad de la transición a la gran mayoría de los asalariados.

Es posible que el comunismo ruso fracase y se hunda, pero el socialismo no morirá. Y si sus defensores se dejan inspirar por la esperanza más que por el odio, el socialismo puede propiciarse sin el cataclismo universal predicado por Moscú. La guerra y su secuela han demostrado el carácter destructor del capitalismo; procuremos que la próxima época no demuestre el carácter aún más destructor del comunismo, sino más bien el poder del socialismo para curar las heridas que el viejo y funesto sistema ha infligido al espíritu humano.

APÉNDICES

I

Diario de viaje a Rusia

2-8 de mayo de 1920. Estocolmo.

9 de mayo. Llegada tarde a Reval. Alojados por socialdemócratas en palacio de un antiguo barón alemán, ahora club de parlamentarios. Gran banquete ofrecido por comunistas.

10-11 de mayo. Chaliapin[43] por la noche, luego salida hacia Petrogrado. Retrasos infinitos y confusión hasta que cruzamos la frontera para entrar en la Rusia soviética por la tarde. Luego trasbordamos a un *train de luxe*, recepciones, discursos, comida opulenta, tren rápido. Pintorescos guardias baskires con bonitos uniformes para protegernos. El tren decorado en nuestro honor. Nos recibió Melnichanski[44] en la frontera.

12 de mayo. Llegada a Petrogrado a las 3 de la tarde. Trasladados en coches al palacio de la antigua princesa Naryshkin[45]; otra comida opulenta. Balabánova[46] presidía el acto. A la cama entre las 5 y las 6 tras enojosas discusiones con Gay[47] y charlas mucho más agradables con Zalkind[48]. Incapacidad general para creer en la revolución salvo que se lleve a cabo por la fuerza. Desde las ventanas del palacio, vista sobre el Nevá hasta Pedro y Pablo[49], extraordinariamente hermosa. Después de un desayuno tardío, nos llevan a visitar las oficinas centrales del sindicato, una antigua escuela femenina aristocrática. Luego, en coche, recorremos la ciudad, y pasamos por las afueras hasta el mar. El centro parecía una ciudad de los muertos, con casi todas las tiendas cerradas, grandes casas vacías, calles llenas de enormes agujeros, ningún tráfico salvo el de trenes y algunas camionetas militares. Impresión totalmente contraria al anochecer: inmensa cena y recepción para nosotros y una delegación sueca de metalúrgicos, ofre-

cida por los sindicatos, seguida de canciones, baile y música, extraordinariamente hermoso, lleno de energía y vida. La misma impresión en su pintura, que vimos en el museo por la tarde, sobre todo *La muerte del comunista*[50]. No cabe duda de que su arte es hermoso, ni de que, a la menor ocasión, los rusos desbordan alegría de vivir y una extraña energía creativa, distinta a cualquier cosa que yo haya visto antes. Por raro que parezca, entre tanta música digna de admiración, la ovación principal fue para una canción rusa que cantó Tipperary, pero uno quiere creer que se trató de un gesto de educación con nosotros. A la cama a eso de las dos, completamente agotado.

13 de mayo. Pasé un día tranquilo: entrevista con el presidente y tres miembros de la sociedad filosófica de Petrogrado. El presidente, Aleksandr Blok[51], es un conocido poeta y ensayista sobre estética. Uno de los otros era Ivanov Razumnik[52], catedrático de literatura. Tenían un aspecto lamentable: vestidos como espantapájaros, sin afeitar, desarreglados. Mantuvieron que lo que se requería era una revolución espiritual más que una económica. Todos se ganan la vida dando clases, bien sea en la universidad o en la universidad popular. Todos pasan hambre y en invierno tienen que vivir y trabajar en salas donde la temperatura está por debajo del punto de congelación. Dos de ellos habían sido encarcelados por socialrevolucionarios (de izquierda) cuando asesinaron a Mirbach[53]. A ninguno le caían bien los comunistas. Sin embargo, todos coincidieron en que no hay esperanza más que en la paz, y que la rígida ortodoxia y el control que les desagradan se deben al peligro nacional. Todos afirmaron que la atmósfera actual era buena para la investigación, y que se está haciendo un trabajo admirable. Blok dijo que el arte tiene que enseñarse desde un punto de vista marxista; no obstante, él ahora está dando clase sobre rítmica en la universidad popular, y nunca tuvo oportunidad de tratar sobre el tema bajo el antiguo régimen. Sus alumnos proletarios le insisten en que aborde el tema *à*

fond, no de una manera popular, y a él le parecen dignos de admiración. Uno de ellos dijo que en la universidad no se permiten clases sobre metafísica, justificándolo con la afirmación de que no existe, y que la ciencia es lo único que cuenta. Sobran razones para ese argumento. Afirmaron que el simple hecho de que se me permitiera verlos a ellos era una prueba de que no se ejercía ningún control sobre a quién veíamos.

Paseé con Guest[54] y estudiamos rostros. En su opinión, la mayoría (aunque de ningún modo todos) padecen malnutrición.

14 de mayo. Por la mañana, Melnichanski nos llevó a Wallhead, Williams, C. A., y a mí[55] a la estación de Nicolaevsk (Moscú). Preguntamos a los funcionarios jefes sobre la red ferroviaria y los salarios. Conseguimos información muy valiosa. Fuimos a los talleres de reparación ferroviarios. Por la noche, ópera (en el palco del zar). El público formado básicamente por sindicalistas, que tienen dos noches a la semana. *Orfeo* de Glück, hermosamente escenificada. Después, durante la cena, me senté al lado de Lozovski[56], que me enseñó un permiso que ha conseguido para comprarse un paraguas. Le pregunté cómo lo logró; no lo sabía, y los camaradas rusos empezaron una intensa discusión sobre el mecanismo. Uno de ellos lo conocía y empezó a explicarlo; pero, al cabo de treinta minutos seguía hablando, así que todos nos fuimos a acostar. Empezó, como César, «todo Petrogrado está dividido en diez distritos».

15 de mayo, Por la mañana. Visita a Gorki: una escalera cochambrosa, el interior del piso lleno de cosas hermosas, porcelana china, tapices, etc. La puerta principal da a la cocina. Parecía que estaban cocinando mucho. Además de la cocinera, había una dama y un soldado, y ambos hablaban inglés con fluidez. La dama hacía las veces de intérprete de Gorki, que sólo habla ruso. Estaba en la cama, a todas luces muriendo de tisis. Me rogó que, en todo lo que escribiera sobre Rusia, subrayara siempre lo mucho que ha sufrido el país. Hablaba con dificultad entre ataques

de tos. Dijo que él era más internacional de lo que podría entender un inglés. Me pareció que sus opiniones coincidían exactamente con las mías. Estuve con él unos quince minutos. Me fui con la dama y el soldado. Ella resultó ser *madame* Benckendorff[57], una antigua diplomática. Él era un oficial cosaco rojo, llamado Ionin, antiguo guardaespaldas del zar. Me hice amigo de él inmediatamente y lo vi mucho. Arrojó más luz que cualquier otro que hubiera conocido hasta ese momento sobre la psicología popular y la vida cotidiana. Comunista convencido, exnoble, bien informado sobre las clases gobernantes de todos los países civilizados. Cree que los comunistas son una pequeña minoría, y un objetivo de los ejércitos obreros es impedir la contrapropaganda de los padres de los soldados. Dice que la bebida es un problema entre soldados y campesinos: vodka destilado con un nuevo proceso, más venenoso que el antiguo. (A juzgar por mi experiencia con el buen vodka de Reval, debe de ser terrible). Dice que no se permite a nadie sacar privadamente comida del país: los trenes se registran, los guardias normalmente se quedan lo que encuentran como soborno. Sin embargo, los empleados ferroviarios encuentran modos de ocultar comida, y un tren puede llevar mil libras de harina. Conoce a ferroviarios que han acumulado millones de rublos de ese modo. Se negó a servir a Kérenski por su juramento con el zar, pero cuando éste desapareció definitivamente, no tuvo el menor reparo en servir a Trotski. Ahora va a partir hacia Ucrania para combatir en su sexta guerra. (La que se libró con Japón fue la primera). Le entusiasman los bolcheviques, pero es abierto de miras y comprende cuanto pueda decirse contra ellos. El propagandista más convincente que he conocido hasta el momento. Estaba alojado en una pequeña colonia inglesa, reunida alrededor de una iglesia, que consistía en un hospital y un asilo. Es alto, fuerte, luce una barba morena y una cabeza casi rapada, es medio montenegrino. La

enfermera jefe del hospital es *Mrs*. Frome, que nos ofreció té y tenía muchas cosas interesantes que contar. Un pequeño rincón de Inglaterra.

16 de mayo. Gran desfile militar y naval, del que me mantuve aparte. Volví a ver a *madame* Benckendorff, que habló de Ucrania, de donde procede. Piensa que ningún gobierno podrá satisfacerlos: sólo quieren que los dejen en paz y arremeterán contra todos al cabo de dos meses. Cuando los polacos entraron en Kiev, nadie sabía al principio si eran ucranianos o no, de lo mucho que se ha combatido allí. Por la tarde vi a Emma Goldman[58], que hasta ahora no se ha declarado ni a favor ni en contra del gobierno soviético, y está desconcertada. Creo que todo lo que han hecho está bien para Rusia, pero nada serviría para Occidente. Admiración, no imitación.

Partida hacia Moscú a las once de la noche.

17 de mayo. Llegada a Moscú a las doce del mediodía exactamente. Recepción inmensa, soldados, sindicalistas. Discursos y demás. Alojados en un antiguo hotel de categoría (lleno de bichos). Escribí cartas para el correo. Por la noche, *El príncipe Ígor*, en la Ópera, palco imperial, como siempre. Actuación espléndida, ballet exquisito.

En el entreacto, se nos informa de que Trotski está en la antesala. Salimos todos y le estrechamos la mano. Una impresión muy napoleónica. Ojos brillantes, porte militar, inteligencia deslumbrante, personalidad magnética. Tremendamente atractivo, lo que me sorprendió. Sería irresistible para las mujeres, y un amante agradable mientras durase la pasión. Percibí una veta de buen humor y jovialidad mientras no se irritara. Implacable, no cruel. Magnífico pelo ondulado. Una vanidad aún mayor que el amor al poder: la vanidad de un artista o un actor. Volvió con nosotros al palco. Cuando el público lo vio, le dedicó una gran ovación, bastante espontánea, o eso nos pareció. Adoptó una po-

se napoleónica mientras le vitoreaban, luego dijo unas pocas palabras, breves y afiladas, cargadas de energía transitiva, y pidió tres aclamaciones para los valientes que estaban en el frente. Otra vez 1914, pero sin la esperanza generada por el comunismo creo que sería imposible revivir este estado ánimo en una nación harta de guerra. Conversación banal.

Chicherin, durante la cena, dio un pequeño discurso, sencillo, encantador y sincero. Mala noche, por las chinches.

18 de mayo. Por la mañana, di un paseo, buscando iglesias —la catedral de San Basilio, estrafalaria y deliciosa—, hablé con gente corriente, que se quejaba del coste de la vida, como en Inglaterra. Todos se quejaban de la falta de alimentos; uno (a todas luces, inculto) señaló al Kremlin y dijo que los que estaban allí tenían mucho que comer. Descontento, pero irreflexivo y apolítico. Por la tarde, revista militar, a la que no asistí para dormir en un sofá. Por la noche, gran reunión, en el mismo teatro en el que asistimos al *Príncipe Ígor*. La sala atestada; el público, mucho menos animado que un público inglés, salvo durante el discurso de un menchevique, Abramovich[59], que despertó oposición. La delegación acabó con toda simulación de unidad: Shaw y la señora Snowden[60] afirmaron que la revolución era imposible en Inglaterra, Williams dio un discurso abiertamente revolucionario, muy demagógico. Bujarin[61] dio el último discurso, sermoneándonos a todos. La resolución sostenía que Versalles era peor que Brest-Litovsk[62], que el gobierno inglés era peor que el zar, y nos informaba de cuál era nuestro deber.

19 de mayo. Por la mañana, vista a Marchand[63], antiguo corresponsal de *Figaro* , ahora bolchevique, aunque no materialista, amable, no se da aires de importancia. Por la tarde, paseo alrededor del Kremlin —iglesias extraordinariamente hermosas—. Por la noche, entrevista con Lenin, una hora. Su sala está muy despojada: una mesa grande, algunos mapas en las paredes, dos estanterías, un sillón para las visitas. Durante todo el tiempo que

pasé allí, un escultor estuvo trabajando en su busto. Conversación en inglés, más que bueno. Es amigable y aparentemente sencillo, sin la menor traza de arrogancia, en marcado contraste con Trotski. Nada en sus modales ni en su porte indica que sea el hombre que ostenta el poder. Mira a su visitante muy de cerca, y entrecierra un ojo. Se ríe mucho; al principio, su risa parece simplemente amistosa y alegre, pero poco a poco uno la nota sombría. Es autoritario, tranquilo, desconoce el miedo, desprovisto de egoísmo, una teoría encarnada. Explicó que en fecha tan tardía como julio de 1917, los bolcheviques no sólo eran perseguidos, sino incluso agredidos por la turba de Moscú. Dijo que muy pocos entendían la teoría del gobierno, pero que muchos la apoyaban instintivamente. Me dio la impresión de que desprecia al populacho y es un aristócrata intelectual. La concepción materialista de la historia es la savia que alimenta su vida. Recuerda a un profesor por su deseo de que se entienda la teoría y su rabia contra quienes la malinterpretan o se muestran en desacuerdo; también por su gusto por dar explicaciones. Le planteé tres preguntas: 1) Le pregunté si, y hasta qué punto, reconocía la peculiaridad de las condiciones inglesas. La respuesta no me satisfizo. Admite que ahora hay pocas posibilidades para una revolución, y que el trabajador todavía no está indignado con el gobierno parlamentario. Espera que eso lo consiga un ministerio laborista, sobre todo si Henderson es el primer ministro. Pero cuando sugerí que cuanto sea posible en Inglaterra tendría que suceder sin derramamiento de sangre, desechó la sugerencia como una simple fantasía, con un gesto de la mano. Me dio la impresión de que no tenía mucho conocimiento ni imaginación psicológica.

2) Le pregunté si creía posible establecer el comunismo sólida y plenamente en un país en el que había una mayoría tan amplia de campesinos. Admitió que era difícil. Se rió sobre el cambio que el campesino se ve obligado a hacer: comida por papel; la carencia de valor de la moneda le parecía cómica. Pero afirmó

que las cosas se enderezarían por sí solas cuando hubiera bienes que ofrecer al campesino. Para eso confía, en parte, en la electrificación en la industria, que considera una necesidad técnica en Rusia y se tardará diez años en lograr; pero sobre todo espera el levantamiento del bloqueo. Describió la división entre los campesinos ricos y los pobres, y la propaganda del gobierno entre éstos contra aquéllos, lo que llevaba a menudo (como insinuó con una risotada) a que el campesino rico acabara colgado del árbol más cercano, o un destino similar. Parecía creer que la dictadura sobre el campesino tendría que prolongarse un largo tiempo, por el deseo de éste de un comercio libre. Habló con regocijo del provecho que le había sacado el gobierno a la crueldad de Kolchak y Denikin. Dijo que sabía, por las estadísticas, que los campesinos habían tenido más que comer estos dos últimos años que antes, «y aun así, —dijo—, están contra nosotros», pero se refería a los campesinos ricos, imagino. Le pregunté qué respondía a los críticos que dicen que en el país simplemente se ha limitado a establecer la propiedad campesina, no el comunismo; dijo que no era del todo verdad, pero tampoco explicó cuál era esa verdad completa. 3) Le pregunté si la reanudación del libre comercio con los países capitalistas no crearía centros de influencia capitalista y haría más difícil la preservación del comunismo. Reconoció que sí daría lugar a dificultades, pero dijo que serían menos graves que las de la guerra. Afirmó que, hacía sólo dos años, ni él ni sus colegas pensaban que podrían sobrevivir frente a la hostilidad del mundo. Atribuye su supervivencia a los celos y los intereses divergentes de las diferentes naciones capitalistas; también a la fuerza de la propaganda bolchevique. Dijo que los alemanes se habían reído cuando los bolcheviques les propusieron combatir las armas con panfletos, pero que lo sucedido había demostrado que los panfletos eran muy poderosos. No creo que reconozca que los partidos socialistas y laboristas hayan desempeñado ningún papel en la cuestión. Le gustan los ataques de Northcliffe

contra él, y quiere mandarle una medalla por su contribución a la propaganda bolchevique. Las acusaciones de saqueo, dice, pueden conmocionar a los burgueses, pero tienen un efecto contrario en el proletariado; creo que si le hubiera conocido sin saber quién era no habría adivinado que se trataba de un gran hombre, sino que lo habría tomado por un profesor tendencioso. Su fuerza procede, imagino, de su honestidad, de su valor, y de su fe inquebrantable, una fe religiosa en la ortodoxia marxista, que ocupa el lugar de las esperanzas del paraíso del mártir cristiano, con la única diferencia de ser menos egoísta. Tiene tan poca simpatía por la libertad como los hombres que sufrieron bajo Diocleciano y tomaron represalias (contra los herejes cristianos) cuando llegaron al poder. Afirma que el *Herald* no entiende en absoluto la dictadura del proletariado. Se ríe de Cole[64] por creer en que pueden existir soviets sin dictadura.

20 de mayo. Kámenev vino a una hora avanzada de la tarde y me pidió que pasara la noche en el campo con él, a unos veinte kilómetros en las afueras. Kámenev es el presidente del Soviet de Moscú, y miembro del CEC[65]. Fue uno de los enviados a Brest-Litovsk. Su mujer, su hijo (que debe de tener unos doce años) y él me llevaron en coche; pasamos por una zona donde se había producido recientemente una explosión de municiones, una vasta área de destrucción, cerca de una estación de radio. Pequeña casa de madera, a la que va una vez a la semana —otros la utilizan otros días—, despojada, pero limpia. Cenamos en la galería, una cena excelente de pollo seguido de arroz mezclado con una pequeña fruta. Desayuno, sólo pan y bizcochos. Hablamos hasta la una. Le pregunté por los acuerdos de los soviets con los mahometanos. Dice que son unos veinte millones (yo había creído que eran más). Tomó el Turkestán como ejemplo. Proceden como sigue: primero, el ejército soviético conquista el país. Seguidamente, expropia a los grandes terratenientes y entrega la tierra a los campesinos. Luego concede autonomía, bajo ciertas condi-

ciones: *a*) política exterior común; *b*) contribución proporcional al ejército; *c*) prohibición de empresas industriales o propiedades privadas por encima de un determinado tamaño máximo. A los nativos, dice, les gusta el nuevo régimen por las razones siguientes: *a*) los campesinos tiene la tierra; *b*) los funcionarios son nativos, no rusos (previamente eran ovejas negras, rusos, enviados allí al exilio); *c*) no se han de pagar impuestos a Moscú; *d*) el gobierno Soviético ha renunciado a las anteriores tentativas de rusificación en las escuelas, el idioma, la religión, etc. Como si contradijera este último punto, ha de decirse (como él mismo confirmó) que los nativos inteligentes son llevados a Moscú, se les enseña a leer, escribir, comunismo, etc., y luego se les envía de vuelta para que difundan la nueva luz en su propio país. Me pareció posible que se hubiera hallado una solución integral al problema, y que una Inglaterra socialista pudiera abordar la cuestión de la India de manera similar. Pero, por supuesto, la India está más poblada que el Turkestán, y tiene una cultura indígena más fuerte. Percibí cierto tono imperialista inconsciente en su charla sobre este tema.

A continuación habló de la historia de los socialrevolucionarios. Desde la división original en un grupo de derechas y otro de izquierdas se habían producido varias divisiones nuevas. La derecha estuvo implicada en la revuelta checoslovaca, y participó en el gobierno de Omsk[66] antes del alzamiento de Kolchak. Estaban, por tanto, librando una guerra civil contra los bolcheviques, y fueron declarados partido ilegal. Cuando Kolchak los dispersó, algunos concluyeron que habían cometido un error, que se tenía que elegir entre el zarismo y el bolchevismo, y que preferían a éste. Éstos, consecuentemente, fueron tolerados. Los otros siguieron siendo unos reaccionarios. En cuanto a la izquierda, un año atrás pusieron una bomba bajo el comité central del partido comunista, mataron a seis, y los habrían matado a todos si la bomba hubiera sido más potente. «Por eso —dijo Káme-

nev— decidimos que no eran el tipo de gente que se deja merodeando por ahí; puede que fuera divertido para ellos, pero no para nosotros. Así que los encerramos a todos». En la cárcel, algunos comunicaron que ahora pensaban que habían cometido un error y se les dejó salir; los otros siguen encarcelados. Le pregunté si habían sido sentenciados a una condena concreta, e intuí que no. Como atenuante adujo precipitadamente que nadie (por ley) puede permanecer en prisión durante más de cinco años seguidos, y que muchos son amnistiados el Primero de Mayo y el 27 de octubre (aniversario de la Revolución bolchevique). Luego habló de los mencheviques. Dijo que siempre van con un retraso de seis meses con respecto a los bolcheviques: tienen principios similares, pero los aplican con timidez. La única vez, según parece, en que han sido perseguidos fue cuando un miembro de su ejecutivo central se unió al gabinete de Denikin. El gobierno les conminó a expulsar a ese miembro, pero dieron excusas, diciendo que no era un hecho contrastado. Desde la caída de Denikin, parece que se han movido con absoluta libertad. Hice algún comentario sobre la falta de libertad política, y él confesó no sería posible convocar ninguna reunión *pública* antigubernamental, dado que no se les cedía ningún salón para ello, pero afirmó que cualquiera podía decir lo que quisiera en una reunión *privada*, siempre que no fuera contrarrevolucionario.

Le pregunté cómo concebía la Constitución tras el período de dictadura. Dijo que se restaurarían la libertad de prensa, de expresión, etc., con un régimen parlamentario modificado, con lo que, en realidad, se refería a los soviets actuales. Pensaba que haría falta muy poca legislación; es más, tendía a creer que sólo habría acciones ejecutivas, sin leyes. Pero cuando le pregunté sobre cuestiones como el castigo del asesinato, admitió que todavía se necesitarían algunas leyes. Sin embargo, dijo que toda la estructura sería radicalmente distinta a nuestros parlamentos, dados que éstos son el espacio donde se libra la guerra de clases, que ha-

brá acabado; la legislación requerida bajo el comunismo no será, en ese mismo sentido, controvertida.

Dijo que Lenin impuso la firma de Brest-Litovsk amenazando con dimitir. Cada vez que él (Kámenev) había estado en desacuerdo con Lenin, éste había acabado teniendo razón. Se negó a ver ningún peligro en el hecho de que en este momento el comunismo se haya aliado con el nacionalismo. Creía que el régimen era bastante estable. Dijo que en la última Duma había seis bolcheviques, todos trabajadores sin educación (lo que era inevitable, debido a la ley electoral), pero todos sus discursos se los escribía el Comité Central del Partido, que se reunía en el extranjero. Dijo que fue a Inglaterra, antes de acudir a Brest-Litovsk, para explicar que Rusia no estaba en condiciones de prolongar la guerra, pero que todavía podía ser útil a la Entente en ciertos términos. Vio a Webb y a MacDonald[67], pero a ningún miembro del gobierno. No llevaba más dinero que un cheque de 500 libras. Lo registraron y le quitaron el cheque, aunque tenía un pase diplomático. El gobierno dijo que temía que se usara para propaganda, e incluso le negaron el dinero de bolsillo para pagar la factura de su hotel. Balfour[68] le envió un recado diciendo que deseaba verle en privado, pero no para hablar de la cuestión. Kámenev se negó, lo expulsaron del país y le devolvieron el cheque después de que subiera a bordo del vapor. Gráfica descripción de Hoffmann[69] en Brest-Litovsk.

21 de mayo. Visita a la Escuela Proletaria de Arte y Gimnasia Rítmica, danzas dramáticas, canciones, pintura, escultura. Bastante buenos, sobre todo la escultura.

22 de mayo. Reunión con los mencheviques: Martov[70], Abramovich, etc. Larga explicación de su posición (la Delegación los confundía con los socialrevolucionarios). Reinado del terror: enseñaron documentos. Comisión extraordinaria: su líder (en la actualidad Dzerzhinski)[71] nombrado por el CEC, los demás, nombrados de hecho por él (aunque tal vez necesitara la confir-

mación formal del CEC); las comisiones extraordinarias locales nombradas por la central. Tienen sus propios regimientos, que reciben mejor comida que el Ejército Rojo. Es dudoso que ni tan siquiera Lenin lo controle.

23 de mayo. Largo día en coche a varios sanatorios en el campo. Empezó, teóricamente, a las diez (en realidad a las 10.40 porque los coches no se movían); de vuelta a las 3.20 de la madrugada. Vimos con nuestros propios ojos tantas vacas que casi alimentarían a todos los niños de Moscú. Es evidente que el transporte es menos responsable de la escasez de comida que la falta de bienes que intercambiar por comida. En el campo todos parecían prósperos y felices. Nos bañamos en el Moscova, en compañía de la población de los alrededores (masculina y femenina). El último lugar había pertenecido al gran duque Sergio[72]. Allí conocimos a la señora Maisky[73], bien vestida, maquillada, una escritora, de aspecto completamente *bourgeoise*, pero, según parecía, fervorosa comunista. Una de las primeras mujeres bien vestidas que me he cruzado, aunque vi a una en las calles de Petrogrado, y otras dos o tres aquí. Buxton[74] se alojó con Kámenev, volvió probolchevique.

24 de mayo. Me he enterado de que cuarenta socialrevolucionarios y anarquistas han estado en huelga de hambre, pidiendo: *a*) ser juzgados y *b*) poder recibir visitas. Anunciaron que se mantendrían en huelga hasta la muerte. El octavo día se aceptaron sus peticiones; quince fueron condenados a penas leves, veinticinco enviados a campos de concentración hasta el final de la guerra civil (al menos eso entendí). Aunque la pena de muerte está abolida, los presos son enviados a zonas militares, pues allí pueden fusilarlos.

La opinión general de los oponentes al gobierno es que, si se sabe que nos han visto, serán arrestados con algún pretexto. Las campesinas que vienen a Moscú a comprar un par de zapatos son susceptibles de ser detenidas por especuladoras a su vuelta en

tren; los zapatos, etc., se los quedan los policías que las detienen, que son en gran parte la antigua policía zarista, ahora subordinados a la comisión extraordinaria.

Vi una reunión del Presidium en Moscú. Información de Kámenev. El Soviet de Moscú tiene 1500 miembros y se reúne una vez a la semana (pero no mientras nosotros estamos aquí); tiene un comité ejecutivo de cuarenta miembros, que también se reúne una vez a la semana para preparar los asuntos del Soviet, y un Presidium de nueve, que se reúne diariamente, y escucha los informes de los jefes de los departamentos, diecinueve en total, que no forman parte de él. Tiene potestad sobre todo lo que concierne a Moscú; por ejemplo, un regimiento no puede enviarse de la guarnición al frente sin permiso del Soviet. Previamente había habido fricciones al respecto, ahora no. En Moscú, hay unos 750 000 votantes, y 30 000 sin derecho a voto por burgueses. (Los que emplean mano de obra *para su beneficio* no votan). En las últimas elecciones votaron 500 000 en Moscú. Como principio general, no mandato imperativo, el representante es libre de votar como quiera tras escuchar las deliberaciones. Cada sindicato manda dos representantes: en Moscú suponen 100 del total de 1500. El Soviet se elige durante seis meses y sus miembros son susceptibles de revocación. Sólo un grupo organizado de trabajadores o soldados puede convocar una reunión para plantear una revocación. Como media, en Moscú, hay treinta revocaciones al mes; la principal razón: no informar a los electores una vez cada dos semanas; ir al frente; embriaguez; cambio de política por parte de los electores. Kámenev rechazó la crítica de que las elecciones no son libres; dijo que lo negaba el hecho de que el Comité Central de los Mencheviques estaba al completo en el Soviet de Moscú. El voto es público salvo que se decida lo contrario (en votación pública, supongo). (En Rusia, en las reuniones, tras los votos a favor y en contra, los abstencionistas tienen que levantar la mano). Para las categorías más altas, la revo-

cación (en la práctica) sólo cuando hay expulsión, por ejemplo, en el caso de los socialrevolucionarios (de izquierda).

Mientras estuve presente en la reunión, se presentaron dos informes. El primero, por Angarski[75], sobre la vagancia y la indigencia. Entre otras cosas, dijo que los médicos eran demasiado proclives a emitir certificados de enfermedad, y que debería hacerse un examen por un consejo médico; también que convendría dar las mismas prestaciones a los dependientes de soldados del antiguo ejército zarista que a los del Ejército Rojo. El segundo informe, de Likhatchov[76], trataba del abastecimiento, y decía que las tarjetas de racionamiento (sobre todo las falsificadas) se venden abiertamente a altos precios, que se cotizan como en la Bolsa.

Por la noche, Teatro de Arte de Moscú, *Zar Fiódor*, de Alexis Tolstói, precioso vestuario, admirable protagonista, Moskvin[77]. La obra recuerda a *Ricardo III*.

25 de mayo. Visita a un grupo de tolstoianos en la casa de Chertkov, con Biriukov[78] y varios más. Se habló de la posición de la objeción de conciencia aquí, casi la misma que en Inglaterra. Buena ley, malos tribunales. Diferencias: se han concedido algunas exenciones absolutas; la sociedad de tolstoianos está invitada por el gobierno a examinar a los objetores y emitir certificados de autenticidad, y lo hace, aunque algunos creen que no debería y otros no se presentarán ante ése ni ningún otro tribunal; unos quince tolstoianos han sido fusilados. Son una sociedad de anarquistas pacifistas; creen que cada hombre debe obedecer a su propia conciencia, que le dice qué es lo correcto, aunque nadie sepa las consecuencias que pueden acarrearle sus actos. No quieren molestar a este gobierno, pues cada revolución trae consigo más derramamiento de sangre, violencia y odio; pero creen que no entiende a los campesinos y les desagradan sus interferencias en la libertad. Comparaciones con el antiguo gobierno. Afirman que éste desanima la industria entre los campesinos dicien-

do que les quitará todo por encima de un cierto mínimo; debería decir cuánto se llevará y dejarle el excedente al campesino; elogio a Henry George. Una agradable y sosegada velada.

A la vuelta, conversación con Herzog[79], izquierda de los Independientes; interesante. Espera una reacción en Alemania, seguida por la auténtica revolución. Entusiasta de la Tercera Internacional.

26 de mayo. Visita de Pokrovski, lugarteniente de Lunacharski[80]. Profesor afable, que lleva dos anteojos, le disgusta la guerra, todavía apegado a los ideales de la revolución. Dice que la instrucción es difícil porque carecen de plumas y papel; en el gobierno de Kazán, se utilizan plumas de ganso. Inmenso deseo popular de educación; la oficina de educación tuvo que echar el freno. Muchas escuelas se están utilizando como hospitales. Deseo de utilizar el cine para la instrucción técnica (también para la historia), pero no pueden rodar películas. La admisión a las universidades es libre, sin exámenes. Cantidades ingentes de estudiantes, nominalmente, pero no muchos que estudien habitualmente debido a que la mayoría tiene otro trabajo. En época zarista, en ninguna universidad podía haber más de un 3% de judíos, por un ucase. Se enseña geometría relacionada con el trabajo técnico, para carpintería, etc. Si se levantara el bloqueo, podrían realizarse inmensos planes; hasta entonces: falta de profesores, escuelas, papel, libros, plumas, etc. Ahora ya no hay sabotajes entre los profesores universitarios, que previamente habían sido frecuentes, cuando Yudénich[81] y Denikin tenían fuerza. Por ejemplo, la administración universitaria se desentendió deliberadamente de calentar la clínica, donde había enfermos.

Me he topado con una antigua declaración de socialrevolucionarios de que los soviets campesinos habían sido disueltos y sustituidos por «comités de la pobreza» que eran máquinas del terror bolchevique. Debo preguntar al respecto. (Creo que se trató de una medida temporal y que ahora existen soviets en el cam-

po, compuestos por comunistas. Fue durante el período de conflicto armado con los campesinos.)

Visita a Steinberg[82], de los socialrevolucionarios de izquierda, fracción de derechas. Explicó su postura con largueza, pero no le encontré sentido. Fue ministro de Justicia desde la Revolución de Octubre hasta Brest-Litovsk. Se opuso a la paz, se opone a la subordinación de los campesinos a los trabajadores urbanos. No se opone a la dictadura. Su verdadera diferencia con los comunistas me pareció meramente personal: quién debería ser el dictador.

27 de mayo. Arte campesino por la mañana. Visita a Rozenberg[83] en el Ministerio de Asuntos Exteriores por la tarde para decirle que quiero volver a Inglaterra cuando regresemos del Volga. Fue educado, pero no cordial. Salimos para Nizhni Nóvgorod a medianoche.

28 de mayo. Llegada a Nizhni Nóvgorod por la mañana. Bella ciudad, sobre todo el Kremlin.

29 de mayo. Por la noche, llegada a Kazán. Sin tiempo para ir a la ciudad. Vistamos de camino una aldea llamada Iliewska Ponstir, pintoresca y próspera. Grupo variopinto: Herzog, independientes de izquierda, interesantes, capaces, amables. Miembros del IWW, afables pero asilvestrados. Periodistas burgueses franceses e italianos; la señora Harrison[84], Arlsberg[85], etc. C.A. enfermo de neumonía. Aksenov[86], poeta, crítico de teatro, etc.

30 de mayo. Más aldeas. Samara por la noche. Sastre judío, esposa de pastor alemán, etc.

31 de mayo. Aldeas alemanas establecidas por Catalina la Grande. Ordenadas y agradables.

3 de junio. Sarátov, donde empezó la nacionalización de las mujeres[87].

4 de junio. Tsaritsin.

5 de junio. Templo budista, Tiumenievka Vladimirovka.

6 de junio. Astracán.

7 de junio. Moscú (Chicherin).

16 de junio. Reval, 5 de la mañana.

II

Cartas desde Rusia[88]

Londres, 24 de abril de 1920

Querida:

Se acerca el día de mi partida, tengo mil cosas que hacer, pero aquí me siento, ocioso, pensando en cosas inútiles, los pensamientos impertinentes y rebeldes que la gente equilibrada nunca piensa, los pensamientos que uno espera que se disiparán con el trabajo, pero que acaban por desterrar a éste. Cómo envidio a los que *siempre* creen lo que creen, a los que no inquietan la inercia ni la indiferencia hacia todo lo que constituye el entramado de sus vidas. He tenido la ambición de ser de alguna utilidad en el mundo, de conseguir algo notable, dar nuevas esperanzas a la humanidad. Y ahora que la oportunidad se acerca, todo parece polvo y cenizas. Al asomarme al futuro, mi desengañada mirada no ve más que conflictos y conflictos por doquier, crueldad abrasiva, tiranía, terror y sumisión servil. Los hombres de mis sueños, erguidos, intrépidos y generosos ¿llegarán a existir alguna vez en la tierra? ¿O seguirán luchando, matándose y torturando hasta el final de los tiempos, hasta que la tierra se enfríe y el sol agonizante ya no pueda avivar su fútil frenesí? No sabría decirlo. Pero sí conozco la desesperanza que anida en mi alma. Conozco la gran soledad mientras vago por el mundo como un fantasma, hablando en un tono inaudible, perdido como si hubiera caído de algún otro planeta.

La lucha de siempre continúa, la lucha entre los pequeños placeres y el gran dolor. Sé que los pequeños placeres son la muerte y aun así… Estoy muy cansado, mucho. La razón y la emoción libran un guerra letal en mi interior, y no me dejan energías para

la acción externa. Sé que no se logra nada bueno sin luchar, sin ser implacable, organizado y disciplinado. Sé que para la acción colectiva el individuo debe transformarse en máquina. Pero en estas cosas, aunque mi razón me fuerce a creer en ellas, no encuentro la menor inspiración. Es el alma individual humana lo que amo, con su soledad, sus esperanzas y temores, sus rápidos impulsos y sus repentinas devociones. Es tan largo el camino que separa esos sentimientos y los ejércitos, Estados y líderes…; y con todo, sólo emprendiendo este largo camino puede uno eludir un sentimentalismo vano.

A lo largo de los accidentados años de la guerra, soñé con un día feliz cuando ésta acabara, un día en el que me sentaría contigo en un jardín soleado junto al Mediterráneo, saturado del aroma del heliotropo, rodeados de cipreses y de arboledas sagradas de encinas, y allí, por fin, podría hablarte de mi amor, y palpar el goce que es tan real como el dolor. El momento ha llegado, pero tengo otras tareas y tú tienes otros deseos, y para mí, mientras me siento aquí, cavilando, todas las tareas parecen vanas y todos los deseos ridículos.

Pese a todo, no son estos pensamientos los que debo combatir.

Petrogrado, 12 de mayo de 1920

Por fin estoy aquí, en esta ciudad que ha llenado el mundo de historia, que ha inspirado los odios más letales y las esperanzas más conmovedoras. ¿Me revelará su secreto? ¿Aprenderé a entender su alma más íntima? ¿O sólo me cargaré de estadísticas y datos oficiales? ¿Entenderé lo que veo o seguirá siendo un confuso espectáculo ajeno? Llegamos a la estación vacía en plena noche y nuestras ruidosas máquinas jadearon a través de las calles dormidas. Desde mi ventanilla, cuando llegué, me asomé sobre el Nevá y vi la fortaleza de Pedro y Pablo. El río rielaba bajo el temprano amanecer oriental; no hay palabras que describan la belleza de la escena, mágica, eterna, evocadora de una antigua

sabiduría. «Es maravilloso, —le dije al bolchevique que estaba a mi lado—. Sí —respondió—, Pedro y Pablo ya no es una prisión, sino el Cuartel General del Ejército.»

Me estremecí. «Vamos, hombre —pensé—, no estás aquí de turista, para ponerte sentimental con amaneceres, ocasos y edificios con estrellas en la guías Baedecker, has venido como investigador social, para estudiar hechos políticos y económicos. Despierta de tu sueño, olvídate de las cosas eternas. Los hombres a los que has venido a ver te dirían que no son más que las fantasías de un burgués con demasiado tiempo libre, ¿y acaso estás seguro de que sean algo más?». Así que volví a la conversación y procuré entender la mecánica para comprar un paraguas en las tiendas soviéticas, que resultó tan complicada como desentrañar el misterio definitivo.

Las doce horas que he pasado hasta el momento en suelo ruso me han dado básicamente material para el duende de la ironía. Llegué preparado para penurias físicas, incomodidades, suciedad y hambre, que serían soportables por una atmósfera de espléndida esperanza para la humanidad. Nuestros camaradas comunistas, sin duda acertadamente, no nos han considerado merecedores de tal trato. Desde que cruzamos la frontera ayer por la tarde, he disfrutado de dos banquetes y un buen desayuno, varios puros de primera y he pasado la noche en un suntuoso dormitorio de un palacio donde se ha conservado todo el lujo del *ancien régime*. En las estaciones del camino, regimientos de soldados atestaban los andenes, y los plebeyos eran cuidadosamente mantenidos fuera de nuestra vista. Parece que voy a vivir en medio de la pompa que rodea al gobierno de un gran imperio militar. Así que debo reajustar mi estado de ánimo. Se requiere cinismo, pero estoy muy conmovido y el cinismo me resulta difícil. Vuelvo eternamente a la misma cuestión: ¿cuál es el secreto de este país apasionado?, ¿conocen los bolcheviques ese secreto?, ¿sospechan siquiera que se trata de un secreto? No sé, me lo pregunto.

Petrogrado, 13 de mayo de 1920

Querida:

Es un extraño mundo éste en el que he entrado, un mundo de belleza agonizante y vida dura. A cada momento me asaltan preguntas fundamentales, las preguntas terribles e irresolubles que los hombres sensatos no se plantean nunca. Palacios vacíos y comedores atestados, antiguos esplendores destruidos o momificados en museos, mientras la desenvoltura expansiva de los refugiados americanizados retornados se propaga por toda la ciudad. Todo tiene que ser metódico: tiene que haber organización y justicia distributiva. La misma educación para todos, la misma ropa para todos, el mismo tipo de vivienda para todos, los mismos libros para todos y el mismo credo para todos, todo es muy justo y no deja espacio para la envidia, salvo la de las desafortunadas víctimas de la injusticia en otros países.

Y entonces empiezo por el otro lado del argumento. Recuerdo *Crimen y castigo*, de Dostoyevski; *Por el mundo*, de Gorki; *Resurrección*, de Tolstói. Reflexiono acerca de la destrucción y la crueldad sobre las que se erigió el antiguo esplendor: la pobreza, el alcoholismo, la prostitución, en los que se malgastaba inútilmente la vida y la salud. Pienso en todos los amantes de la libertad que sufrieron en Pedro y Pablo; recuerdo los latigazos, los pogromos y las masacres. Por odio hacia lo antiguo, me vuelvo tolerante con lo nuevo; pero no puede gustarme lo nuevo por sí mismo.

Con todo, me reprocho mi incapacidad para que me guste. Tiene todos los rasgos de unos inicios vigorosos. Es feo y brutal, pero viene cargado de energía constructiva y fe en el valor de lo que se está creando. Al crear una nueva maquinaria para la vida social, no tiene tiempo de pensar en nada más que en máquinas. Cuando el cuerpo de esa nueva sociedad haya sido erigido, habrá tiempo de sobra para pensar en cómo dotarlo de un alma; al me-

nos, eso se me asegura. «No tenemos tiempo para un nuevo arte o una nueva religión», me dicen con cierta impaciencia. Me pregunto si es posible construir primero un cuerpo y luego inyectarle la cantidad requerida de alma. Tal vez…, pero lo dudo.

No encuentro ninguna respuesta teórica a estas preguntas, pero mis sentimientos contestan con terrible insistencia. Me siento infinitamente triste en esta atmósfera, sofocado por su utilitarismo, su indiferencia al amor, la belleza y la vida impulsiva. No puedo conceder tanta importancia a las necesidades meramente animales del hombre como la que les dan aquí los que ocupan el poder. Sin duda se debe a que no me he pasado la mitad de mi vida hambriento y necesitado, como muchos de ellos. Pero ¿el hambre y las carencias traen necesariamente la sabiduría? ¿Hacen que los hombres sean más o menos capaces de concebir la sociedad ideal que debería ser la fuente de inspiración de todo reformista? No puedo evitar la convicción de que estrechan el horizonte en lugar de ampliarlo. Pero perdura una duda inquietante y me siento desgarrado por la mitad…

En el Volga, 2 de junio de 1920

Nuestro barco navega, día tras día, avanzando por una tierra misteriosa y desconocida. Nuestros acompañantes son ruidosos, alegres, pendencieros, llenos de teorías simplistas, con explicaciones superficiales para todo, convencidos de que no hay nada que no puedan entender y de que no existe ningún destino humano fuera de lo previsto por su sistema. Uno de nosotros yace a las puertas de la muerte, librando una sórdida batalla con la debilidad, el terror y la indiferencia de los fuertes, agobiado día y noche por los sonidos de los que hacen el amor a voz en grito y las carcajadas frívolas. Y alrededor de nosotros todo está sumido en un gran silencio, potente como la Muerte, indescifrable como los cielos. Da la impresión de que nadie dispone de tiempo para

escuchar el silencio, pero a mí me reclama con tal insistencia que me vuelvo sordo a las arengas de los propagandistas y a la información interminable de los bien informados.

Anoche, muy tarde, nuestro barco se detuvo en un paraje desolado donde no había casas, sólo un gran banco de arena, y más allá una hilera de álamos con la luna que salía por detrás. En silencio bajé a la orilla y descubrí en la arena una extraña reunión de seres humanos, medio nómadas, que venían de alguna remota región que padecía una hambruna; cada familia se apiñaba junta, rodeada de todas sus pertenencias, algunos dormidos, otros haciendo pequeñas hogueras de ramas en silencio. Las llamas parpadeantes iluminaban rostros barbudos y curtidos de hombres salvajes, de mujeres primitivas, fuertes y pacientes, y de niños tan calmados y lentos como sus padres. Eran, indudablemente, seres humanos, y aun así habría sido mucho más fácil para mí relacionarme con un perro, un gato o un caballo que con cualquiera de ellos. Sabía que ellos esperarían ahí día tras día, tal vez durante semanas, hasta que llegara un barco en el que pudieran ir a algún lugar lejano donde se habían enterado, quizá mal informados, de que la tierra era más generosa que en el país que habían dejado atrás. Algunos morirían en el camino, todos pasarían hambre y sed y soportarían el abrasador sol del mediodía, pero sus sufrimientos serían en silencio. A mí me pareció que simbolizaban el alma misma de Rusia, inexpresiva, inactiva por pura desesperación, ignorada por el pequeño grupo de occidentalizados que constituyen todos los partidos, tanto los progresistas como los reaccionarios. Rusia es tan inmensa que los pocos instruidos se pierden en ella como un hombre y su planeta están perdidos en el espacio interestelar. Es posible, pensé, que los teóricos puedan aumentar la desdicha de la mayoría intentando forzarla a actos contrarios a sus instintos primigenios, pero no podría creer que se les fuera a hacer felices con un evangelio de industrialismo y trabajo forzado.

Sin embargo, cuando amaneció, reanudé las interminables discusiones sobre la concepción materialista de la historia y los méritos de un gobierno verdaderamente popular. Los que hablaban conmigo no habían visto a los vagabundos dormidos y, de haberlos visto, no les habrían interesado, dado que no eran material receptivo a la propaganda. Pero algo de aquel silencio paciente se me había contagiado, algo solitario y mudo permanecía en mi corazón durante toda la afable y familiar charla intelectual. Y al final empecé a tener la sensación de que toda la política está inspirada por un diablo travieso que enseña a los vigorosos y espabilados a torturar a poblaciones sumisas para beneficio de su bolsillo o para demostrar su poder o sus teorías. A medida que avanzaba nuestro viaje, alimentados con comida que se les arrebataba a los campesinos, protegidos por un ejército reclutado entre sus hijos, me preguntaba qué teníamos que darles a cambio. Pero no hallé ninguna respuesta. De vez en cuando oía sus tristes canciones o la música evocadora de las balalaikas; pero el sonido se fundía con el gran silencio de las estepas y me dejó sumido en una perplejidad dolorosa y terrible en la que la esperanza occidental empalidecía.

III

Esperanza y temores con respecto a los Estados Unidos

I

Dejando aparte la Revolución rusa, la consecuencia más llamativa de la guerra ha sido la supremacía mundial de los Estados Unidos. Mientras Inglaterra y Alemania luchaban por la hegemonía, los Estados Unidos, casi por accidente, la consiguieron. Durante algún tiempo tras la guerra, hubo razones para temer que el gobierno británico se negara a reconocer lo inevitable, y se empecinara, mediante la Alianza Anglo-japonesa[89], en conservar el dominio de los mares. Felizmente, este peligro está llegando a su fin. La Conferencia de Washington[90] ha mostrado cómo nuestro gobierno, por primera vez desde los tiempos de Cromwell, aceptaba sin sobresalto una posición de igualdad naval con otra potencia. Aunque sobre el papel se constata esa igualdad, de hecho existe una superioridad abrumadora por parte de los Estados Unidos, sobre todo a causa de: 1) nuestra dependencia del comercio de ultramar; 2) Canadá; 3) la mayor fuerza financiera de los Estados Unidos; y 4) el canal de Panamá. Por tanto, nuestro gobierno hará cuanto esté en sus manos para mantener las buenas relaciones con los Estados Unidos. A tal fin, ya hemos aceptado la ratio naval, abandonado la Alianza Anglo-japonesa y concedido la libertad a Irlanda, y puede darse por sentado que, a partir de ahora y durante un largo tiempo, nuestra política estará en sintonía con la de Washington.

Dado que el Imperio británico posee lo único de lo que carecen los Estados Unidos como potencia mundial, es decir, bases navales y estaciones de abastecimiento de carbón esparcidas por todo el hemisferio oriental, la combinación de ambos será irresistible a no ser que, y hasta el momento en que, Asia entera, in-

cluida Rusia, se una contra ellos. En la combinación, los Estados Unidos serán el socio dominante. Por tanto, las esperanzas y temores del mundo, seguramente durante, al menos, los próximos cincuenta años, dependen del uso que haga los Estados Unidos de su enorme poder.

En esta situación se abren inmensas posibilidades para el optimismo, pero también se corren inmensos peligros. Estos peligros no podrán evitarse si los estadounidenses no tienen conciencia de ellos. Hasta el momento, muchos radicales del país no me parecen lo bastante conscientes de los peligros que se ciernen en el amor propio nacional, peligros que los radicales europeos han sufrido en su seno con el resultado de la guerra. Me gustaría, si puedo hacerlo sin ofender a nadie, apuntar que las decepcionantes experiencias que hemos padecido en Europa es probable que las repitan aquellos que esperan que los Estados Unidos se obcequen en fines idealistas, a no ser que se vuelvan más críticos con su gobierno y sus financieros.

Antes que nada, me gustaría decir que considero a los Estados Unidos, en asuntos internacionales, una opción claramente mejor que cualquier otra gran potencia. Los crímenes de Versalles eran crímenes del Viejo Mundo, no del Nuevo; los Estados Unidos no firmaron tratados secretos; es más, se han prohibido a sí mismos tal posibilidad dotando de potestades constitucionales al Senado. Sólo los Estados Unidos han defendido la independencia e integridad de China. En Washington, los Estados Unidos intentaron sinceramente reducir el gasto en armamento naval, que habría resultado aún más exitoso si no hubiera sido por el acuerdo secreto entre Francia y Japón[91]. Los Estados Unidos mostraron, después de la guerra, una absoluta carencia de ese deseo de territorio que distinguía a todos los demás vencedores. Todos esos son grandes valores morales, y, como a la mayoría de radicales europeos, me hacen creer que si una única potencia ha

de imponerse en el mundo, es una suerte para éste que sean los Estados Unidos.

Tras constatar esas excelencias, me siento, sin embargo, obligado a apuntar ciertos hechos y tendencias que me llevan a albergar menos esperanzas sobre el futuro que a muchos radicales estadounidenses. Si pudiera inducirlos a compartir mis temores, éstos se verían muy mitigados, pero es precisamente su optimismo el que me parece uno de los rasgos más inquietantes de la situación.

Los radicales europeos, desde la guerra, no coinciden con los estadounidenses sobre todo en dos aspectos: primero, en que están más decepcionados; y, segundo, en que son más socialistas. Su decepción y su socialismo están a menudo relacionados como causa y efecto. Son conscientes de que les tomaron el pelo con nobles declaraciones y que su apoyo fue utilizado para aumentar la fuerza de hipócritas sinvergüenzas. Recuerdan a muchos amigos que mordieron el anzuelo y murieron en el campo de batalla a causa de las mentiras y los engaños de estadistas que se aprovecharon de la sangre de Europa. De esa experiencia personal, con la luz retrospectiva que arroja sobre la historia, es natural concluir que, salvo por algún raro accidente, sólo los villanos pueden triunfar en política. Pero ésa no es la conclusión final de la reflexión sobre la hipocresía de la guerra. La conclusión final, por lo que a mí respecta, es una filosofía moral spinoziana. Aplicar términos morales a seres humanos —llamarlos villanos, sinvergüenzas y demás— no es científico, y expresa sólo nuestra propia sorpresa ignorante ante lo que deberíamos haber previsto si hubiéramos sido sólo un poco más sensatos. «Cada cosa —afirma Spinoza—, se esfuerza, cuando está a su alcance, por perseverar en su ser» (*Ética*, III, 6). De ahí se infiere que un político intentará quedarse en su cargo. Bien valdría responsabilizar a la tierra por mantenerse en su órbita aunque otras regiones del universo tal vez nos resulten más agradables.

Si los hombres son, por su propia naturaleza, egoístas, de ahí se siguen varias conclusiones. La primera es que, donde no se acepta esta opinión, los hombres se verán impulsados a la hipocresía por el deseo de conservar el respeto de sus colegas. En Inglaterra y los Estados Unidos, donde todavía creen que un número considerable de gente es altruista, puede afirmarse con certeza que cualquier hombre público perdería toda su influencia política si se conociera la verdad sobre él. De ahí que la política acabe sumida en una atmósfera de engaño y juego de manos. Incluso en los momentos más candentes de la lucha partidista, los políticos tienden a contenerse y no se acusan entre ellos de esos delitos que son necesarios para dar un poco de amenidad a su profesión, como cenar mientras se debaten importantes asuntos; pero, cuando la gente se entera de cosas así, se sorprende porque tiene una imagen sentimental e irreal de sus representantes. Así, la gente hace que sea casi tan difícil para un político ser una persona honrada como para un clérigo. Empujado a mentir por las ridículas expectativas de sus propios seguidores, el infortunado estadista no tarda en adquirir el hábito de ver el mundo en general como a unos tontos a los que le interesa defraudar. Es el caso especialmente en los países democráticos. Es inútil oponerse a la hipocresía en la política mientras sigamos sacando a la fuerza a todos los que no son hipócritas.

La segunda conclusión que se extrae del egoísmo natural del hombre es que cuando las naciones se comportan «bien», es decir, por el bien del mundo, se debe a que sus propios intereses coinciden con los de la humanidad. Es posible que hasta ellas se crean que actúan por motivos altruistas; pero todos los estudiantes de psicoanálisis saben hasta qué extremo es asombroso el engaño a sí mismo que se desarrolla bajo el nivel de la conciencia. Existe una sencilla prueba práctica: ¿esta gente que se cree altruista seguiría dedicándose a los intereses del mundo en general cuando éstos entraran en conflicto con los suyos? Me temo que

sólo muy raramente la experiencia nos ofrece una respuesta afirmativa a esa pregunta. Si, en ese caso, deseamos crear un mundo donde la gente se comporte «bien», debemos crear una forma de gobierno en la que el interés del hombre o la nación individuales estén, tan a menudo como sea posible, en sintonía con el interés general.

Lo anterior me lleva al socialismo. La comunidad estadounidense se erige sobre la creencia (compartida, al parecer, por una gran mayoría de radicales) de que la forma de gobierno ideal es una combinación de democracia política y autocracia económica. La teoría del déspota virtuoso fue rechazada, a efectos políticos, en 1776, y no creo que los hombres de aquella época la hubieran aceptado tampoco en la economía. Pero en estos tiempos se envía a los hombres a prisión por poner un pasaje de la Constitución (sin comentario alguno) en un estandarte y llevarlo luego por las calles[92]. De hecho, las opiniones de los Fundadores se han convertido en tan intempestivas en los Estados Unidos como las opiniones de Cristo lo han sido en todos los países cristianos desde la época de Constantino. Cuando la Standard Oil Company todavía era reciente, era posible publicar libros como *Wealth against Commonwealth*, de Lloyd[93]. Pero actualmente los mismos hombres que aplaudieron ese libro cuando apareció disertarían largamente sobre las virtudes del señor Rockefeller, como queda patente en sus generosas donaciones a universidades y a la investigación, a consecuencia de las cuales una gran proporción de la inteligencia en los Estados Unidos está directa o indirectamente en su nómina. La teoría de que el despotismo económico es deseable, y de que los déspotas económicos estadounidenses nunca utilizarán su poder contra el interés público, parece haberse asentado definitivamente como consecuencia del Terror Blanco durante y después de la guerra[94]. Pero los radicales europeos creen que la democracia económica es tan importante como la democracia en política. Y no creen que pueda confiarse en que

un país como los Estados Unidos, donde se concentra un inmenso poder financiero en muy pocas manos, vaya a actuar movido por el bien de la humanidad, salvo cuando esa acción promueva los intereses de las altas finanzas.

Me he referido a Spinoza para mostrar que la opinión que defiendo no es ni cínica ni novedosa. La idea es que los propósitos de los hombres, en realidad, aunque a menudo sin que ellos lo sepan, son egoístas, no de manera sistemática pero sí con tanta frecuencia que las excepciones no cuentan cuando hablamos de grandes cifras, como sucede en política. La creencia de que no es así es la causa de la hipocresía, de la indignación moral y también de la teoría de que es posible un despotismo benevolente. Si los hombres, con escasas y raras excepciones, son egoístas, la única forma de garantizar la justicia es la democracia, dado que un déspota casi siempre buscará su propio provecho. Pero para que la democracia sea eficaz requiere dos ampliaciones a la que se practica a día de hoy en los Estados Unidos. La primera de ellas ya la he mencionado al paso: el poder económico es hoy tan importante, sino más, que el político debido al crecimiento de inmensas organizaciones empresariales; por tanto la democracia debe ampliarse frente a la economía, algo que sólo puede hacer el socialismo. El segundo aspecto es que la democracia no se establecerá de manera genuina hasta que sea internacional, lo que requiere cierto sacrificio de la soberanía por parte de los Estados independientes. Hasta que exista un gobierno internacional, los Estados fuertes pueden intimidar a los débiles, y lo harán cada vez que les interese. Y a esta norma no creo que haya que admitir ninguna excepción.

La conclusión moral extraída por los estadounidenses de la guerra y su resultado es otra. Han llegado a la conclusión de que el hemisferio occidental es virtuoso, y el oriental, perverso. Están dudando sobre si se embarcan en el gobierno del hemisferio oriental, por su bien, o si le dejan sufrir las consecuencias de sus

crímenes. Debido a su incapacidad para reconocer el papel fundamental desempeñado por el poder económico en el mundo moderno, probablemente creerán que deciden dejar al Viejo Mundo a su suerte, cuando, en realidad, están asumiendo su gobierno a través de las finanzas. Sea lo que sea lo que decidan nominalmente, su deseo de invertir capital en el extranjero es demasiado fuerte para que nos dejen en paz, y yo sería el último en recomendar que merezcamos que nos dejen a nuestra suerte. Pero en tanto la santurronería y una anticuada moralidad de reprobación rija la perspectiva estadounidense, el propio engaño será fácil y la tiranía, inevitable.

En un segundo artículo, me propongo dar ilustración concreta del peligro de que las finanzas estadounidenses impongan una nueva tiranía al mundo.

II

Antes de embarcarme en cuestiones polémicas, me gustaría repetir, con todo el énfasis posible, que creo que el gobierno estadounidense es el mejor (es decir, el menos dañino) de todas las grandes potencias en las relaciones internacionales, y que siento la más profunda admiración por el pueblo de los Estados Unidos. Su gobierno está a la vanguardia del progreso entre los gobiernos, pero, tal vez por esa misma razón, sus radicales (si no me equivoco) son de algún modo menos radicales que los de otros países. En los tiempos del zar, los radicales de Rusia se contaban entre los más convencidos del mundo; y parecería que los malos gobiernos son una condición necesaria para oposiciones contundentes.

Hay otro punto preliminar que me gustaría dejar claro. No creo en la aplicación de epítetos morales en la política, sean de elogio o de reproche. En un texto previo, mi querencia por la brevedad me llevó a hablar de «villanos y tontos» en un pasaje que ustedes criticaron con justicia. En lugar de «villanos», ten-

dría que haber dicho «hombres que juzgan acertadamente en cuanto a sus propios intereses», y en lugar de «tontos», «hombres que juzgan erróneamente en cuanto a los intereses públicos». Los epítetos morales representan, en mi opinión, un análisis y una comprensión insuficientes; cuando se entienden las acciones de los hombres, éstas parecen inevitables y, por tanto, no acreedoras de más elogio o reproche que la luz del sol o una tormenta.

La mayoría de los radicales europeos cree que los ideales liberales que predominaron en el continente en los años sesenta, y perduraron en Inglaterra hasta la muerte de Gladstone[95], ya no son aplicables al mundo moderno. Esas viejas ideas, por lo que respecta a la economía, pueden resumirse en una: la libre competencia. En los Estados Unidos mantienen la influencia sobre el pensamiento político avanzado que ya han perdido en Europa. Observamos que la libre competencia en una nación tiende a anularse con la formación de trusts, y entonces se transfiere a la esfera internacional. En esa esfera, es una de las causas principales de las guerras modernas; sobre todo cuando adopta la forma más reciente de pugna por la posesión de materias primas en lugar de por los mercados. Desde el final de la guerra, la competición por el petróleo entre los Estados Unidos y Gran Bretaña debe de haber resultado inquietante para cualquier amigo de la paz; creo que ahora felizmente ha acabado, como parte del acuerdo general al que se ha llegado en Washington. La nueva tendencia apunta hacia acuerdos internacionales entre los financieros y los industriales. El *Times* de Londres del 10 de enero cuenta cómo un grupo de financieros alemanes están en conversaciones con los señores Morgan[96] para la rehabilitación de Rusia, y la política estadounidense del Consorcio por China es conocida por todos[97].

Esta nueva política del capitalismo internacional no sigue los ideales liberales tradicionales. Habría conmocionado a Montesquieu, a Jefferson o a Cobden[98]. Sin embargo, es una política

que ofrece cierta esperanza concreta para el mundo, porque es constructiva e internacional. El nacionalismo es, en mi opinión, el mal más dañino de nuestro tiempo, y el primero del que debemos curarnos antes de que cualquier progreso esencial sea posible. Los grandes financieros son, en el mundo moderno, los hombres que más tienen que ganar económicamente con el internacionalismo, a causa del riesgo de ruina y bancarrota en todo el hemisferio oriental; por tanto, se han convertido, por el momento, en los exponentes de la idea internacional. Dado que son inmensamente poderosos, se esperaría que superaran la oposición nacionalista que existe en todas partes, y que es especialmente dominante en los países atrasados como Francia y Japón. En tanto se empeñen en romper las barreras entre naciones, sustituyendo con trusts internacionales los nacionales y restaurando la maquinaria de producción e intercambio, los grandes financieros hacen una tarea necesaria si queremos recuperarnos de los efectos de la guerra. En concreto, hacen una tarea que debería ser bien recibida por los socialistas, porque el nacionalismo, tanto en sentimientos como en organizaciones, es el gran enemigo de la propaganda socialista y de la creación de un verdadero gobierno socialista.

Sin embargo, todo lo anterior deja intactas las razones que nos llevan a preferir el socialismo al capitalismo. Asumiendo el mayor éxito posible de los planes de las finanzas internacionales, podrían dar al mundo paz y abundancia de bienes materiales. Pero no podrían darle libertad, y es muy improbable que ni siquiera permitan un nivel elevado de prosperidad al asalariado normal. El industrialismo capitalista concentra un inmenso poder en manos de unos pocos; al resto se les arrebata la parte que les correspondería en el control de los asuntos públicos y sobre sus propias vidas, incluso si, políticamente, el país en que viven es una democracia. Cuando leo lo que escriben los estadounidenses sobre la cuestión, suelo tener la impresión de que no captan del

todo el control que ejercen las finanzas sobre la política. A quienes lo subrayan, como Upton Sinclair, se les considera desacreditadores, cínicos y cascarrabias. Simplemente sugerir que cuando un gran financiero hace una inversión, normalmente lo que le impulsa es obtener unos beneficios por su dinero, se considera de mal gusto. Los emisarios del Consorcio en China, sin ir más lejos, se sintieron mortalmente ofendidos por la insinuación de que el bienestar de China no era *lo único* que buscaban los banqueros estadounidenses. Naturalmente, esa reacción incrementó las suspicacias con que ya los miraban los chinos.

El determinismo económico como doctrina absoluta me parece equivocado. Para empezar, no explica las pasiones que generan los grupos en los que los hombres sienten un instinto gregario. Por otro lado, creo que la pasión por el poder o la superioridad ante un rival es más general que el egoísmo económico. Y no estoy negando en ningún sentido que cierto porcentaje de la humanidad, en cierto porcentaje de sus actos, no sea egoísta. Sin embargo, la política se preocupa sobre todo de las pasiones medias de grandes cantidades de personas, y se centra casi exclusivamente en los individuos que tienen un poder excepcional. En el mundo capitalista moderno, el poder pertenece a los grandes financieros, que es improbable que sean indiferentes al egoísmo económico dado que quienes lo son no se hacen muy ricos. Por tanto, en la actualidad, no es probable que nos equivoquemos demasiado si tomamos el determinismo económico como una guía práctica para adivinar lo que es probable que vaya a suceder. Ciertamente, nos equivocaremos menos que si esperáramos mucho idealismo en quienes detentan el poder.

Rusia nos ha ofrecido una extraordinaria lección práctica. Supongo que a estas alturas es de dominio público que los bolcheviques no eran peores que cualquier otro partido ruso en cuanto a atrocidades o moral, y de que realizaron una tentativa honrada de establecer un sistema que ellos, en común con muchas otras

personas, creen que es mejor que el capitalismo. Pero rechazaron asumir la deuda rusa. En consecuencia, Gran Bretaña, Francia, Japón y los Estados Unidos estaban dispuestos a infligir la muerte lenta por inanición a la población de Rusia. (Gran Bretaña, cierto es, se retiró cuando vio que los bolcheviques podían amenazar nuestra posición en India, pero eso difícilmente puede considerarse un motivo idealista). Cuando las malas cosechas dejaron claro que las Potencias sí *podían* infligir la muerte por hambruna, los bolcheviques anunciaron que asumirían la responsabilidad de la deuda y abandonarían las prácticas de su sistema que resultaban más ofensivas para los grandes capitalistas. Inmediatamente cambió el panorama, y vemos a las naciones tropezándose unas con otras en sus prisas por acudir en alivio de la hambrienta Rusia. A la vista de esta historia, ¿cómo puede fingirse que exista ningún país en el que los motivos idealistas se impongan a las amenazas al bolsillo? Doy por sentado que los lectores del *New Republic* saben qué sucedió cuando el gobierno chino incumplió el pago de una obligación de cinco millones y medio de dólares con un banco de Chicago. Los Estados Unidos se comportaron exactamente igual que lo habría hecho cualquier otra potencia en circunstancias similares[99].

Casi toda la opinión progresista en Europa cree que los males del mundo sólo puede remediarlos el socialismo. Nada que sepamos de los Estados Unidos nos hace pensar que esta nación haya descubierto otra vía. Por el contrario, en su mercantilismo semifilantrópico encontramos la pervivencia de una fase de imperialismo incipiente, que creemos que ya hemos superado. Pensamos que los Estados Unidos antes de la guerra tenían una política exterior liberal porque los estadounidenses tenían pocas inversiones en el extranjero, que, tras la guerra, la urgencia más apremiante de las finanzas estadounidenses ha consistido en impedir la bancarrota europea, lo que ha llevado a la iniciativa de restaurar la paz y el orden. De lo cual deducimos que los verdaderos

méritos de su política exterior hasta ahora pueden explicarse por motivos de egoísmo, y no es probable que perduren cuando el egoísmo se vuelva contra ellos. En concreto, pensamos que el incremento del poder de los financieros estadounidenses significa un aumento de la persecución de los socialistas, dado que en los Estados Unidos se los mira con más intolerancia que en cualquier otro país. Creemos que podría evitarse si su opinión radical estuviera más en sintonía con la europea. Pero eso es imposible en tanto ustedes continúen defendiendo la combinación de democracia política con un despotismo benevolente en la esfera económica.

Esto es así especialmente en los asuntos internacionales. El capital occidental, con Alemania como agente, al parecer va a gobernar Rusia; Francia, a través de las reparaciones de guerra, gobierna Alemania; Inglaterra y los Estados Unidos tienen, si así lo quieren, bajo control a Francia a través del endeudamiento francés; y los Estados Unidos, de manera similar, podrían controlarnos a nosotros. Tal como están las cosas, creo que nuestra influencia sobre Francia, y la estadounidense sobre Gran Bretaña probablemente sería beneficiosa, pero no puedo decir otro tanto con respecto a la influencia occidental sobre Alemania y Rusia. Sin embargo, no es ésa la cuestión. La cuestión es que, bajo el régimen económico actual, los países ricos tienen un inmenso poder sobre los más pobres, y son además capaces de sacar a éstos una gran parte de lo que produce su mano de obra. El poder de los países más ricos se utilizará, por descontado, como se ha hecho ya en Rusia, para evitar la propaganda, la toma del poder o el éxito de cualquier sistema que arrebate a los países ricos su cuota de beneficio. En mi opinión, este régimen es, por su propia naturaleza, contrario a la justicia, la libertad y la democracia, todas las cuales forman parte de los ideales liberales (así como de los socialistas) en los Estados Unidos y en todas partes. Si me equivoco, me encantará que me muestren mi error.

IV

Pensamiento libre y propaganda oficial

Moncure Conway[100], en cuyo honor nos hemos reunido hoy, dedicó su vida a dos grandes objetivos: la libertad de pensamiento y la libertad del individuo. En ambos objetivos algo se ha ganado desde sus tiempos, pero también algo se ha perdido. Nuevos peligros, diferentes en cierta forma de los de pasadas épocas, amenazan a ambos tipos de libertad, y a menos que una opinión pública atenta y vigorosa se movilice en su defensa, disfrutaremos mucho menos de ambos dentro de cien años. Mi propósito en esta charla es subrayar esos nuevos peligros y reflexionar sobre cómo puede hacérseles frente.

Empecemos intentando aclarar qué queremos decir con «libertad de pensamiento». La expresión tiene dos sentidos. En el más estrecho, significa un pensamiento que no acepta los dogmas de la religión tradicional, y en este sentido alguien es un «librepensador» si no es cristiano ni musulmán ni budista ni sintoísta ni miembro de cualquier otra asociación de hombres que acepten una ortodoxia heredada. En los países cristianos, a alguien se le denomina «librepensador» si no cree resueltamente en Dios, aunque eso no sería suficiente para que se le tuviera por tal en un país budista.

No quisiera minimizar la importancia del pensamiento libre en ese sentido. Yo mismo soy un disidente de todas las religiones conocidas, y desearía que toda clase de creencia religiosa desapareciera. Bien mirado, las creencias religiosas no creo que hayan sido una fuerza para el bien. Aunque estoy dispuesto a reconocer que en ciertos momentos y lugares han tenido algunos efectos positivos, considero que las religiones pertenecen a la infancia de

la razón humana y a una etapa del desarrollo que ahora ya estamos dejando atrás.

Pero existe también un sentido más amplio de «pensamiento libre» al que concedo todavía mayor importancia. A decir verdad, el daño causado por las religiones tradicionales puede verse especialmente en el hecho de que han impedido la libertad de pensamiento en este sentido más amplio. Éste resulta más difícil de definir que el estrecho, y merecerá la pena dedicar un poco de tiempo a intentar llegar a su esencia.

Cuando hablamos de que algo es «libre», nuestro significado no queda definido a no ser que podamos decir de qué es libre. Aquel o aquello que es «libre» no está sometido a una coacción externa, y, para ser precisos, deberíamos especificar de qué compulsión se trata. Así, el pensamiento es «libre» cuando está exento de ciertos tipos de control externo que suelen darse con frecuencia. Algunos de estos controles que no deben existir si se quiere que el pensamiento sea «libre» son obvios, pero otros son más sutiles y elusivos.

Por empezar por lo más obvio: el pensamiento no es «libre» cuando se reciben ciertos castigos legales por sostener, o no, determinadas opiniones, o por expresar el acuerdo o desacuerdo en determinados asuntos. Muy pocos países en el mundo gozan siquiera de este tipo elemental de libertad. En Inglaterra, con las leyes de blasfemia, es ilegal manifestar incredulidad en la religión cristiana, aunque en la práctica la ley no se aplica contra los acaudalados[101]. También es ilegal enseñar lo que enseñó Cristo sobre la no resistencia. Por tanto, quienquiera que desee evitar convertirse en delincuente debe declarar su acuerdo con las enseñanzas de Cristo, pero debe evitar explicitar en qué consistían. En los Estados Unidos, nadie puede entrar en el país sin haber declarado solemnemente que no es partidario del anarquismo ni de la poligamia, y, una vez en el país, también debe demostrar que no cree en el comunismo. En Japón, es ilegal manifestar dudas sobre

la divinidad del Mikado[102]. Así, un viaje alrededor del mundo se convierte en una aventura peligrosa. Un mahometano, un tolstoiano, un bolchevique o un cristiano no pueden emprender ese viaje sin convertirse en algún momento en un delincuente, o sin morderse la lengua para que no se le escapen lo que él considera verdades importantes. Por descontado, esto sólo se aplica a viajeros de tercera clase, a los que viajan en primera se les permite creer lo que quieran, siempre que eviten una prepotencia ofensiva.

Está claro que la condición más elemental para que el pensamiento sea libre es la ausencia de sanciones legales por la expresión de las opiniones. Ningún gran país ha alcanzado todavía ese nivel, aunque la mayoría de ellos creen que sí. Las opiniones que siguen estando perseguidas parecen tan monstruosas e inmorales a la mayoría que el principio general de la tolerancia no puede aplicarse a ellas. Pero ésa es exactamente la misma perspectiva que posibilitó las torturas de la Inquisición. Hubo un tiempo en que el protestantismo pareció tan perverso como el bolchevismo lo parece hoy. Por favor, no deduzcan de dicho comentario que yo sea ni protestante ni bolchevique.

Sin embargo, en el mundo contemporáneo, las sanciones legales son el menor de los obstáculos para la libertad de pensamiento. Los dos grandes obstáculos son las sanciones económicas y la distorsión de lo evidente. Está claro que el pensamiento no es libre si la manifestación de ciertas opiniones hace imposible ganarse la vida. Está claro también que el pensamiento no es libre si todos los argumentos de una de las partes en una polémica se presentan sistemáticamente todo lo atractivamente que sea posible mientras que los argumentos de la otra parte sólo pueden descubrirse mediante una laboriosa investigación. Estos dos obstáculos existen en todos las países grandes del mundo que conozco, salvo en China, que es el último refugio de la libertad. Son esos obstáculos los que deben preocuparme: su magnitud actual,

la probabilidad de que aumenten, y la posibilidad de que disminuyan.

Podríamos decir que el pensamiento es libre cuando se expone a una libre competencia de creencias, es decir, cuando todas las creencias pueden defenderse, y no hay ventajas ni desventajas legales ni pecuniarias vinculadas a ellas. Se trata de un ideal que, por diversas razones, nunca puede alcanzarse por completo. Pero es posible acercarse a él mucho más de lo que lo hemos conseguido en el presente.

Tres incidentes que me ocurrieron personalmente servirán para mostrar cómo, en la Inglaterra moderna, la balanza se inclina a favor del cristianismo. Mis motivos para traerlos a colación es que mucha gente no se da cuenta de las desventajas que la declaración de agnosticismo todavía supone para algunos.

El primer incidente pertenece a una etapa muy temprana de mi vida. Mi padre era un librepensador, pero murió cuando yo sólo tenía tres años. Queriendo que me criara sin supersticiones, designó a dos librepensadores como mis tutores. Sin embargo, los tribunales rechazaron su última voluntad, e hicieron que se me educara en la fe cristiana. Me temo que el resultado fue decepcionante, pero no fue por culpa de la ley. Si hubiera señalado que se me educara como cristadelfiano, un muggletoniano[103] o un adventista del séptimo día, a los tribunales ni se les habría pasado por la cabeza objetar nada. Un padre tiene derecho a ordenar que cualquier superstición imaginable se les inculque a sus hijos tras su muerte, pero no tiene derecho a pedir que se les mantenga tan libres de superstición como sea posible.

El segundo incidente ocurrió el año 1910. Por entonces tenía la intención de presentarme al Parlamento como liberal y los jefes del grupo parlamentario me recomendaron cierta circunscripción. Me dirigí a la Asociación Liberal, que se manifestó favorablemente, y mi presentación parecía segura. Pero cuando se

me interrogó en un pequeño grupo interno, reconocí que era agnóstico. Me preguntaron si ese hecho se haría público y dije que probablemente. Me preguntaron si estaría dispuesto a asistir esporádicamente a la iglesia y respondí que no. Y entonces optaron por otro candidato, que resultó puntualmente elegido y ha sido miembro del Parlamento desde entonces, y es miembro del gobierno actual[104].

El tercer incidente tuvo lugar inmediatamente después. El Trinity College de Cambridge me invitó a convertirme en profesor (*lecturer*), pero no titular (*Fellow*). La diferencia no es pecuniaria; se trata de que un *Fellow* tiene voz y voto en el gobierno del College y no puede perder su plaza durante el curso de su contrato salvo en caso de inmoralidad grave. La razón por la que no me ofrecieron un *Fellowship* fue que el grupo clerical no quería que aumentaran los votos anticlericales. El resultado fue que pudieron deshacerse de mí en 1916, cuando les desagradaron mis opiniones sobre la guerra[105]. Si mi sustento hubiera dependido de mis clases, me habría muerto de hambre.

Estos tres incidentes ilustran diferentes clases de desventajas vinculadas al librepensamiento explícito incluso en la Inglaterra contemporánea. Cualquier otro librepensador declarado podría explicar incidentes similares fruto de su experiencia personal, a menudo de carácter mucho más grave. El resultado es que la gente que no es pudiente no se atreve a mostrarse franca con respecto a sus creencias religiosas.

Por descontado, no es sólo, ni siquiera principalmente, con respecto a la religión donde se percibe la falta de libertad. Creer en el comunismo o en el amor libre perjudica mucho más a un hombre que declararse agnóstico. No sólo supone una desventaja sostener esas opiniones, sino que resulta mucho más difícil obtener publicidad para los argumentos en su favor. Por otro lado, en Rusia, las ventajas y desventajas se invierten: el bienestar y el poder se consiguen defendiendo el ateísmo, el comunismo y el

amor libre, y no existe la menor oportunidad para hacer propaganda contra esas opiniones. La consecuencia es que en Rusia un grupo de fanáticos se siente absolutamente convencido de un conjunto de proposiciones dudosas, mientras que en el resto del mundo otro conjunto de fanáticos siente la misma certeza sobre otra serie de proposiciones igualmente dudosas pero diametralmente opuestas. De esa situación se deriva inevitablemente la guerra, la amargura y la persecución en ambos bandos.

William James solía predicar la «voluntad de creer»[106]. Por mi parte, me gustaría predicar la «voluntad de dudar». Ninguna de nuestras creencias es cierta por entero: todas tienen al menos una zona sobre la que se proyecta la penumbra de la vaguedad y el error. Los métodos para aumentar el grado de verdad de nuestras creencias son bien conocidos; consisten en escuchar a todas las partes, intentando verificar todos los hechos relevantes, controlando nuestros prejuicios mediante la discusión con personas que tengan los contrarios, y cultivando la disposición a rechazar cualquier hipótesis que se haya demostrado deficiente. Estos métodos se practican en la ciencia, y sobre ellos se ha erigido el conjunto del conocimiento científico. Todo hombre de ciencia cuya actitud sea verdaderamente científica está dispuesto a admitir que lo que pasa por conocimiento científico en este momento sin duda requerirá correcciones con el progreso de los descubrimientos; no obstante, se acerca lo suficiente a la verdad para servir a efectos prácticos, aunque no siempre. En ciencia, y sólo en ella puede encontrarse algo que se aproxime al conocimiento genuino, la actitud de los hombres es tentativa y siempre cargada de dudas.

Por el contrario, en la religión y la política, aunque todavía no existe nada que se aproxime al conocimiento científico, todo el mundo considera *de rigueur* tener una opinión dogmática, que se respaldará haciendo pasar hambre, encarcelando y librando guerras, y que se protegerá cuidadosamente frente a la compe-

tencia de otros argumentos que presenten opiniones distintas. Si los hombres pudieran aceptar un talante agnóstico provisional sobre estas cuestiones, nueve décimas partes de los males del mundo moderno se remediarían. La guerra se tornaría imposible porque cada bando se daría cuenta de que los dos deben estar equivocados. Cesaría la persecución. La educación intentaría expandir la mente, no estrecharla. Los hombres serían elegidos para empleos en razón de su aptitud para hacer el trabajo, no porque sigan los dogmas irracionales de quienes ostentan el poder. Así sólo la duda racional, si pudiera generarse, bastaría para dar acceso al milenio[107].

En los últimos años hemos tenido un brillante ejemplo de la mentalidad científica en la teoría de la relatividad y su recepción en el mundo. Einstein, un pacifista judío suizo alemán, fue nombrado para ocupar una cátedra de investigación por el gobierno alemán al principio de la guerra; sus predicciones fueron verificadas por una expedición inglesa que observó el eclipse de 1919, poco después del armisticio. Su teoría pone patas arriba el marco teórico íntegro de la física tradicional; es casi tan dañina para la dinámica ortodoxa como Darwin lo fue para el Génesis. Aun así, físicos de todas partes han mostrado una disposición absoluta a aceptar su teoría en cuanto aparecieron pruebas en su favor. Pero ninguno de ellos, y menos aún el propio Einstein, afirmaría que había dicho la última palabra. No ha construido un monumento de dogmas infalibles que se alce para toda la eternidad. Hay dificultades que no sabe resolver; sus doctrinas tendrán que modificarse a su vez como se han modificado las de Newton. Esta receptividad crítica y antidogmática es la genuina actitud de la ciencia.

¿Qué habría sucedido si Einstein hubiera propuesto algo igualmente nuevo en la esfera de la religión o de la política? Los ingleses habrían encontrado elementos de prusianismo en su teoría; los antisemitas la habrían considerado parte de una trama

sionista; a los nacionalistas de todos los países les habría parecido teñida de pacifismo pusilánime, y la declararían una simple artimaña para eludir el servicio militar. Todos los profesores anticuados habrían acudido a Scotland Yard para conseguir que se prohibiera la importación de sus textos. Los profesores partidarios de Einstein habrían sido despedidos. Él, mientras tanto, se habría hecho con el gobierno de algún país atrasado, donde se habría declarado ilegal enseñar nada que no fuera su doctrina, que se habría acabado transformando en un misterioso dogma que nadie entendería. En última instancia, la verdad o falsedad de su doctrina se decidiría en el campo de batalla sin el añadido de ninguna prueba más ni en su favor ni en su contra. Este método es la consecuencia natural de la voluntad de creer de William James.

Lo que se requiere no es la voluntad de creer, sino el deseo de descubrir, que es el opuesto exacto.

Si se admite que un estado de duda racional sería deseable, adquiere pertinencia preguntarse cómo es posible que haya tanta certidumbre irracional en el mundo. Una gran parte de esto se debe a la credulidad y la irracionalidad inherentes de la naturaleza humana normal. Pero esta semilla del pecado original intelectual se ve alimentada y fomentada por otros medios, entre los cuales tres desempeñan el papel principal, a saber: la educación, la propaganda y la presión económica. Revisémoslas por orden:

1. *Educación*. La educación elemental en todos los países avanzados está en manos del Estado. Los funcionarios saben que algunas cosas que se enseñan son falsas y aún así las prescriben, y cualquier persona sin prejuicios sabe que muchas otras son falsas o, en el mejor de los casos, muy dudosas. Tómese, por ejemplo, la enseñanza de la historia. Cada nación busca sólo el autobombo en los manuales escolares de historia. Cuando alguien escribe su autobiografía se espera de él que muestre cierta humildad, pero cuando una nación escribe su autobiografía no hay límites a su

jactancia y vanagloria. Cuando era joven, los manuales nos enseñaban que los franceses eran perversos y que los alemanes eran virtuosos; ahora enseñan lo contrario. En ninguno de los casos hay la menor consideración hacia la verdad. Los manuales escolares alemanes que tratan la batalla de Waterloo representan a Wellington casi derrotado cuando Blücher salvó la situación; los libros ingleses representan a Blücher como si no hubiera contado para nada[108]. Los redactores de los libros tanto alemanes como ingleses saben que no están contando la verdad. Los manuales escolares estadounidenses solían ser violentamente antibritánicos, pero desde la guerra se han vuelto igual de devotamente probritánicos, sin buscar la verdad en ninguno de los casos[109]. Pero ya antes y también desde entonces, uno de los propósitos principales de la educación en los Estados Unidos ha sido transformar a la abigarrada colección de niños inmigrantes en «buenos estadounidenses», pues un «buen alemán» o un «buen japonés», debe de ser, en la misma medida, un mal ser humano. Un «buen estadounidense» es un hombre o una mujer imbuido de la creencia de que los Estados Unidos son el mejor país de la tierra, y siempre debe ser apoyado con entusiasmo en cualquier conflicto. Es posible que esas proposiciones sean verdad; de ser así, un hombre racional no se pelearía con ellos. Pero, si son verdad, deben enseñarse en todas partes, no sólo en los Estados Unidos. Es una circunstancia sospechosa que ese tipo de proposiciones nunca se crean fuera del país concreto al que glorifican. Mientras tanto, la maquinaria entera del Estado, en todos los demás países, se pone en marcha para que los niños inermes se crean proposiciones absurdas, cuyo efecto es hacer que estén dispuestos a morir en defensa de siniestros intereses con la impresión de que están luchando por la verdad y lo correcto. Ésta es sólo una de las incontables formas en que está diseñada la educación, no para transmitirnos verdadero conocimiento, sino para hacer a la gente maleable a la voluntad de sus amos. Sin un sistema complejo de enga-

ño en las escuelas elementales sería imposible preservar el camuflaje de la democracia.

Antes de dejar el tema de la educación, daré otro ejemplo de los Estados Unidos[110], no porque Estados Unidos sea peor que otros países, sino porque es el más moderno, lo que muestra los peligros que están creciendo más que aquellos que están desapareciendo. En el estado de Nueva York, no puede fundarse una escuela sin un permiso del estado, ni aunque vaya a ser financiada por entero con fondos privados. Una ley reciente dispone que no se concederá permiso a ninguna escuela «en la que se demuestre que la instrucción que se propone impartir incluya la enseñanza de la doctrina de que los gobiernos establecidos serán derrocados por la fuerza, la violencia o por medios ilegales». Como señala *The New Republic*, no se establece ningún límite a este o aquel gobierno establecido. Por tanto, la ley habría ilegalizado, durante la guerra, el enseñar la doctrina de que el gobierno del Káiser debería ser derrocado por la fuerza; y, desde entonces, el apoyo a Kolchak o a Denikin contra el gobierno soviético habría sido también ilegal. No eran esas consecuencias, claro, las pretendidas, y son sólo resultado de una redacción torpe. Lo que se pretendía queda claro en otra ley, aprobada al mismo tiempo, para los maestros de las escuelas públicas. Esta ley especifica que los certificados que permiten enseñar en tales escuelas sólo se darán a aquellos que hayan «mostrado satisfactoriamente» que son «leales y obedientes al gobierno de este estado y al de los Estados Unidos, —y que se les negará a quienes hayan defendido, sin importar dónde ni cuándo—, una forma de gobierno distinta de la de este estado o de los Estados Unidos». El comité que diseñó esas leyes, según *The New Republic*, estableció que el maestro que «no apruebe el presente sistema social [...] debe abandonar su plaza», y que «a ninguna persona que no anhele combatir las teorías del cambio social debería confiársele la tarea de preparar a jóvenes y mayores para las responsabilidades de la ciudadanía».

De este modo, según la ley del estado de Nueva York, Cristo y George Washington estaban demasiado envilecidos moralmente para ser aptos para educar a los jóvenes. Si Cristo fuera al estado de Nueva York y dijera: «Dejad que los niños se acerquen a mí, —el presidente del Consejo Escolar de Nueva York respondería —: Señor, no veo pruebas de que anhele combatir las teorías del cambio social. De hecho, tengo entendido que usted defiende lo que denomina el *reino* de los cielos, mientras que este país, gracias a Dios, es una república. Está claro que el gobierno de su reino de los cielos se distinguirá materialmente del gobierno del estado de Nueva York, y por tanto a ningún niño se le permitirá acercarse a usted». Si no diera esa respuesta, no cumpliría con su deber como funcionario al que se le ha encomendado la administración de la ley.

El efecto de esas leyes es muy grave. Concédase, por mor de la argumentación, que el gobierno y el sistema social en el estado de Nueva York sean los mejores que han existido jamás en este planeta; pero incluso en ese caso podemos pensar que ambos sean susceptibles de mejorar. Cualquier persona que admita esa obvia proposición está, por ley, inhabilitada para enseñar en una escuela del estado. Así, la ley decreta que los maestros tengan que ser o bien hipócritas o bien tontos.

El creciente peligro ejemplificado por la legislación de Nueva York radica en que es consecuencia del monopolio del poder en manos de una única organización, sea el Estado, un trust o una federación de trusts. En el caso de la educación, el poder está en manos del Estado, que puede evitar que los jóvenes conozcan cualquier doctrina que a éste le desagrade. Creo que todavía hay alguna gente que piensa que un Estado democrático es apenas distinguible del pueblo. Eso, sin embargo, no es más que una ilusión. El Estado es una colección de funcionarios, distintos y para distintos propósitos, que reciben considerables ingresos en tanto se mantenga el *statu quo*. La única alteración que es probable que

deseen en el *statu quo* es un incremento de la burocracia y del poder de los burócratas. Por tanto, es natural que aprovechen oportunidades como la exaltación bélica para adquirir poderes inquisitoriales sobre sus empleados, entre ellos el derecho a matar de hambre a cualquier subordinado que se les oponga. En cuestiones de mentalidad, como la educación, este estado de las cosas resulta fatal. Pone fin a cualquier posibilidad de progreso o libertad o iniciativa intelectual. Con todo, es la consecuencia natural de permitir que la educación elemental quede por entero bajo el control de una única organización.

La tolerancia religiosa, hasta cierto punto, se ha ganado porque la gente ha dejado de considerar la religión algo tan importante como en el pasado. Pero en política y economía, que han asumido el lugar que antes ocupaba la religión, hay una tendencia creciente a la persecución, que en absoluto se limita a un partido. La persecución de la opinión en Rusia es más severa que en cualquier país capitalista. Conocí en Petrogrado a un eminente poeta ruso, Aleksandr Blok, que ha muerto como consecuencia de las privaciones. Los bolcheviques le permitieron enseñar estética, pero se quejó de que se empeñaron en que enseñara la asignatura «desde un punto de vista marxista». Se había quedado desconcertado intentando descubrir cómo la teoría de la rítmica se relacionaba con el marxismo, pero, para no morir de hambre, había hecho cuanto estaba en su mano para averiguarlo. Por supuesto, ha sido imposible, en Rusia, desde el ascenso al poder de los bolcheviques, publicar nada crítico con los dogmas sobre los que se funda su régimen.

Los ejemplos de los Estados Unidos y Rusia ilustran la conclusión a la que parece que se nos lleva, a saber, que en tanto los hombres continúen teniendo la creencia fanática actual en la importancia de la política, el pensamiento libre en cuestiones políticas será imposible, y que es mucho el peligro de que la falta de libertad se propague a todos los demás ámbitos, como ha sucedi-

do en Rusia. Sólo cierto grado de escepticismo político puede salvarnos de esa desgracia.

No debe darse por sentado que los funcionarios a cargo de la educación desean que los jóvenes se formen. Por el contrario, su problema es impartir información sin impartir inteligencia. La educación debería tener dos objetivos: primero, dar un conocimiento definido, lectura y escritura, lengua y matemáticas, y demás; segundo, crear los hábitos mentales que permitirán que la gente adquiera conocimientos y se forme juicios sensatos por sí misma. A lo primero podríamos llamarlo información, y a lo segundo, inteligencia. La utilidad de la información se admite en la práctica así como en la teoría; sin una población letrada, es imposible un Estado moderno. Pero la utilidad de la inteligencia sólo se admite en la teoría, no en la práctica; no se desea que la gente corriente piense por sí misma porque se cree que los que piensan por sí solos resultan difíciles de manipular y causan problemas administrativos. Sólo los guardianes, en el lenguaje de Platón, pueden pensar; los demás están para obedecer, o para seguir a los líderes como un rebaño de ovejas. Esta doctrina, con frecuencia de manera inconsciente, ha sobrevivido a la introducción de la democracia política, y ha viciado radicalmente todos los sistemas educativos nacionales.

El país que mejor ha conseguido dar información sin inteligencia es el último en sumarse a la civilización moderna, Japón. Se dice que la educación primaria en Japón es admirable desde el punto de vista de la instrucción. Pero además de ésta, la enseñanza tiene otro propósito, que es inculcar el culto al Mikado, un credo mucho más poderoso ahora que antes de que Japón se modernizara[111]. Así, las escuelas han sido utilizadas simultáneamente para transmitir conocimiento y para fomentar la superstición. Dado que no nos seduce el culto al Mikado, vemos claramente qué es absurdo en la educación japonesa. Nuestras supersticiones nacionales nos parecen naturales y sensatas, de manera

que no aplicamos la misma mirada lúcida que proyectamos sobre las supersticiones de los japoneses. Pero si un japonés viajado mantuviera la tesis de que nuestras escuelas enseñan supersticiones tan contrarias a la inteligencia como la creencia en la divinidad del Mikado, sospecho que podría presentar una argumentación muy justificada.

Por el momento no busco remedios, sólo me preocupa el diagnóstico. Nos enfrentamos al hecho paradójico de que la educación se ha convertido en uno de los principales obstáculos para la inteligencia y la libertad de pensamiento. Esto se debe primordialmente al hecho de que el Estado exige su monopolio, pero ésa no es, de ninguna manera, la única causa.

2. *Propaganda* . Nuestro sistema educativo hace que los jóvenes salgan de las escuelas sabiendo leer, pero, en su mayor parte, incapaces de sopesar ideas o de formarse una opinión independiente. Luego son bombardeados, durante el resto de sus vidas, por declaraciones diseñadas para hacerles creer todo tipo de proposiciones absurdas, como las de que las pastillas curalotodo de Blank son la panacea de todos los males, que Spitsbergen es cálida y fértil y que los alemanes comen cadáveres[112]. El arte de la propaganda, tal como lo practican los gobiernos y los políticos modernos, se deriva del arte de la publicidad. La ciencia de la psicología debe mucho a los publicistas. Antes, la mayoría de los psicólogos probablemente habrían creído que un hombre no podía convencer a mucha gente de la excelencia de sus propios productos simplemente afirmando enfáticamente que eran excelentes. Sin embargo, la experiencia demuestra que se equivocaban. Si yo me pusiera en pie en un lugar público y afirmara que soy el hombre vivo más humilde, es posible que se rieran de mí; pero si puedo reunir el suficiente dinero para hacer la misma declaración en todos los autobuses y vallas publicitarias a lo largo de las principales líneas de ferrocarril, la gente inmediatamente se convencerá de que la publicidad estaba siendo muy injusta conmigo. Si

acudiera a un pequeño tendero y le dijera: «Mire a su competidor de allí, se está quedando con su negocio; ¿no le parece que sería un buen plan salir de la tienda, plantarse en medio de la calle e intentar dispararle antes de que él le dispare a usted?», bien, si le dijera algo así, cualquier tendero me tomaría por loco. Pero cuando lo dice el gobierno con énfasis y a los sones de una banda de metal, los tenderos se entusiasman y se sorprenden cuando más tarde descubren que sus negocios han sufrido. La propaganda, llevada a cabo con los medios que los publicistas han descubierto que funcionan, es ahora uno de los métodos reconocidos de gobierno en todos los países avanzados, y es, antes que nada, el método mediante el que se crea la opinión democrática.

Dos males muy diferentes aquejan a la propaganda tal como ahora se practica. Por un lado, recurre generalmente a creencias irracionales en lugar de a argumentos serios; por otro lado, concede una ventaja injusta a quienes pueden conseguir más publicidad, sea mediante la riqueza o mediante el poder. Por mi parte, tiendo a pensar que a veces se hacen muchos aspavientos ante el hecho de que la propaganda apele a la emoción en lugar de a la razón. La línea entre emoción y razón no es tan clara como algunos creen. Además, un hombre inteligente podría formular un argumento lo bastante racional a favor de cualquier posición que tenga la menor posibilidad de ser asumida por otros. Siempre hay buenos argumentos en ambas partes de cualquier problema real. Pueden cuestionarse legítimamente afirmaciones erróneas, pero ni siquiera es necesario. Las simples palabras «Pear's Soup», que no afirman nada, hacen que la gente compre ese artículo. Si, allá donde aparecen, esas palabras se sustituyeran por «The Labour Party», millones de personas acabarían votando al Partido Laborista, aunque los anuncios no hubieran declarado ningún mérito suyo. Pero si ambos lados de una controversia se limitaran por ley a declaraciones que una comisión de eminentes lógicos considerase pertinentes y válidas, el principal mal de la pro-

paganda, tal como se presenta en la actualidad, persistiría. Supongan, bajo esa ley, dos partidos con un argumento igualmente bueno, uno de los cuales contara con un millón de libras para gastar en propaganda mientras que el otro dispusiera sólo de cien mil. Es obvio que los argumentos a favor del partido más rico serán más conocidos que los que defiendan al más pobre, y por tanto el más rico ganará. La situación, por supuesto, se intensifica cuando un partido es el gobierno. En Rusia, el gobierno tiene un monopolio casi completo de la propaganda, aunque no sea necesario. Las ventajas que posee sobre sus oponentes generalmente serán suficientes para darle la victoria, a no ser que esté en una situación excepcionalmente mala.

La objeción a la propaganda no radica sólo en su recurso a lo irracional, sino, más aún, en la ventaja injusta que concede a los ricos y poderosos. La igualdad de oportunidades entre las opiniones es esencial si se quiere una libertad de pensamiento real; y la igualdad de oportunidades entre las opiniones sólo puede garantizarse mediante leyes complejas dedicadas a tal fin, unas leyes que no hay razones para esperar que vayan a promulgarse. El remedio no ha de buscarse en primer lugar en esas leyes, sino en una mejor educación y en una opinión pública más escéptica. Pero por el momento no voy a concentrarme en abordar los remedios.

3. *Presión económica*. Ya he tocado algunos aspectos de este obstáculo a la libertad de pensamiento, pero ahora me gustaría tratarlo en términos más generales, como un peligro que está destinado a aumentar si no se dan pasos muy decididos para contrarrestarlo. El ejemplo supremo de presión económica aplicada contra la libertad de pensamiento es la Rusia soviética, donde, hasta el acuerdo comercial, el gobierno podía y de hecho hambreaba a la gente cuyas opiniones le desagradaban, por ejemplo, a Kropotkin. Pero a este respecto, Rusia sólo va un poco por delante de otros países. En Francia, durante el caso Dreyfus, cual-

quier profesor habría perdido su puesto si se hubiera manifestado a favor de Dreyfus al principio, o en contra al final. En los Estados Unidos, en la actualidad, dudo que un profesor universitario, por eminente que sea, pudiera conseguir empleo si pretendiera criticar a la Standard Oil Company, porque todos los rectores han recibido o esperan recibir beneficios del señor Rockefeller. A lo largo y ancho de los Estados Unidos, los socialistas son hombres marcados y les resulta sumamente difícil encontrar trabajo a no ser que tengan grandes talentos. La tendencia, que existe allá donde el industrialismo se ha desarrollado, a que los trusts y monopolios controlen toda la industria, lleva a una disminución del número de empleadores posibles, de manera que es cada vez más fácil mantener listas negras secretas en las cuales todo el que no se someta a las grandes corporaciones puede acabar pasando hambre. El crecimiento de los monopolios está introduciendo en los Estados Unidos muchos de los males asociados con el socialismo estatal tal como ha existido en Rusia. Desde el punto de vista de la libertad, no supone ninguna diferencia para un hombre que su único empleador posible sea el Estado o un trust.

En los Estados Unidos, que es el país más avanzado industrialmente, y en menor medida en otros países que se están aproximando a la situación estadounidense, el ciudadano medio necesita, si quiere ganarse la vida, evitar granjearse la hostilidad de ciertos grandes hombres. Y esos grandes hombres tienen una perspectiva —religiosa, moral y política— con la que esperan que coincidan sus empleados, al menos de cara al público. A un hombre que disienta abiertamente del cristianismo o que defienda una relajación de las leyes de matrimonio, o se oponga al poder de las grandes corporaciones, los Estados Unidos le parecerá un país muy incómodo, a no ser que sea un escritor eminente. Exactamente el mismo tipo de restricciones a la libertad de pensamiento se darán, sin duda, en todo país donde la organización

económica se ha llevado hasta el punto de un monopolio práctico. Por tanto, la salvaguarda de la libertad en el mundo que se está formando resulta mucho más difícil de lo que lo era en el siglo XIX, cuando la libre competencia era todavía una realidad. Cuantos se preocupen por la libertad intelectual deben afrontar esta situación abiertamente y sin rodeos, dándose cuenta de la inaplicabilidad de métodos que respondían bastante bien cuando el industrialismo estaba en su infancia.

Hay dos sencillos principios que, de adoptarse, resolverían casi todos los problemas sociales. El primero es que la educación debería tener como uno de sus objetivos enseñar a la gente a creer tan sólo proposiciones cuando haya alguna razón para pensar que son verdaderas. El segundo es que los empleos deberían darse exclusivamente por la aptitud para hacer el trabajo.

Examino primero el segundo punto: la costumbre de revisar las opiniones políticas, morales y religiosas de un hombre antes de asignarle un cargo o darle un empleo es la forma moderna de persecución, y es probable que se vuelva tan eficaz como lo fue la Inquisición. Las antiguas libertades pueden conservarse legalmente sin servir para nada. Si, en la práctica, determinadas opiniones llevan a que alguien pase hambre, resulta de poco consuelo saber que sus opiniones no son punibles por ley. Hay cierto sentimiento público en contra de que se condene a la indigencia a quienes no pertenecen a la Iglesia de Inglaterra, o mantienen opiniones ligeramente poco convencionales en política. Pero apenas se percibe crítica alguna contra el rechazo a ateos, mormones, comunistas radicales o personas que defienden el amor libre. Se cree que esas personas son perversas y se considera muy natural negarse a darles trabajo. La gente apenas se ha dado cuenta de que este rechazo, en un Estado muy industrializado, equivale a una forma muy tajante de persecución.

Si este peligro se percibiera como es debido, sería posible despertar a la opinión pública y garantizar que las creencias de un

hombre no deberían ser tenidas en cuenta en el momento de asignarle un cargo. La protección de las minorías tiene una importancia vital, porque incluso los más ortodoxos de nosotros podríamos encontrarnos formando parte de una minoría algún día, de manera que a todos nos interesa restringir la tiranía de las mayorías. Sólo la opinión pública puede resolver este problema. El socialismo lo agudizaría de algún modo, dado que eliminaría las oportunidades que ahora surgen con algunos empleadores excepcionales. Todo aumento en el tamaño de las iniciativas industriales lo empeora, dado que disminuye el número de empleadores independientes. La batalla debe librarse exactamente igual que se libró la batalla de la tolerancia religiosa. Y, como en ese caso, también en éste el factor decisivo puede que sea un declive en la intensidad de la creencia. Mientras los hombres estuvieron convencidos de la verdad absoluta del catolicismo o el protestantismo no dudaron en perseguir a los demás por su causa. Mientras los hombres estén convencidos de sus credos modernos, perseguirán a los demás en su nombre. Cierto grado de duda resulta esencial para la práctica, aunque no para la teoría, de la tolerancia. Y esto me lleva al otro punto, que tiene que ver con los objetivos de la educación.

Para que haya tolerancia en el mundo, una de las materias que se enseñan en las escuelas debe ser el hábito de sopesar las pruebas y la práctica de no dar credibilidad absoluta a proposiciones sobre las que no haya razones para creer que sean ciertas. Por ejemplo, debería enseñarse el arte de leer la prensa. El maestro debería seleccionar algún incidente que haya ocurrido hace muchos años y que despertase pasiones políticas en su tiempo. Entonces debería leer a los alumnos lo que se dijo en los periódicos de un bando, lo que se dijo en los del otro, y alguna versión imparcial de lo que en realidad sucedió. Debería mostrar cómo, a partir de la versión tendenciosa de cada lado, un lector instruido podría deducir lo que en realidad ocurrió, y debería hacerles en-

tender que todo en los periódicos es, en mayor o menor medida, falso. El escepticismo cínico que resultaría de esas enseñanzas volvería a los niños, avanzada la vida, inmunes a las llamadas al idealismo que sufre la gente decente para que apoye los planes de los canallas.

La historia debería enseñarse del mismo modo. Las campañas de Napoleón de 1813 y 1814, por ejemplo, podrían estudiarse en el *Moniteur*, publicación que llevó a los parisinos a quedarse de piedra cuando vieron llegar a los Aliados bajo las murallas de Paris después de haber sido derrotados (según los boletines oficiales) por Napoleón en todas las batallas. En las clases más avanzadas, debería animarse a los estudiantes a contar el número de veces que Lenin ha sido asesinado por Trotski para aprender a despreciar a la muerte. Por último, debería dárseles un manual de historia aprobado por el gobierno y pedirles que deduzcan qué diría un libro de historia francés sobre nuestras guerras con Francia. Todo lo anterior sería una instrucción como ciudadanos mucho más deseable que las trilladas máximas morales mediante las que algunos creen que pueden inculcarse los deberes cívicos.

Creo que tiene que admitirse que los males del mundo se deben a los defectos morales tanto como a la falta de inteligencia. Pero la raza humana no ha descubierto hasta ahora ningún método para erradicar esos defectos; las prédicas y exhortaciones sólo añaden más hipocresía a la lista de vicios previos. Por el contrario, la inteligencia es fácil de mejorar mediante métodos conocidos por cualquier educador competente. Por tanto, hasta que se descubra algún método de enseñar la virtud, el progreso habrá de buscarse en la mejora de la inteligencia más que en la de la moral. Uno de los principales obstáculos para la inteligencia es la credulidad, y ésta podría verse sumamente disminuida mediante la instrucción en las formas predominantes de mendacidad. La credulidad es un mal más nocivo en la actualidad de lo que lo fue nunca porque, debido a la extensión de la educación, resulta

mucho más sencillo que antes propagar desinformación, y debido a la democracia, la propagación de desinformación es más importante para quienes detentan el poder. De ahí el aumento en la tirada de los periódicos.

Si se me pregunta cómo se va a inducir al mundo a adoptar esas dos máximas —a saber: 1) que los trabajos deberían darse en razón de la aptitud para realizarlos, y 2) que uno de los objetivos de la educación debería ser corregir el hábito de creer proposiciones que no pueden ser probadas—, sólo puedo decir que debería hacerse creando una opinión pública ilustrada. Y una opinión pública ilustrada sólo puede generarse mediante los esfuerzos de quienes desean que ésta exista. No creo que los cambios económicos defendidos por los socialistas vayan, por sí solos, a hacer nada por remediar los males que hemos estado tratando aquí. Creo que, pase lo que pase en política, la tendencia del desarrollo económico acrecentará la dificultad de la preservación de la libertad intelectual, a no ser que la opinión pública se empeñe en que el empleador no controle la vida del empleado, más allá de su trabajo. La libertad en la educación podría garantizarse fácilmente, si se quisiera, limitando la función del Estado a inspeccionar y pagar, y limitando estrictamente la inspección a la instrucción de materias determinadas. Pero eso, tal como están las cosas, dejaría la educación en manos de las iglesias porque, desgraciadamente, tienen más ganas de enseñar sus creencias que los librepensadores de enseñar sus dudas. Sin embargo, también dejaría un territorio abierto, y haría posible que se impartiera una educación liberal si se deseara de verdad. Más no debería pedírsele a la legislación.

Mi llamamiento a lo largo de toda esta conferencia ha sido que se difunda el talante científico, que es algo completamente distinto del conocimiento de los resultados de la ciencia. El talante científico es capaz de regenerar a la humanidad y proporcionar una solución a todas nuestras inquietudes. Los resultados

de la ciencia, en forma de maquinaria, gas venenoso y prensa amarilla, son una apuesta segura que llevará a la ruina de nuestra civilización. Es una curiosa antítesis, que un marciano contemplaría con distanciamiento divertido. Pero para nosotros es una cuestión de vida o muerte. En ello se juega la cuestión de si nuestros nietos vivirán en un mundo más feliz o se exterminarán unos a otros con métodos científicos, dejando tal vez en manos de los negros y los papúes el destino futuro de la humanidad.

EPÍLOGO

> La revolución es la felicidad de todos.
>
> BABEUF

> Sus profecías sobre la inminente marcha del Ejército rojo a través del mundo, y las apoteosis con que los pueblos los recibirían, parecían más los del Apocalipsis.
>
> ÁNGEL PESTAÑA

En un artículo de 1922, Bertrand Russell argumentaba que en tiempos de paz siempre debe existir en la sociedad un núcleo de opositores a la guerra, a fin de prevenirla en lo posible cuando irrumpe la histeria bélica y las pasiones que la desatan: el odio, la envidia y la avaricia. Las guerras del futuro serían previsiblemente peores que el conflicto que devastó Europa pocos años antes de la escritura de aquel artículo, sobre todo en sus efectos sobre la población civil. Y continuarían empeorando hasta que la educación de la humanidad ya no pudiera desarrollar nuevos inventos. De lo anterior se desprendía, o bien el fin de la guerra, o bien el final de la civilización, y con ella el conocimiento científico que posibilita el homicidio a gran escala. Las personas que entendieran la gravedad de la situación, y como es bien sabido Russell así la entendió desde entonces, debían cumplir dos obligaciones: la primera relativa a su conducta personal y la otra a la influencia que podían ejercer sobre la opinión pública.

Ese breve artículo se difundió cuatro años después de que Russell se viera condenado a seis meses de prisión por incitar ilegalmente al pacifismo mediante la acción directa durante una conferencia en contra de la participación de Estados Unidos en la

Gran Guerra. Muchos como él sufrieron la cárcel en Inglaterra por objeción de conciencia o deserción, pero acaso Russell fuera el más célebre de todos ellos, pues además había sido expulsado a los cuarenta y cuatro años de edad de su profesorado en Cambridge en 1916 por idénticos motivos, y la solidez e importancia de su obra epistemológica, lógica y matemática ya gozaba de prestigio mundial. En su *Autobiografía* enfatiza que la guerra supuso un cambio radical de su postura frente a esa obra precedente, reorientó su compromiso público y a la vez produjo un rejuvenecimiento: los ejes de su conducta intelectual y moral serían el escepticismo y la compasión. Durante su encierro, Russell escribió a la actriz Colette O'Niel, con la que mantenía una intensa relación sentimental: «Debo hacer y haré algo importante… parecido a lo que Voltaire hizo en su época. Me parece que debo dirigirme a un público más amplio del que puede alcanzar la filosofía técnica. Quiero impulsar la libertad en todos los frentes… quiero ser un poder intelectual en Europa».

Si la actitud filosófica más genuina no radica en establecer el orden de las creencias recibidas, sino en someterlas a prueba, Bertrand Russell ilustra, en la vertiente de su obra como intelectual que influye en la vida pública, al filósofo que cuestiona cualquier pretendida verdad que no haya sido debidamente analizada y demostrada por la propia razón. La función social de esa crítica racional permanente es contraria a toda ideología.

Sin embargo, muchos de los que habían detectado la «falacia» de la guerra de 1914 capitulaban ante las pasiones cuando se invocaba la lucha de clases marxista.

Como se ha podido constatar en las páginas precedentes, Russell visitó Rusia con precavido optimismo. Esperaba que el experimento bolchevique pudiera servir de ejemplo a Occidente a fin de implantar un conjunto de ideas que tenía por fundamentales y que defendió siempre: el internacionalismo, la búsqueda de la paz y las políticas que conducen a la justicia económica y social.

El experimento de Lenin podría ofrecer una alternativa a la índole codiciosa del capitalismo que, junto con las rivalidades nacionalistas, Russell tenía por causantes no sólo de la primera guerra mundial, sino de los problemas internacionales y del Reino Unido en los años inmediatamente posteriores al conflicto. Reconocía que los bolcheviques habían reprimido las libertades políticas e intelectuales durante su lucha contra la oposición contrarrevolucionaria, pero se aferraba a la posibilidad de que dichas coacciones fueran temporales, como supusieron también otros que viajaron a Rusia en esa época, y que los principios de la libertad serían a la postre implantados y revitalizados en Occidente con la expansión del socialismo internacional. La Revolución rusa, como también destaca desde un principio, había sido uno de los grandes acontecimientos heroicos de la historia del mundo, de importancia aún mayor que la Revolución francesa, ya que además de cambiar la vida cotidiana y la estructura de la sociedad, había cambiado las creencias de los hombres.

No obstante, la tiranía del bolchevismo, su fanatismo religioso, le repugnó de tal modo, como puede advertirse también en las cartas aquí recogidas, que volvió a su país con un ánimo ya permanentemente hostil hacia el régimen soviético. De hecho, H. G. Wells cuenta, en la estimulante crónica de su viaje efectuado pocos meses después, *Russia in the Shadows* [Rusia en las sombras], que Zinóviev y otros lo exhortaron a no emular a su regreso, habida cuenta de la hospitalidad recibida, las críticas desfavorables de Russell y de algunos miembros de la delegación laborista. Russell volvió más convencido que nunca de que el éxito de las formas democráticas del socialismo internacional era esencial si se aspiraba a la igualdad y la libertad. Su rebelde activismo durante la guerra le había demostrado que una sólida argumentación podía formar y alterar la opinión política popular y la de las élites, un cometido que no se vio alterado en su vejez: «Toda persona que demuestra mucha energía quiere poder. Pero

yo sólo quiero una clase de poder. Quiero el poder sobre las opiniones».

Aunque su interés en visitar la Rusia revolucionaria era anterior al final de la guerra, la inestabilidad de Europa estimuló su empeño en ver el régimen bolchevique en persona. Poco antes de emprender el viaje visitó a quien había sido su alumno, crítico y difícil amigo («el más acabado ejemplo de genio en sentido tradicional que yo haya conocido»). Ludwig Wittgenstein en La Haya para discutir el manuscrito del *Tractatus*, y en la primavera dictó una serie de conferencias en Barcelona sobre atomismo lógico, invitado por Eugenio d'Ors. En Europa y Norteamérica imperaba la incertidumbre por el desmoronamiento de los antiguos imperios, la creación de numerosos estados precarios, las revoluciones sociales y la creciente inseguridad económica. Se habían exacerbado los odios étnicos y nacionales con el trazado arbitrario de otras fronteras, el nuevo orden internacional era visto desde la izquierda como un consorcio de vencedores y las migraciones causadas por la guerra habían contribuido a la hambruna en Europa central y oriental. A Russell lo consternaba la inestabilidad industrial de su país, la guerra civil en Irlanda y la política represiva contra las protestas en las colonias, sobre todo en la India. No parecía haber voluntad entre los conservadores y liberales tradicionales de implantar las reformas necesarias, y el partido laborista era demasiado débil en ese entonces para alcanzar el poder.

Se imponía la necesidad de un cambio fundamental que los reformadores moderados y radicales habían denominado «reconstrucción». Russell estaba convencido de que sus ideas esbozadas en 1915 sobre la necesaria reorganización económica y política podrían conducir a una sociedad más libre y pacífica. Era un error considerar que las acciones humanas se guiaban únicamente por el interés económico, la racionalidad y el individualismo sin considerar las contribuciones del psicoanálisis y la naturaleza

social de la humanidad. En 1916 reunió sus conferencias al respecto con el título de *Principios de reconstrucción social*, una crítica al liberalismo, en su opinión obsoleto, y al utilitarismo que no había resuelto los problemas causados por la conflagración. El principio supremo, tanto en la política como en la vida privada, debía ser el fomento de todo lo creativo, a fin de disminuir los impulsos y deseos que se centran en la posesión. El libro fue tan bien acogido que Russell obtuvo la necesaria confianza en su futuro como escritor profesional para un público amplio.

Un libro es como la dinamita, con la diferencia de que puede estallar miles de veces. El análisis vertido en *Práctica y teoría del bolchevismo*, sobre todo la demolición del pretendido carácter «científico» del marxismo y del dogmatismo reduccionista de sus ejecutores, fue recibido con animadversión por muchos progresistas de entonces, entre ellos los propios laboristas, que recelaron de su autor durante largo tiempo. Fue uno de los primeros testimonios directos que dieron inicio a la circulación de obras de quienes viajaban a Rusia para dar cuenta de los días transcurridos desde aquellos diez iniciales que habían conmocionado al mundo —como la del referido Wells poco meses más tarde, o como el diario de Walter Benjamin y las crónicas de Josep Pla o Joseph Roth a mediados de esa misma década—; las de los «compañeros de ruta» o las de marxistas definitivos que alimentaban los temores o las esperanzas de los lectores en sus respectivos países, y que ya en la década de los treinta, la más sangrienta y represiva de la historia del estado soviético, cuando el régimen de Stalin acababa de fundar la agencia propagandística Intourist, acabó por convertirse en un torrente de crónicas y análisis, desde el cínico viaje de George Bernard Shaw al decepcionado de Edmund Wilson o al apesadumbrado de André Gide, por citar unos cuantos entre los denostados, debatidos o perdurables. Sin embargo, la mayoría de los periodistas, políticos o escritores que publicaron entonces sus recuentos, estableciendo así la moda y

luego la tradición del «turismo revolucionario», pues algunos alcanzaron gran difusión, pertenecían a la categoría de los «tontos útiles»: la gran depresión económica había destruido su fe en los principios que gobernaban sus propias sociedades y desesperadamente necesitaban, como recuerda el filósofo John Gray, de un credo sustitutivo: se trataba de una verdadera peregrinación a la ya entonces Unión Soviética, de la urgente necesidad de creer que una sociedad nueva y mejor se estaba gestando en algún otro *topos*.

El clarividente libro de Russell, publicado al mismo tiempo que el cauto pero muy interesante informe oficial de la delegación laborista británica, tardó dieciocho años en reeditarse, con muy pocos cambios, por los motivos antes aludidos. Es la edición que se recoge en el presente volumen, y que adapta la traducción española publicada por Ariel en 1969, tras casi medio siglo. No obstante, aun siendo lo más incisivo y sólido de cuanto se escribió entonces, en el contexto del bloqueo internacional y las distintas fuerzas que intervenían en la guerra civil rusa que concluiría al poco tiempo con la consolidación del régimen bolchevique, no es una obra única. Baste citar en este idioma sus afinidades con el íntegro e influyente *Setenta días en Rusia* (1924) del anarquista español y dirigente de la CNT Ángel Pestaña, superior en muchos aspectos a los muy conocidos escritos de Emma Goldman sobre su desilusión con Rusia, y el aún más influyente y reeditado *Mi viaje a la Rusia sovietista* (1921) del pensador socialista y profesor del New School Fernando de los Ríos, en que también se enfatiza el «carácter religioso inmanente del movimiento ruso». Y aunque ambos libros se publicaron con posterioridad al de Russell, el recuento de ellos está fechado apenas unos meses más tarde, en la época del segundo congreso de la Comintern. Ambos autores también informan de las conversaciones sostenidas con Lenin y extraen parecidas conclusiones a las del filósofo, no sin antes debatirse con preocupación frente a

los hechos y la dictadura en cierne: el máximo dirigente soviético invita a cada escéptico interlocutor a que visite Rusia para posteriormente valorar los avances y disipar las presentes objeciones; en un caso propone diez años; en otro, el siguiente congreso de la Tercera Internacional, pero reconoce ante Fernando de los Ríos que «el período de transición de dictadura será entre nosotros muy largo… tal vez cuarenta o cincuenta años. —Y unas líneas más abajo Lenin formula la escalofriante pregunta que acabaría siendo tan repetida—: El problema para nosotros no es de libertad, pues respecto de ésta siempre preguntamos: ¿libertad para qué?».

Como todo libro debe estar hecho como una persona sociable, para las necesidades de los hombres, según Voltaire, esta reedición de *Práctica y teoría del bolchevismo* viene acompañada de algunos complementos que enriquecen y contextualizan la obra, transcurrido un siglo desde su publicación. El pormenorizado diario de viaje, publicado por primera vez por Ariel en 2017, fue recogido en el año 2000 en el decimoquinto tomo de la modélica y exhaustiva recopilación de la obra dispersa de Russell, una edición de treinta y seis volúmenes que aún está en curso.

Dados sus antecedentes judiciales, Russell no supo hasta el último momento si el gobierno británico le concedería autorización para visitar el régimen con la delegación laborista británica, integrada por nueve hombres y dos mujeres, seis del Partido Laborista, tres de la Federación de Sindicatos y dos del Partido Laborista Independiente. Uno de ellos era su amigo y también objetor de conciencia Clifford Allen, quien enfermó de una neumonía que lo tuvo al borde de la muerte las dos últimas semanas del viaje, lo cual distrajo la atención de la comitiva. El nombre de Russell no consta en el informe oficial, aunque participó en todas las actividades, al parecer con pocas restricciones, aunque, como consta, se le impidió reunirse con Kropotkin, por ejemplo. Éste, ya muy enfermo, intentaba salir de Rusia para volver

al Reino Unido, según cuenta Ángel Pestaña en *Setenta días en Rusia*, pero las autoridades nunca le concedieron el salvoconducto solicitado, pues no podían permitirse el impacto mundial de semejante deserción, y Kropotkin falleció meses más tarde. El informe laborista incluye en un anexo uno de los últimos mensajes del pensador anarquista sobre la necesaria e «inevitable reconstrucción» mundial: «Estoy obligado a decirles con franqueza que, en mi opinión, el intento de construir una república comunista sobre la base del fuerte centralismo de un comunismo de Estado, sujeto al férreo régimen de la dictadura del partido, está fracasando… Confiar en el genio de los dictadores del partido y destruir todos los núcleos independientes, como los sindicatos y las cooperativas de distribución, para convertirlos en órganos burocráticos del partido, como está sucediendo ahora, es el modo en que no se alcanza la revolución, es el modo en que su cumplimiento se hace imposible».

Las misivas dirigidas a Colette O'Niel son, en rigor, epístolas que dan otro tratamiento a las impresiones que suscitó el viaje. Fueron compuestas en fecha distinta y «servirían de consuelo» durante su ausencia, ya desgarrado entre la pasión no del todo correspondida que Russell sentía por ella y la que también despertaba Dora Black, quien visitaría Rusia por su cuenta al poco tiempo. Las cartas fueron incluidas en el segundo tomo de su *Autobiografía*, y para él «expresan mejor mis sentimientos de aquel entonces que lo que podría escribir ahora al respecto».

El artículo en dos partes sobre las esperanzas y temores relativos a Estados Unidos fue un encargo de Herbert Croly, director de la *New Republic*, a finales de 1921, en el contexto de la Conferencia de Washington y el creciente poder que el país estaba ejerciendo al concluir la Gran Guerra. Desde el punto de vista de los radicales ingleses, Russell estaba convencido de que la revolución mundial dependía de que la nación americana la continuara, pues quedaban pocas esperanzas para los trabajadores si los esta-

dounidenses seguían al servicio del capitalismo. El artículo sentaría las bases de su prolongada crítica al país más poderoso del mundo, acrecentada tras el alarmante empleo de armas nucleares que pusieron fin a la segunda guerra mundial, crítica que se transformó en activa oposición al gobierno sobre todo por las atrocidades cometidas durante la guerra de Vietnam, cuando se estableció el célebre tribunal internacional para juzgar aquellos crímenes y que llevaría el nombre del filósofo. Tzvetan Todorov recordaba en su último libro, *El triunfo del artista*, que Estados Unidos y otros países occidentales, al conducir una nueva política internacional ofensiva medio siglo después, afirmaban que «su objetivo era promover los grandes valores democráticos y los derechos humanos… pero al hacerlo, se acercaban —peligrosamente— a las prácticas totalitarias que condenaban».

Dirigida también a los estadounidenses, Russell pronunció la conferencia sobre propaganda y pensamiento libre, que cierra esta edición, en el Instituto South Place, sede de la Sociedad Ética de Londres, en marzo de 1922. Fue un ensayo que resultó infortunadamente profético incluso para el propio Russell, que padeció en carne propia la censura política y religiosa católica en Estados Unidos, al despojarlo de sus medios de vida en la universidad a finales de la segunda guerra mundial. Aunque él no lo tenía por un escrito muy importante, se publicó y reimprimió en Londres, Tokio y Nueva York aquel año, pues el editor de la mayor parte de las obras de Russell para el amplio público, Stanley Unwin, estaba convencido, con razón, de que los lectores la recibirían con entusiasmo. Al cabo quedó incluido en la recopilación de sus *Ensayos escépticos* en 1928 y sirve para refrendar, en palabras del filósofo Luis Villoro sobre el conjunto de la obra de Russell, de que «en cada época hay algunos, raros, pensadores cuya vida puede señalarse como ejemplo de una actitud filosófica. No sabríamos decir cuál es la parte de su actividad que más llama a nuestra imaginación, si sus decisivas contribuciones a la

lógica, a la semántica filosófica y a la epistemología, o su realización de un proyecto de vida en el que podemos reconocer lo más genuino de la filosofía».

Aurelio Major[113]

Bibliografía

British Labor Delegation to Russia, *Report*, Londres, Trades Union Congress & The Labour Party, 1920.

Jaime Nubiola, «Bertrand Russell en Barcelona, 1920» en *Actas del I Congreso de la Sociedad de Lógica, Metodología y Filosofía de la Ciencia en España*, Madrid, 1993.

Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia*, Barcelona, Cosmos, 1924.

Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia sovietista*, Madrid, Caro Raggio, 1921.

Bertrand Russell, *The Practice and Theory of Bolshevism*, Londres, George Allen & Unwin, 1.ª edición, 1920, 2.ª edición, 1949.

—, *Uncertain Paths To Freedom, Russia and China, 1919-1922*. The Collected Papers of Bertrand Russell, tomo 15, Londres, Routledge, 2000.

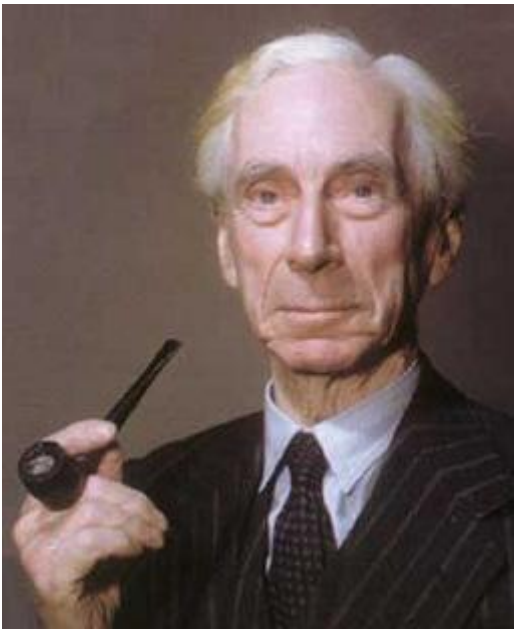
—, *Teoría y práctica del bolchevismo*, Barcelona, Ariel, 1969.

—, *Autobiography*, Londres, George Allen & Unwin, 1967.

—, *Sceptical Essays*, Londres, George Allen & Unwin, 1928.

—, *Principles of Social Reconstruction*, Londres, George Allen & Unwin, 1916.

Herbert George Wells, *Russia in the Shadows*, Londres, Hodder and Stoughton, 1920.



BERTRAND ARTHUR WILLIAM RUSSELL, tercer Conde de Russell, OM, MRS, (18 de mayo de 1872, Trellech, Monmouthshire, Gales - 2 de febrero de 1970, Penrhyndeudraeth, Gales) fue un filósofo, matemático, lógico y escritor británico ganador del Premio Nobel de Literatura y conocido por su influencia en la filosofía analítica, sus trabajos matemáticos y su activismo social. Contrajo matrimonio cuatro veces y tuvo tres hijos.

Biografía

Bertrand Russell fue hijo de John Russell, Vizconde de Amberley y de Katrine Louisa Stanley. Su abuelo paterno fue lord John Russell, primer Conde de Russell, quien fue dos veces Primer Ministro con la Reina Victoria, y su abuelo materno, Edward Stanley, segundo Baron Stanley de Alderley. Además, era ahijado de John Stuart Mill, quien, aunque jamás conoció a Russell, ejerció una profunda influencia en su pensamiento político a través de sus escritos.

Russell quedó huérfano a la edad de 6 años, tras la muerte de su hermana y su madre de difteria, y seguidamente su padre, el vizconde de Amberley, quien no pudo recuperarse de la pérdida de su esposa e hija y finalmente se dejó morir en 1878. Bertrand y su hermano Frank se mudaron a Pembroke Lodge, una residencia oficial de la Corona donde por favor Real vivían su abuelo lord John y su abuela *lady* Russell, quien sería la responsable de educarlo. Pese a que sus padres habían sido liberales radicales, su abuela, aunque liberal en política, era de ideas morales muy estrictas, convirtiéndose Russell en un niño tímido, retraído y solitario. Solía pasar mucho tiempo en la biblioteca de su abuelo, donde precozmente demostró un gran amor por la Literatura y la Historia. Los jardines de la casa eran el lugar predilecto del pequeño Russell y muchos de los momentos más felices de su infancia los pasó allí, meditando en soledad.

El ambiente represivo y conservador de Pembroke Lodge le produjo numerosos conflictos a Russell durante su adolescencia. Al no poder expresar libremente su opinión con respecto a la religión (la existencia de Dios, el libre albedrío, la inmortalidad del alma…) o el sexo, pues sus ideas al respecto habrían sido consideradas escandalosas, escondía sus pensamientos de todos y llevaba una existencia solitaria, escribiendo sus reflexiones en un cuaderno, usando el alfabeto griego para hacerlas pasar por ejercicios escolares. No fue al colegio, sino que fue educado por diversos tutores y preceptores, de los que aprendió, entre otras cosas, a dominar perfectamente el francés y el alemán.

A la edad de once años Russell comenzó el estudio de la geometría euclidiana teniendo como profesor a su hermano, pareciéndole tan maravilloso todo el asunto como el primer amor. El poder demostrar una proposición le produjo a Russell una inmensa satisfacción, que sin embargo se vio frustrada cuando su hermano le dijo que tendría que aceptar ciertos axiomas sin cuestionarlos o de otra forma no podrían seguir, cosa que le de-

cepcionó profundamente. Acabó admitiéndolos a regañadientes, pero sus dudas sobre dichos axiomas marcarían su obra.

En 1890, Russell ingresó al Trinity College de Cambridge para estudiar matemáticas. Su examinador fue Alfred North Whitehead, con quien después colaboraría en *Principia Mathematica*. Whitehead quedó tan impresionado por el joven Russell que lo recomendó a la sociedad de discusión intelectual de Cambridge, «Los Apóstoles», un grupo de jóvenes brillantes que se reunían para discutir cualquier tema, sin tabúes en un ambiente intelectualmente estimulante y honesto. Finalmente, después de muchos años de soledad, Russell pudo expresar sus opiniones e ideas a una serie de jóvenes inteligentes que no lo miraban con sospecha. Poco a poco Bertrand pierde su rigidez y timidez y se va integrando entre los alumnos.

Russell concluyó sus estudios en matemáticas obteniendo un examen meritorio que lo colocó como séptimo *wrangler*, una marca distintiva que era reconocida en el marco académico donde se movía. Durante su cuarto año en Cambridge, en 1894, Russell estudió ciencias morales, que era el nombre por el cual se conocía a la filosofía. Para entonces Russell ya se había hecho amigo de George Edward Moore, un joven estudiante de clásicos a quien Russell había persuadido de cambiarse a filosofía.

Por esa misma época, Russell había conocido y se había enamorado de Alys Pearsall Smith, una joven culta perteneciente a una familia de cuáqueros americanos. Ella, a pesar de ser varios años mayor que él, lo había cautivado tanto por su belleza como por sus convicciones, ideas y formas de ver el mundo. Se casaron el mismo año de la graduación de Bertrand.

En 1900 elabora *Los principios de la matemática* y poco después comenzaría su colaboración con A.N. Whitehead para escribir los tres volúmenes de los *Principia Mathematica*, que sería su obra cumbre y en la que pretendía reducir la matemática a la lógica.

Las labores extra-académicas de Russell le hicieron emprender numerosos viajes, en los cuales el filósofo observaba de primera mano la situación en diversos países y se entrevistaba con las personalidades relevantes del momento. Así, viajó dos veces a Alemania con Alys en 1895, y el año siguiente viajaría a EE. UU. Más adelante, en 1920, junto con una delegación del Partido Laborista Británico, viajaría a Rusia y se entrevistaría con Lenin, viaje que acabaría con las esperanzas que inicialmente tenía con respecto a los cambios que el comunismo produciría. Poco después, junto con Dora Black, que en 1921 acabaría siendo su segunda esposa, viajó a China y permaneció allí durante un año, para volver a Inglaterra a través de Japón y EE. UU nuevamente. La estancia en China resultó muy provechosa, y Russell apreció en su cultura valores tales como la tolerancia, la imperturbabilidad, la dignidad y, en general, una actitud que valoraba la vida, la belleza y el placer de una manera distinta a la occidental, que consideró valiosa. Todos estos viajes se tradujeron en libros, artículos o conferencias.

Russell fue un conocido pacifista durante la Primera Guerra Mundial, lo que acabó llevándolo a la cárcel durante seis meses por la publicación de artículos y panfletos.

Con su segunda esposa, Dora Black, estableció en Beacon Hill, Londres, de 1927 a 1932, una escuela infantil inspirada en una pedagogía progresiva y despreocupada que pretendía estar libre de prejuicios. El colegio reflejaba la idea de Bertrand Russell de que los niños no debían ser forzados a seguir un currículo académico estricto.

En 1936 celebró terceras nupcias con Patricia Spence, y en 1938 fue llamado a la Universidad de Chicago para dar conferencias de Filosofía. Fue estando allí cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, pasando en esta ocasión del pacifismo mostrado en la primera a un apoyo claro a las fuerzas aliadas contra el ejército nazi, alegando que:

> Un mundo en donde el fascismo fuera la ideología reinante, sería un mundo en donde lo mejor de la civilización habría muerto y no valdría la pena vivir.
>
> Bertrand Russell

En 1940 se le impidió impartir la asignatura de Matemáticas que tenía asignada en la universidad de Nueva York y tuvo lugar una polémica extremadamente áspera que provocó apasionadas protestas en algunos ambientes: se le reprochaba la exposición en forma singularmente cruda de sus opiniones acerca de la vida sexual, lo que supuestamente tendría una nefasta influencia en sus alumnos.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Russell se dedica plenamente a la tarea de evitar la guerra nuclear y asegurar la paz mediante una adecuada organización internacional, iniciando una etapa de activismo político que provocaría su segunda encarcelación a los 90 años.

En 1950 recibió el Premio Nobel de Literatura «en reconocimiento de sus variados y significativos escritos en los que defiende ideales humanitarios y la libertad de pensamiento».

En 1952, a los ochenta años, se unió en cuartas nupcias a Edith Finch, en brazos de quien murió pacíficamente en 1970, con noventa y ocho años.

Tras su muerte, el Trinity College de Cambridge, el que fue su segundo hogar, le rindió homenaje. Hoy podemos leer en sus muros una placa conmemorativa en su memoria que reza:

> El tercer conde Russell, O.M., profesor de este colegio, fue particularmente famoso como escritor intérprete de la lógica matemática. Abrumado por la amargura humana, en edad avanzada, pero con el entusiasmo de un joven, se dedicó enteramente a la preservación de la paz entre las naciones, hasta que finalmente, distinguido con numerosos honores y con el respeto de todo el mundo, encontró descanso a sus esfuerzos en 1970, a los 98 años de edad.
>
> Placa conmemorativa en el Trinity College de Cambridge

Pensamiento

En opinión de muchos, Bertrand Russell posiblemente haya sido el filósofo más influyente del siglo XX, al menos en los países

de habla inglesa, considerado junto con Gottlob Frege como uno de los fundadores de la Filosofía Analítica. Es también considerado uno de los dos lógicos más importantes del siglo XX, siendo el otro Kurt Gödel. Escribió sobre una amplia gama de temas, desde los fundamentos de las matemáticas y la teoría de la relatividad al matrimonio, los derechos de las mujeres y el pacifismo. También polemizó sobre el control de natalidad, la inmoralidad de las armas nucleares, y sobre las deficiencias en los argumentos y razones esgrimidos a favor de la existencia de Dios. En sus escritos hacía gala de un magnífico estilo literario plagado de ironías, sarcasmos y metáforas que le llevó a ganar el Premio Nobel de Literatura.

Filosofía analítica

Russell es reconocido como uno de los fundadores de la filosofía analítica, de hecho, inició diversas vías de investigación. A principios del siglo XX, junto con G.E. Moore, Russell fue responsable en gran medida de la «rebelión británica contra el idealismo», una filosofía influenciada en gran medida por Georg Hegel y su discípulo británico, F.H. Bradley. Esta rebelión tuvo repercusión 30 años después en Viena por la «rebelión en contra de la metafísica» de los positivistas lógicos. Russell estaba especialmente disgustado por la doctrina idealista de las relaciones internas, que mantiene que para conocer una cosa en concreto, debemos conocer antes todas sus relaciones. Russell mostró que tal postura haría del espacio, del tiempo, de la ciencia, y del concepto de número algo sin sentido. Russell, junto con Whitehead, continuó trabajando en ese campo de la lógica.

Russell y Moore se esforzaron para eliminar las suposiciones de la filosofía que encontraron absurdas e incoherentes, para llegar a ver claridad y precisión en la argumentación por el uso exacto del lenguaje y por la división de las proposiciones filosóficas en componentes más simples. Russell, en particular, vio la lógica y la ciencia como las principales herramientas del filósofo.

Por tanto, a diferencia de la mayoría de los filósofos que le precedieron a él y a sus contemporáneos, Russell no creía que hubiese un método específico para la filosofía. Él creía que la principal tarea del filósofo era clarificar las proposiciones más genéricas sobre el mundo y eliminar la confusión. En particular, quería acabar con los excesos de la metafísica. Russell adoptó los métodos de Guillermo de Ockham sobre el principio de evitar la multiplicidad de entidades para un mismo uso, la navaja de Ockham, como parte central del método de análisis y el realismo.

Teoría del conocimiento

La teoría del conocimiento de Russell atravesó muchas fases. Una vez que hubo desechado el neo-Hegelismo en su juventud, Russell se consolidó como un realista filosófico durante el resto de su vida, creyendo que nuestras experiencias directas tienen el papel primordial en la adquisición de conocimiento.

En su última etapa filosófica, Russell adoptó un tipo de «monismo neutral», sosteniendo que la diferenciación entre el mundo material y el mental era, en su análisis final, arbitraria, y que ambos pueden reducirse a una esfera neutral, un punto de vista similar al sostenido por el filósofo americano William James y que fue formulado por primera vez por Baruch Spinoza, muy admirado por Russell. Sin embargo, en lugar de la «experiencia pura» de James, Russell caracterizó la esencia de nuestros estados iniciales de percepción como «eventos», una postura curiosamente parecida a la filosofía de procesos de su antiguo profesor Alfred North Whitehead.

Ética

A pesar de que Russell escribió sobre numerosos temas éticos, no creía que la materia perteneciese a la filosofía, ni que lo escribiese en virtud de filósofo. En su etapa temprana, Russell estaba influenciado en gran medida por el *Principia Ethica* de

G.E. Moore. Junto con Moore, creía que los hechos morales eran objetivos, pero sólo conocidos a través de la intuición, y que eran simples propiedades de los objetos, no equivalentes (p.e. el placer es bueno) a los objetos naturales a los que habitualmente se les asocia (ver falacia naturalista), y que esas sencillas propiedades morales indefinibles no podían ser analizadas usando las propiedades no morales a las cuales se asociaban.

Con el tiempo, sin embargo, acabó estando con su héroe filosófico, David Hume, quien creía que los términos éticos manejados con valores subjetivos no podían ser verificados de la misma manera que los hechos tangibles. Junto con otras doctrinas de Russell, esto influyó a los positivistas lógicos, quienes formularon la teoría del emotivismo, que sostienen que las proposiciones éticas (junto con las pertenecientes a la metafísica) eran esencialmente sinsentidos, o como mucho, algo más que expresiones de actitudes y preferencias. A pesar de su influencia en ellos, Russell no interpretó las proposiciones éticas tan estrechamente como los positivistas: para él las consideraciones éticas no eran sólo significativas, sino que eran objeto de importancia vital para el discurso civil. De hecho, aunque Russell fue a menudo caracterizado como el abanderado de la racionalidad, él estaba de acuerdo con Hume, quien dijo que la razón debía estar subordinada a consideraciones éticas.

Atomismo lógico

Quizás el tratamiento de análisis filosófico más sistemático y metafísico se halle en su logicismo empirista, evidente en lo que él llamó Atomismo lógico, explicado en una serie de conferencias llamadas «La Filosofía del Atomismo Lógico». En esos discursos, Russell expone su concepto de un lenguaje ideal, isomórfico, uno que reflejaría el mundo, donde nuestro conocimiento puede ser reducido a términos de proposiciones atómicas y sus componentes de función de verdad (lógica matemática). Para Russell el atomismo lógico es una forma radical de empiris-

mo. El filósofo pensaba que el requerimiento más importante para tal lenguaje ideal era que cada proposición significativa se construyera con términos referentes directamente a los objetos que nos son familiares. Russell excluyó ciertos términos lógicos y formales como «todos» (*all*), «el» o «la» (*the*), «es» (*is*), y así otros, de su requisito isomórfico, pero nunca estuvo completamente satisfecho respecto de nuestra comprensión de tales términos.

Uno de los temas centrales del atomismo de Russell es que el mundo consiste de hechos lógicamente independientes, una pluralidad de hechos, y que nuestro conocimiento depende de los datos de nuestra experiencia directa con ellos.

Más tarde en su vida, Russell comenzó a dudar de los aspectos del atomismo lógico, especialmente su principio de isomorfismo, aunque continuó creyendo que la tarea de la filosofía debiera consistir en desmenuzar los problemas en sus componentes más simples, aunque nunca alcanzaríamos la última verdad (hecho) atómica.

Lógica y filosofía de las matemáticas

Russell tuvo una gran influencia en la lógica matemática moderna. El filósofo y lógico norteamericano Willard Quine dijo que el trabajo de Russell representaba la más grande influencia sobre su propio trabajo.

El primer libro matemático de Russell, *Ensayo Sobre los Fundamentos de la Geometría* (*An Essay on the Foundations of Geometry*), fue publicado en 1897. Este trabajo fue fuertemente influenciado por Immanuel Kant. Russell pronto se dio cuenta de que el concepto aplicado haría imposible el esquema espacio-tiempo de Albert Einstein, al cual consideraba como superior a sus propios sistemas. Desde ahí en adelante, rechazó todo el programa de Kant en lo relacionado a las matemáticas y a la geometría, y sostuvo que su trabajo más temprano en esa materia carecía de valor.

Interesado en la definición de número, Russell estudió los trabajos de George Boole, Georg Cantor y Augustus De Morgan, y en los Archivos Bertrand Russell en la Universidad McMaster se encuentran notas de sus lecturas de lógica algebraica por Charles Sanders Peirce y Ernst Schröder. Se convenció de que los fundamentos de matemáticas serían encontrados en la lógica, y siguiendo a Gottlob Frege aplicó un acercamiento extensionista en donde la lógica a su vez se basaba en la teoría de conjuntos. En 1900 participó en el Primer Congreso Internacional de Filosofía en París, donde se familiarizó con el trabajo del matemático italiano Giuseppe Peano. Se convirtió en un experto del nuevo simbolismo de Peano y su conjunto de axiomas para la aritmética. Peano definió lógicamente todos los términos de estos axiomas con la excepción de 0, número, sucesor y el término singular «el» (*the*), los que eran primitivos de su sistema. Russell se dio a la tarea de encontrar definiciones lógicas para cada uno de éstos. Entre 1897 y 1903 publicó varios artículos aplicando la notación de Peano en el álgebra clásica de relaciones de Boole-Schröder, entre ellos «Acerca de la Noción del Orden», «*Sur la Logique des Rélations avec les Applications à la Théorie des Séries*», y «Acerca de los Números Cardinales».

Russell al final descubrió que Gottlob Frege había llegado de forma independiente a definiciones equivalentes para «0», «sucesor» y «número»; la definición de número es actualmente referida como la definición Frege-Russell. En gran manera fue Russell quien trajo a Frege a la atención del mundo angloparlante. Hizo esto en 1903, cuando publicó *Principia mathematica*, en el cual el concepto de «clase» es inextricablemente ligado a la definición de «número». El apéndice de este trabajo detallaba una paradoja surgida en la aplicación de Frege para las funciones de segundo —y más alto— orden que tomaban funciones de primer orden como argumento, para luego ofrecer su primer esfuerzo en resolver lo que luego sería conocida como la paradoja de Russell. Antes de

escribir *Principios*..., Russell se había enterado de la prueba de Cantor sobre que no existía el número cardinal más grande, lo que Russell consideraba un error. La Paradoja Cantor a su vez fue considerada (por ejemplo, por Crossley) como un caso especial de la Paradoja de Russell. Esto hizo que Russell analizara las clases, donde era sabido que dado cualquier número de elementos, el número de clases resultantes es mayor que su número. Esto, a su vez, llevó al descubrimiento de una clase muy interesante, llamada la clase de todas las clases. Contiene dos tipos de clases: aquellas clases que se contienen a sí mismas, y aquellas que no. La consideración de esta clase lo llevó a encontrar una falta grave en el llamado principio de comprensión, el cual ya había sido asumido por los lógicos de la época. Demostró que resultaba en una contradicción, donde Y es un miembro de Y, sí, y sólo sí, Y no es un miembro de Y. Ésta se ha llegado a conocer como la Paradoja de Russell. La solución de ella fue esbozada en un apéndice de *Principios*..., y más tarde desarrollada como una teoría completa, la Teoría de los Tipos. Aparte de exponer una mayor inconsistencia en la teoría intuitva de conjuntos, el trabajo de Russell condujo directamente a la creación de la Teoría axiomática de conjuntos. Esto paralizó el proyecto de Frege de reducir la aritmética a lógica. La Teoría de los Tipos y mucho del trabajo subsecuente de Russell han encontrado aplicaciones prácticas en las ciencias de la computación y la tecnología de la información.

Russel continuó defendiendo el logicismo, la visión de que la matemática es, en un sentido importante, reducible a la lógica, y junto a su ex-profesor Alfred North Whitehead, escribió la monumental *Principios de las Matemáticas*, un sistema axiomático en el cual todas las matemáticas pueden ser fundadas. El primer volumen de *Principios*... fue publicado en 1910, y es en gran manera atribuido a Russell. Más que ningún otro trabajo, estableció la especialidad de la lógica matemática o simbólica. Dos volúmenes

más fueron publicados, pero su plan original de incorporar la geometría en un cuarto volumen nunca fue llevada a cabo, y Russell nunca mejoró los trabajos originales, aunque se refirió a nuevos desarrollos y problemas en su prefacio de la segunda edición. Al completar *Principios…*, tres volúmenes de extraordinario razonamiento abstracto y complejo, Russell estaba exhausto, y nunca sintió recuperar completamente sus facultades intelectuales de tal esfuerzo realizado. Aunque *Principios…* no cayó presa de las paradojas de Frege, más tarde fue demostrado por Kurt Gödel que ni *Principios de las Matemáticas*, ni otro sistema consistente de aritmética recursiva primitiva podría, dentro de ese sistema, determinar que cada proposición que pudiera ser formulada dentro de ese sistema era decidora, esto es, podría decidir si esa proposición o su negación era demostrable dentro del sistema (Teorema de la incompletitud de Gödel).

El último trabajo significativo de Russel en matemáticas y lógica, *Introducción a la Filosofía Matemática*, fue escrito a mano mientras estaba en la cárcel por sus actividades antibélicas durante la Primera Guerra Mundial. Este trabajo fue principalmente una explicación de su obra previa y su significado filosófico.

Filosofía del lenguaje

Russell no fue el primer filósofo en sugerir que el lenguaje tenía una importante significancia en cómo entendemos el mundo; sin embargo, más que nadie antes que él, Russell hizo del lenguaje, o más específicamente, cómo utilizamos el lenguaje, una parte central de la filosofía. Sin Russell, parece improbable que filósofos tales como Ludwig Wittgenstein, Gilbert Ryle, J.L. Austin y P.F. Strawson, entre otros, se hubieran embarcado por el mismo rumbo, ya que mucho de lo que ellos hicieron fue amplificar o responder, a veces de modo crítico, a lo que Russell había dicho antes que ellos, usando muchas de las técnicas que él desarrolló originalmente. Russell, en conjunto con Moore, compartía la idea de que la claridad de expresión era una virtud, una

noción que desde entonces ha sido un punto de referencia para los filósofos, particularmente entre los que tratan con la filosofía del lenguaje.

Quizás la contribución más significativa de Russell a la filosofía del lenguaje es su Teoría de las descripciones, presentada en su ensayo «On Denoting», publicado por primera vez en 1905 en la revista de filosofía *Mind*, que el matemático y filósofo Frank P. Ramsey describió como «un paradigma de filosofía». La teoría es normalmente ilustrada utilizando la frase «El actual rey de Francia», como en «El actual rey de Francia es calvo». ¿Sobre qué objeto se trata esta proposición, dado que no existe en la actualidad un rey de Francia? (El mismo problema surgiría si hubiera dos reyes de Francia en la actualidad: ¿a cuál de ellos se refiere «El» rey de Francia?). Alexius Meinong había sugerido que debemos asumir la existencia de un reino de «entidades no-existentes» que podamos suponer sobre las que nos estamos refiriendo cuando usamos expresiones como ésa; pero esto sería una teoría extraña, por decirlo al menos. Frege, empleando su distinción entre sentido y referencia, sugirió que tales frases, aunque significativas, no eran ni verdaderas ni falsas. Pero algunas de esas proposiciones, tales como «Si el actual rey de Francia es calvo, entonces el actual rey de Francia no tiene cabello en su cabeza», no parece sólo verdadera en su valor sino en efecto obviamente verdadera.

El problema es general a lo que son llamadas las «descripciones definidas». Normalmente esto incluye todos los términos comenzando con «el», y algunas veces incluye nombres, como «Walter Scott» (este punto es bastante controvertido: Russell a veces pensaba que estas últimas no deberían ser llamadas con ningún nombre, sino sólo «descripciones definidas encubiertas»; sin embargo, en trabajos posteriores han sido tratadas completamente como cosas diferentes). ¿Cuál es la «forma lógica» de las descripciones definidas: cómo, en los términos de Frege, las po-

dríamos parafrasear de modo de mostrar cómo la verdad de ese todo depende de las verdades de las partes? Las descripciones definidas aparecen como nombres que por su propia naturaleza indican exactamente una cosa, ni más ni menos. ¿Quiénes, entonces, somos nosotros para decir algo sobre la proposición como un todo si una de sus partes aparentemente no está funcionando correctamente?

La solución de Russell fue, antes que todo, analizar no el término por sí solo, sino la proposición entera que contenía una descripción definida. «El actual rey de Francia es calvo», entonces sugirió, puede ser replanteado como «Existe un x tal que es el actual rey de Francia, nada más que x es el actual rey de Francia, y x es calvo». Russell exigía que cada descripción definida, en efecto contuviera una afirmación de existencia y una afirmación de unicidad, y que pudieran ser descompuestas y tratadas separadamente de la afirmación que es el contenido obvio de la proposición. La proposición como un todo entonces dice tres cosas sobre algún objeto: la descripción definida contiene dos de ellas y el resto de la frase contiene la restante. Si el objeto no existe, o si no es único, entonces la frase completa resulta ser falsa, aunque no sin sentido.

Una de las mayores quejas en contra de la teoría de Russell, debida originalmente a Strawson, es que las descripciones definidas no exigen que su objeto exista, ellas sólo presuponen que sí. Strawson también señala que una frase que no indica nada puede ser supuesta a seguir el rol del «valor verdadero invertido» de Widgy y expresa el significado contrario de la frase pensada. Esto puede ser mostrado utilizando el ejemplo de «El actual rey de Francia es calvo». Aplicando la metodología del valor verdadero invertido el significado de esta frase se convierte en «Es verdad que no existe un actual rey de Francia que es calvo» que cambia el significado de «El actual rey de Francia» de uno principal a uno secundario.

Wittgenstein, estudiante de Russell, logró una considerable prominencia en la filosofía del lenguaje luego de la publicación póstuma de *Investigaciones Filosóficas*. Según la opinión de Russell, el trabajo más tardío de Wittgenstein no fue dirigido correctamente, y desacreditó su influencia y a seguidores (especialmente los miembros de la llamada «escuela de Oxford» de la filosofía del lenguaje ordinario, a quienes los veía como promotores de una especie de misticismo). La creencia de Russell en que la tarea de la filosofía no está limitada a examinar el lenguaje común u ordinario es nuevamente aceptada ampliamente en filosofía.

Filosofía de la ciencia

Russell afirmaba con frecuencia que estaba más convencido de su método de hacer filosofía, el método del análisis, más que de sus conclusiones filosóficas. La ciencia, por supuesto, era uno de los componentes principales del análisis, junto a la lógica y las matemáticas. Si bien Russell era un creyente del método científico, el conocimiento derivado de la investigación empírica que es verificada a través de pruebas repetidas, pensaba que la ciencia sólo obtiene respuestas provisionales, y que el progreso científico se construye poco a poco, tratando de encontrar unidades orgánicas considerablemente útiles. Y pensaba lo mismo de la filosofía. Otro fundador de la filosofía moderna de la ciencia, Ernst Mach, le daba menos confianza al método, por sí mismo, pues creía que cualquier método que producía resultados predecibles era satisfactorio y que el rol principal del científico era hacer predicciones exitosas. Aunque Russell, sin dudarlo, estaría de acuerdo con esto como un asunto práctico, sostenía que el objetivo fundamental de la ciencia y la filosofía era comprender la realidad, y no simplemente hacer predicciones.

El hecho de que Russell hiciera de la ciencia una parte central de su método y filosofía, fue instrumental en hacer de la filosofía de la ciencia una rama completa y separada en la filosofía, y un área en que filósofos subsiguientes se especializaron. Mucho del

pensamiento de Russell acerca de la ciencia se expone en su libro de 1914, *Nuestro Conocimiento del Mundo Exterior* (*Our Knowledge of the External World as a Field for Scientific Method in Philosophy*). Entre las diversas escuelas que fueron influenciadas por Russell estuvieron los positivistas lógicos, particularmente Rudolph Carnap, quien mantenía que la característica distintiva de las proposiciones científicas era su verificabilidad. Esto contrastaba con la teoría de Karl Popper, también muy influenciado por Russell, que sostenía que su importancia descansaba en el hecho de que ellas eran potencialmente falsificables.

Vale hacer notar que, fuera de las búsquedas estrictamente filosóficas, Russell siempre se sentía fascinado por la ciencia, particularmente la física, e incluso fue el autor de varios libros de ciencia populares, como *El ABC de los Átomos* de 1923 (*The ABC of Atoms*) y *El ABC de la Relatividad* (*The ABC of Relativity*) de 1925.

Religión y teología

La perspectiva ética de Russell y su valor personal para enfrentar controversias, ciertamente fueron formadas por su crianza y educación religiosa, principalmente la dada por su abuela paterna, que lo instruyó con el precepto bíblico «No sigas a la mayoría para obrar mal» (*Thou shall not follow a multitude to do evil), Éxodo* 23:2, algo que —según el propio Russell— lo había influido de por vida.

Sin embargo, en su vida adulta, Russell pensaba que era muy improbable que existiera un dios, y sostenía que la religión era poco más que superstición.

En su discurso de 1949, «¿Soy un ateo o un agnóstico?» (*Am I an Atheist or an Agnostic?*), Russell expresaba su dificultad sobre si llamarse a sí mismo un ateo o un agnóstico:

> Como filósofo, si estuviera dirigiéndome a una audiencia puramente filosófica, debería decir que tendría la obligación de describirme a mí mismo como un agnóstico, porque no creo que haya un argumento concluyente con el cual uno de-

muestre que no hay un Dios. Por otra parte, si voy a expresar la idea correcta al hombre común en la calle, pienso que tendría que decir que soy un ateo, porque cuando digo que no puedo probar que no existe un Dios, debería igualmente agregar que no puedo probar que no existen los dioses homéricos.

Bertrand Russell, *Collected Papers*, vol. 11, p. 91.

Aunque más tarde cuestionaría la existencia de Dios, en sus años de estudiante, aceptaba completamente el Argumento ontológico:

Durante tres o cuatro años fui un hegeliano. Recuerdo el momento exacto en el que adopté esta doctrina, fue en 1894, mientras caminaba por Trinity Lane —en la Universidad de Cambridge donde Russell estudiaba—, había salido a comprar una lata de tabaco, a la vuelta la lancé repentinamente al aire, y exclamé «¡Cáspita, el argumento ontológico es sólido!».

Bertrand Russell, *Autobiografía de Bertrand Russell*, 1967.

Esta cita ha sido utilizada a lo largo de los años por muchos teólogos, tales como Louis Pojman en *Filosofía de la Religión*, para convencer a los lectores de que incluso un conocido filósofo ateo defiende este agumento de la existencia de Dios.

Sin embargo, el mismo Russell también menciona en la susodicha autobiografía:

No creía en la vida en el más allá, pero sí creía en Dios, pues el argumento de primera causa, me parecía irrefutable. Pero a la edad de dieciocho años, poco antes de ingresar en Cambridge, leí la autobiografía de John Stuart Mill, en la cual explicaba cómo su padre le enseñó que no se puede preguntar «¿Quién me creó?», ya que esta pregunta conllevaría la de «¿Quién creó a Dios?». Esto me llevó a abandonar el argumento de la primera causa y a comenzar a ser un ateo.

Bertrand Russell, *Autobiografía de Bertrand Russell*, 1967.

Russell hizo también un influyente análisis de la Hipótesis Omphalos (Omphalos Hypothesis) enunciada por Philip Henry Gosse, de que cualquier argumento que defienda que el mundo fue creado ya en movimiento, (Dios habría creado un mundo ya evolucionado, con montañas, desfiladeros, o el ejemplo del ombligo, *Omphalos* en griego, en Adán y Eva) podría aplicarse tanto a un planeta Tierra de unos cuantos miles de años de edad así como a uno originado hace cinco minutos:

No hay imposibilidad lógica en la hipótesis de que el mundo se creó hace cinco minutos, con una población que «recuerda» un pasado completamente irreal.

No hay una conexión necesaria lógicamente entre eventos de épocas distintas; por lo tanto, nada de lo que sucede ahora o sucederá en el futuro puede refutar la hipótesis de que el mundo comenzó hace cinco minutos.

Bertrand Russell, *El Análisis de la Mente* (*The Analysis of Mind*), 1921, pp. 159-60; cf. *Filosofía* (*Philosophy*), Norton, 1927, p. 7, donde Russell reconoce la paternidad de Gosse en el argumento anti-evolucionario.

Cuando joven, Russell tuvo una inclinación decididamente religiosa, como es evidente en el platonismo de su época más temprana. Anhelaba verdades absolutas, como lo deja claro en su famoso ensayo *A Free Man's Worship*, ampliamente considerado como una obra maestra en prosa, pero una obra que llegó a desagradar al propio Russell. Mientras rechazaba lo sobrenatural, admitía libremente que ansiaba un significado más profundo de la vida.

Las opiniones de Russell sobre religión pueden ser encontradas en su conocido libro *Por qué no soy cristiano y otros ensayos* (*Why I Am Not a Christian and Other Essays on Religion and Related Subjects*). El título fue una charla dada el 6 de marzo de 1927, que un año después fue publicada como libro. Este texto contiene además otros ensayos en los cuales Russell considera un número de argumentos lógicos para la no existencia de Dios, incluyendo el argumento cosmológico o de primera causa, el argumento de ley natural, el argumento teológico, y argumentos morales.

Su conclusión:

La religión se basa, creo yo, primeramente en el miedo. Es en parte el terror hacia lo desconocido, como ya he dicho, el anhelo de sentir que se tiene un como hermano mayor que siempre te protege y está ahí. […] Un buen mundo necesita conocimiento, bondad y coraje; no necesita una añoranza lastimosa del pasado o el lastre al libre uso de la inteligencia de palabras dichas hace mucho tiempo por gentes ignorantes.

Bertrand Russell, *Por qué no soy cristiano y otros argumentos morales*

Opiniones prácticas

Russell escribió algunos libros sobre asuntos éticos prácticos tales como el matrimonio. Sus opiniones en este campo son libe-

rales. Argumenta que las relaciones sexuales fuera del matrimonio son relativamente aceptables. En su libro *Sociedad Humana, Ética y Política* (*Human Society in Ethics and Politics*) de 1954, aboga en favor de la perspectiva de que deberíamos atender los asuntos morales desde el punto de vista de los deseos de los individuos. Los individuos pueden hacer lo que ellos quieran, siempre y cuando no existan deseos incompatibles entre individuos diferentes. Los deseos no son malos en sí mismos, pero en ocasiones sí lo son su poder o consecuencias reales. Russell también escribe que el castigo es importante sólo en un sentido instrumental, y no debería utilizarse nunca sin justificación.

Influencia en la filosofía

Sería difícil ponderar la influencia de Russell sobre la filosofía moderna, especialmente en el mundo angloparlante. Si bien otros también fueron notablemente influyentes, Frege, Moore y Wittgenstein, más que ninguna otra persona Russell hizo del análisis la aproximación dominante hacia la filosofía. Contribuyó prácticamente en todas las áreas desde la misma metodología: abogando siempre por el análisis y alertando a los filósofos de las trampas del lenguaje, sentando así el método y las motivaciones de la filosofía analítica y siendo, si no el fundador, sí al menos el principal promotor de las mayores ramas y temas de ésta, incluyendo varias versiones de la filosofía del lenguaje, análisis lógico formal, y la filosofía de la ciencia. Varios movimientos analíticos del último siglo se los debemos a los primeros trabajos de Russell. Sus contribuciones de contenido incluyen su innegable artículo maestro «Sobre el Denotar» y una serie de libros y artículos en problemas desde la filosofía de las matemáticas, la metafísica, la epistemología, la inferencia científica y la ética a una serie de enfoques interesantes y fértiles al problema mente-cuerpo, enfoques discutidos hoy en día por variedad de filósofos importantes como David Chalmers, Michael Lockwood, Thomas Nagel, Grover Maxwell, Mario Bunge, etc.

La influencia de Russell sobre cada filósofo es particular, y quizás esto se note más en el caso de Ludwig Wittgenstein, quien fue su alumno entre 1911 y 1914. También hay que observar que Wittgenstein ejerció considerable influencia sobre Russell, especialmente al mostrarle el camino para llegar a concluir, a su pesar, que las verdades matemáticas eran sólo verdades tautológicas. La evidencia de la influencia de Russell sobre Wittgenstein pueder ser vista por todas partes en el *Tractatus*, en cuya publicación Russell contribuyó. Russell también ayudó en garantizar el doctorado de Wittgenstein junto a una posición en la facultad de Cambridge, además de varias becas. Sin embargo, como se menciona previamente, Russell más tarde llegó a disentir de la aproximación lingüística y analítica hacia la filosofía de Wittgenstein, mientras Wittgenstein llegó a pensar de Russell como «superficial», particularmente en sus escritos más populares. La influencia de Russell también es evidente en el trabajo de A.J. Ayer, Carnap, Kurt Gödel, Karl Popper, W.V. Quine, y otros filósofos y lógicos.

Algunos ven la influencia de Russell como negativa, principalmente aquellos que han sido críticos de su énfasis en la ciencia y la lógica, la consiguiente debilitación de la metafísica, y su insistencia en que la ética yace fuera de la filosofía. Los admiradores y detractores de Russell generalmente están más al tanto de sus pronunciamientos sobre asuntos políticos y sociales (llamado «periodismo» por algunos, como Ray Monk), que de su trabajo técnico y filosófico. Entre los no-filósofos, hay una tendencia marcada en fusionar estos temas, y juzgar a Russell como filósofo por lo que él ciertamente consideraría eran sus opiniones no-filosóficas. Russell con frecuencia recalcaba a las personas esta diferencia.

Russell dejó un gran surtido de escritos. Desde la adolescencia, escribió cerca de 3000 palabras por día, con pocas correcciones; su primer borrador casi siempre era muy cercano a su últi-

mo borrador, aún en los temas técnicos más complejos. Su trabajo previo no publicado es una inmensa colección de tesoros, del cual los especialistas continúan adquiriendo nuevas visiones del pensamiento de Russell.

Influencia en la matemática

En matemáticas su gran contribución es la indudablemente importante *Principia Mathematica* con Alfred North Whitehead, libro en tres volúmenes donde, a partir de ciertas nociones básicas de la lógica y la teoría de conjuntos, se pretendía deducir la totalidad de las matemáticas. Kurt Gödel echó abajo la pretendida demostración, mostrando así el poder de los lenguajes formales, la posibilidad de modelar las matemáticas y la fertilidad de la lógica. Un libro profundamente influyente e importante que contribuyó al desarrollo de la lógica, la teoría de conjuntos, la inteligencia artificial y la computación, así como a la formación de pensadores de la talla de David Hilbert, Ludwig Wittgenstein, Alan Turing, Willard Van Orman Quine y Kurt Gödel.

Activismo de Bertrand Russell

El activismo social y político ocupó gran parte del tiempo de Russell durante su larga vida, lo que hace más remarcables sus escritos sobre un gran rango de temas técnicos y no técnicos.

Russell permaneció políticamente activo hasta el final, escribiendo y exhortando a los líderes mundiales, además de prestar su nombre a numerosas causas. Algunos afirman que durante sus últimos años él dio a sus jóvenes seguidores demasiada licencia y que ellos utilizaron su nombre para ciertos propósitos absurdos que un Russell más atento no hubiera aprobado. Existe evidencia que muestra que él se dio cuenta de esto cuando despidió a su secretario privado, Ralph Schoenman, entonces un joven revolucionario de la izquierda radical.

Pacifismo, guerra y armas nucleares

Russell nunca fue un total pacifista; en su artículo de 1915 «La Ética de la Guerra» (*The Ethics of War*), defendió las guerras de colonización sobre tierras de uso útil, cuando una civilización más avanzada podría administrar la tierra dándole un mejor uso. Sin embargo, se opuso casi a todas las guerras entre naciones modernas. Su activismo en contra de la participación británica en la Primera Guerra Mundial le hizo perder su membresía en el Trinity College, Cambridge. Fue sentenciado a prisión por aconsejar a jóvenes sobre cómo evitar el servicio militar. Fue liberado después de seis meses. En 1943 Russell llamó a su postura «pacifismo político relativo»: sostuvo que la guerra era un mal enorme, pero en algunas circunstancias particulares extremas (tales como cuando Adolf Hitler amenazó tomar posesión de Europa) podría ser el menor de múltiples males. En los años cercanos a la Segunda Guerra Mundial, apoyó la política de apaciguamiento; pero en 1940 reconoció que para preservar la democracia, Hitler tendría que ser derrotado. Este mismo compromiso reluctante fue compartido por Alan Alexander Milne, conocido de Russell.

Russell se opuso al uso y posesión de armas nucleares, pero pudo no haber tenido siempre esa opinión. El 20 de noviembre de 1948, durante un discurso público en la Escuela de Westminster, conmocionó a algunos observadores con comentarios que parecían sugerir que un ataque nuclear preventivo a la Unión Soviética sería justificado. Russell aparentemente discutía que la amenaza de guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética permitiría a los Estados Unidos forzar a los soviéticos a aceptar el Plan Baruch para el control internacional de energía atómica. A principios de ese año había escrito a Walter W. Marseille en ese mismo tono. Russell sintió que ese plan «había tenido grandes méritos y demostró una generosidad considerable, cuando se tiene presente que Estados Unidos aún tenía un monopolio nuclear intacto» (*Has Man a Future?*, 1961). Sin embargo, Nicholas Griffin, de la Universidad de McMaster, en su libro *The Selected*

Letters of Bertrand Russell: The Public Years, 1914-1970 señala (luego de haber conseguido una transcripción del discurso) que los términos de Russell implican que él no defendió el uso de la bomba atómica, sino simplemente su uso diplomático como una fuente poderosa de influencia sobre las acciones de los soviéticos. La interpretación de Griffin fue debatida por Nigel Lawson, anterior Canciller británico, que estuvo presente en el discurso, y quien señala que fue muy claro para la audiencia que Russell estaba apoyando un primer ataque. Cualquiera sea la interpretación correcta, Russell luego abogó fuertemente por un desarme por parte de los poderes nucleares.

En 1955 Russell dio a conocer el Manifiesto Russell-Einstein, firmado en conjunto con Albert Einstein y otros nueve líderes científicos e intelectuales, un documento que desembocó en la Conferencia Pugwash en 1957.

En 1958 se convirtió en el primer presidente de la Campaña de Desarme Nuclear (CDN). Renunció dos años más tarde cuando la CDN no apoyó la desobediencia civil, y formó el Comité de los 100. En 1961, ya casi cerca de los noventa años, fue encarcelado por una semana por incitar a la desobediencia civil, en conexión con protestas en el Ministerio de Defensa del Reino Unido y en Hyde Park, Londres.

Muy preocupado sobre el peligro potencial para la humanidad debido a las armas nucleares y otros descubrimientos científicos, también se unió a Einstein, Oppenheimer, Rotblat y otras eminencias en el ámbito científico del momento para establecer la Academia Mundial de Arte y Ciencia constituida en 1960.

En 1962, a los 90 años, medió en la crisis de los misiles de Cuba para evitar que se desatara un ataque militar, escribiendo cartas a John F. Kennedy, Nikita Jrushchov, al Secretario General de las Naciones Unidas U Thant y al primer ministro británico Harold Macmillan, quienes pudieron haber ayudado a prevenir

el avance del conflicto y una posible guerra nuclear, y siendo intermediario en sus respuestas mutuas. Organizó con Albert Einstein un manifiesto que dio vida a las Conferencias de Pugwash, ante la amenaza de una guerra nuclear y pasó los últimos quince años de su vida haciendo campaña en contra de la fabricación de armas nucleares. En esto seguía el consejo que había dado a un entrevistador, diciéndole que el deber del filósofo en esos tiempos era evitar a toda costa un nuevo holocausto, la destrucción de la humanidad.

La Fundación para la Paz Bertrand Russell comenzó a funcionar en 1963, a fin de llevar adelante el trabajo de Russell por la paz, los derechos humanos y la justicia social. Comenzó su oposición pública hacia la política de Estados Unidos en Vietnam, con una carta al *New York Times* con fecha 28 de marzo de 1963. En el otoño de 1966 ya había completado el manuscrito de *Crímenes de guerra en Vietnam*. Luego, utilizando las justificaciones estadounidenses para los Juicios de Nuremberg, Russell y Jean-Paul Sartre organizaron lo que él mismo llamó un Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra, conocido como el Tribunal Russell.

Russell, desde un comienzo, fue crítico con la historia oficial en el asesinato de John F. Kennedy. Su escrito *16 Preguntas sobre el asesinato* de 1964 es aún considerado un buen resumen de las aparentes inconsistencias del caso.

Russell apareció en un *film* interpretándose a sí mismo en la película india antibélica *Aman* que fue presentada en India en 1967. Ésta fue la única aparición de Russel en un *film*.

Comunismo y socialismo

Russell inicialmente expresó tener mucha esperanza en el «experimento comunista». Sin embargo, cuando visitó la Unión Soviética y se reunió con Lenin en 1920, encontró el sistema imperante poco impresionante. A su regreso escribió un tratado críti-

co llamado *La Práctica y Teoría del Bolchevismo* (*The Practice and Theory of Bolshevism*). Él estaba «infinitamente descontento en esta atmósfera sofocada por su utilitarismo, su indiferencia hacia el amor y belleza y el vigor del impulso». Para Russell, Lenin era un hombre que se pretendía científico y que presumía de actuar siguiendo las leyes de la historia, pero no veía en él ninguna traza de ciencia. Los seguidores de Lenin eran, para Russell, creyentes, fundamentalistas y fanáticos. Afirmaba ver algo interesante en su fanatismo, pero nada que ver con las leyes de la historia, que para Russell estaban subordinadas a la ciencia como único método de análisis. Creía que Lenin era similar a un fanático religioso, frío y poseído por un «desamor a la libertad».

Políticamente, Russell imaginaba un tipo benévolo de socialismo afirmando su simpatía por el socialismo libertario o anarquismo, similar en algunas formas, aún poseyendo diferencias importantes, al concepto promovido por la Sociedad Fabiana. De esta fusión de criterios surge en los años 20 su respaldo al socialismo gremial, una forma de socialismo individualista/cooperativo y antiestatal, de mando distribuido y no centralizado.

Russell criticaba fuertemente el régimen de Stalin, y las prácticas de los estados que se proclamaban marxistas y comunistas. Siempre fue un entusiasta consistente de la democracia y el gobierno mundial, y abogaba por el establecimiento de un gobierno internacional democrático en algunos de los ensayos reunidos en *In Praise of Idleness* (1935), y también en *Has Man a Future?* (1961).

> Quien cree como yo, que el intelecto libre es la principal máquina del progreso humano, no puede sino oponerse fundamentalmente al Bolchevismo tanto como a la Iglesia de Roma. Las esperanzas que inspiran al comunismo son, en lo principal, tan admirables como aquellas inculcadas por el Sermón de la Montaña, pero ellas se sostienen fanáticamente y son igual de probables de hacer tanto daño como ellas.
>
> Bertrand Russell, *La Práctica y Teoría del Bolchevismo*, 1920.

> Por mi parte, mientras soy un socialista convencido tanto como el más ardiente marxista, no considero al Socialismo como un evangelio de venganza proleta-

ria, ni siquiera, principalmente, como un medio de asegurar justicia económica. Lo considero principalmente como un ajuste a la máquina de producción requerido por consideraciones de sentido común, y calculadas para incrementar la felicidad, no sólo del proletariado, sino de todos excepto una minoría pequeña de la raza humana.

Bertrand Russell, «The Case for Socialism», (*In Praise of Idleness*, 1935).

Métodos modernos de producción nos han dado la posibilidad de bienestar y seguridad para todos; hemos escogido, en vez, tener sobrecarga de trabajo para algunos y hambruna para el resto. Hasta ahora hemos continuado siendo tan enérgicos como éramos antes que hubieran máquinas; en esto hemos sido estúpidos, pero no hay razón para que sigamos siendo estúpidos por siempre.

Bertrand Russell, *In Praise of Idleness*, 1935.

Llego a la conclusión de que, tanto hoy como en tiempos de Locke, el liberalismo empirista (que no es incompatible con el socialismo democrático) es la única filosofía que puede ser adoptada por el hombre que, por una parte, demande alguna evidencia científica a sus convicciones y, por otra parte, desee la felicidad humana por encima de la prevalencia de cualquier partido o credo.

Bertrand Russell, *Unpopular Essays*, 1950.

Sufragio femenino

Cuando era joven, Russell fue miembro del Partido Liberal del Reino Unido y se mostró en favor del libre comercio y el voto femenino. En su panfleto de 1910, «Ansiedades Anti-Sufragio» (*Anti-Suffragist Anxieties*), Russell escribió que algunos hombres se oponen al sufragio porque «temen que su libertad para actuar de maneras que son ofensivas hacia las mujeres sea reducida». En 1907 se presentó a las elecciones para apoyar esta causa, pero perdió por un alto margen.

Sexualidad

Russell escribió en contra de las nociones victorianas sobre moralidad. En *Matrimonio y Moral* (1929) expresó su opinión sobre que el sexo entre un hombre y una mujer que no están casados entre sí no es necesariamente inmoral si ellos realmente se aman, y defendió los «matrimonios experimentales» o «matrimonios de compañía», relaciones formalizadas donde jóvenes podían tener de forma legítima relaciones sexuales sin esperar permanecer casados a largo plazo o tener hijos (una idea propuesta por primera vez por el juez y reformador social norteamericano

Ben Lindsey). Esto puede no parecer extraño hoy en día, pero fue suficiente para desencadenar acaloradas protestas y fuertes denuncias en su contra durante su visita a los Estados Unidos poco después de la publicación del libro. Russell también estuvo adelantado a su época al apoyar una educación sexual abierta y un amplio acceso a métodos anticonceptivos. También apoyó el divorcio fácil, pero sólo si el matrimonio no había tenido hijos —la visión de Russell era que los padres deberían permanecer casados pero tolerantes hacia las infidelidades del otro—. Esto reflejaba su vida en ese momento —su segunda esposa Dora tenía públicamente un amante, y pronto quedaría embarazada del mismo, pero Russell deseaba que sus hijos John y Kate tuviesen una vida familiar «normal».

Russell participaba activamente dentro de la Sociedad de la Reforma de la Ley Homosexual, siendo uno de los signatarios de la carta de Anthony Edward Dyson que hacía un llamamiento por un cambio en la ley referente a las prácticas homosexuales.

Raza

Así como las ideas de Russell sobre religión evolucionaron a lo largo de su vida, su visión en el tema de la raza tampoco permaneció inalterable. Por 1951, Russell abogaba por la igualdad racial y el matrimonio interracial. De su autoría en «Antagonismo Racial» (*Racial Antagonism*) en *New Hopes for a Changing World* (1951), se lee lo siguiente:

> A veces se estipula que la mezcla racial es indeseable. No existe evidencia alguna para tal opinión. No existe, aparentemente, ninguna razón para pensar que los negros son congénitamente menos inteligentes que los blancos, pero eso será difícil de juzgar hasta que ellos tengan las mismas oportunidades y buenas condiciones sociales.
>
> Bertrand Russell, *New Hopes for a Changing World* (London: Allen & Unwin, 1951, p. 108).

Pasajes en algunos de sus primeros escritos apoyan el control de la natalidad. En Noviembre 16 de 1922, por ejemplo, dio una conferencia en la Reunión General perteneciente a la Sociedad

por un Control de la Natalidad y Progreso Racial Constructivo, donde describió la importancia de extender el control de natalidad de Occidente por todo el mundo; sus observaciones anticiparon el movimiento por el control de la población de los años 60 y el rol de las Naciones Unidas.

> Esta política puede durar algún tiempo, pero al final vamos a tener que ceder el paso: sólo estamos posponiendo el momento; el único remedio verdadero es el control de la natalidad, que es conseguir que las gentes del mundo se limiten a la cantidad de hijos que puedan mantener en su propia tierra… No veo cómo podemos tener la esperanza permanente de ser lo suficientemente fuertes como para mantener las razas de color por fuera; tarde o temprano están obligados al desbordamiento, por lo que lo mejor que podemos hacer es esperar que las naciones vean la sabiduría de Control de la natalidad… Necesitamos una autoridad internacional fuerte.
>
> «Lecture by the Hon. Bertrand Russell», *Birth Control News*, vol. 1, n.° 8 (December 1922), p. 2.

Otro pasaje de las ediciones más tempranas de su libro *Matrimonio y Moral* (1929), que Russell más tarde aclaró como referencia sólo a la situación resultante del condicionamiento ambiental, el cual había eliminado de ediciones más tardías, dice lo siguiente:

> En casos extremos puede existir poca duda de la superioridad de una raza sobre otra… No existe motivo razonable para considerar a los negros inferiores como término medio respecto a los blancos, aunque para trabajos en los trópicos ellos son indispensables, por lo que su exterminación (dejando de lado los asuntos humanitarios) sería altamente indeseable.
>
> Bertrand Russell, *Matrimonio y Moral* (*Marriage and Morals*) (1929).

Russell más tarde criticó los programas de eugenesia por su vulnerabilidad ante la corrupción, y en 1932, condenó la «suposición sin garantía» que «los negros son congénitamente inferiores a los hombres blancos», (*Education and the Social Order*, Cap. 3).

Respondiendo en 1964 a la pregunta de un corresponsal, «¿aún considera a los negros como una raza inferior, como lo hizo cuando escribió *Matrimonio y Moral* (*Marriage and Morals*)?», Russell respondió:

> Nunca sostuve que los negros eran intrínsecamente inferiores. La afirmación en *Marriage and Morals* se refiere al condicionamiento ambiental. La he retirado

de ediciones subsiguientes porque claramente es ambigua.

Bertrand Russell, carta fechada el 17 de marzo de 1964 en *Querido Bertrand Russell… una selección de su correspondencia con el público en general, 1950-1968*, editado por Barry Feinberg y Ronald Kasrils. (London: Allen & Unwin, 1969, p. 146).

Balance de la vida de Bertrand Russell

Admitiendo fracasar en ayudar al mundo a vencer la guerra y en ganar su perpetua batalla intelectual por verdades eternas, Russell escribió esto en «Reflexiones en mi octogésimo cumpleaños» (*Reflections on My Eightieth Birthday*), que además fue la última entrada en el último volumen de su *Autobiografía*, publicada el año anterior a su muerte:

> He vivido en busca de una visión, tanto personal como social. Personal: cuidar lo que es noble, lo que es bello, lo que es amable; permitir momentos de intuición para entregar sabiduría en los tiempos más mundanos. Social: ver en la imaginación la sociedad que debe ser creada, donde los individuos crecen libremente, y donde el odio y la codicia y la envidia mueren porque no hay nada que los sustente. Estas cosas, y el mundo, con todos sus horrores, me han dado fortaleza.
>
> Bertrand Russell, «Reflexiones en mi octogésimo cumpleaños».

Obras

La siguiente es una selección de obras de Bertrand Russell ordenadas por fecha de publicación:

- *La socialdemocracia alemana*, 1896.
- *Un ensayo sobre los fundamentos de la geometría*, 1897.
- *Exposición crítica de la filosofía de Leibniz*, 1900.
- *Los Principios de las matemáticas*, 1903. (Versión en inglés).
- *Sobre la denotación*, 1905. (Versión en inglés y versión en español).
- *Principia Mathematica*, en coautoría con Alfred North Whitehead, 1910, 1912, 1913.
- *Los elementos de la ética*, 1910. (Versión en inglés).
- *Ensayos filosóficos*, 1910.
- *Los problemas de la filosofía*, 1912. (Versión en inglés).
- *Nuestro conocimiento del mundo exterior*, 1914.
- *Principios de reconstrucción social*, 1916.

- *Ideales políticos*, 1917.
- *Los caminos de la libertad*, 1918. (Versión en inglés).
- *Misticismo y lógica*, 1918.
- *La filosofía del atomismo lógico*, 1918.
- *Introducción a la filosofía matemática*, 1918.
- *Teoría y práctica del bolchevismo*, 1920.
- *Análisis de la mente*, 1921. (Versión en inglés).
- *El problema de China*, 1922.
- *El ABC de los átomos*, 1923.
- *Sobre la vaguedad*, 1923. (Versión en inglés).
- *Ícaro o el futuro de la ciencia*, 1924.
- *Cómo ser libre y feliz*, 1924.
- *Lo que yo creo*, 1925.
- *El ABC de la relatividad*, 1925.
- *Sobre la educación, especialmente en la infancia temprana*, 1926.
- *Análisis de la materia*, 1927.
- *Fundamentos de filosofía*, 1927.
- *Por qué no soy cristiano*, 1927. [1]
- *Ensayos escépticos*, 1928.
- *Matrimonio y moral*, 1929.
- *La conquista de la felicidad*, 1930.
- *La perspectiva científica*, 1931.
- *Educación y el orden social*, 1932.
- *Libertad y organización 1814 - 1914*, 1934.
- *Elogio de la ociosidad*, 1935. (Versión en español).
- *Religión y ciencia*, 1935.
- *¿Qué camino hacia la paz?*, 1936.
- *Los documentos Amberley*, 1937.
- *El poder en los hombres y en los pueblos*, 1938.
- *Investigación sobre el significado y la verdad*, 1940.
- *Cómo convertirse en filósofo*, 1942.
- *Cómo leer y entender la historia*, 1943.
- *El valor del libre pensamiento*, 1944.

- *Historia de la filosofía occidental*, 1945.
- *El conocimiento humano. Su alcance y sus límites*, 1948.
- *Autoridad e invididuo*, 1949.
- *Ensayos impopulares*, 1950.
- *Nuevas esperanzas para un mundo cambiante*, 1951.
- *El impacto de la ciencia en la sociedad*, 1952.
- *Satán en los suburbios*, 1953.
- *Pesadillas de personas eminentes*, 1954.
- *Sociedad humana, ética y política*, 1954.
- *Retratos de memoria y otros ensayos*, 1956.
- *Lógica y conocimiento*, 1956.
- *Sentido común y guerra nuclear*, 1959.
- *La evolución de mi pensamiento filosófico*, 1959.
- *Los escritos básicos de Bertrand Russell*, 1961.
- *Hecho y ficción*, 1961.
- *¿Tiene el hombre un futuro?*, 1961.
- *Victoria pacífica*, 1963.
- *Crímenes de guerra en Vietnam*, 1967.
- *Autobiografía*, 1967-1969.

Notas

PRÁCTICA Y TEORÍA DEL BOLCHEVISMO

[1] En la nota preliminar de octubre de 1948 a la segunda edición inglesa de *Práctica y teoría del bolchevismo*, Russell advierte:

«Aunque este libro se escribió en 1920, se reimprime ahora sin cambios, excepto en dos aspectos. Por una parte, he omitido un capítulo del que no fui autor. Por otra, me ha parecido necesario, para adaptarme al uso moderno, cambiar la palabra "comunismo" por "socialismo" en muchos lugares. En 1920 no se hacía la clara distinción que hoy se hace entre ambas palabras, y sin el mencionado cambio podrían producirse confusiones. Si escribiera ahora el libro, diría de otra manera algunas cosas, pero, en todos los aspectos de mayor importancia, conservo del comunismo la idea que me formé en 1920, y su desarrollo subsiguiente no ha diferido mucho de lo que yo esperaba.»

Es esta segunda edición la recogida en el presente volumen. El capítulo omitido y sin crédito al que se refiere Russell era el IV de la sección primera, dedicado al arte y a la educación y que había redactado enteramente Dora Black tras viajar a Rusia por su cuenta poco tiempo después. Black (1894-1986) fue una escritora feminista, además de colaboradora (en *Perspectivas de la civilización industrial*, por ejemplo), segunda esposa y madre de los dos primeros hijos de Russell. <<

Prólogo

[2] La Comintern fue un órgano del comité central del Partido Comunista fundada por Lenin el 4 de marzo de 1919. Tenía por cometidos principales difundir el bolchevismo en el mundo y

prevenir la guerra del capitalismo contra la Rusia soviética persuadiendo a las masas nacionales y extranjeras de la inconveniencia de una intervención armada. <<

[3] Formada en 1918 por el Reino Unido, los Estados Unidos, Francia, Japón, Italia y China, entre otros países aliados durante la primera guerra mundial, en apoyo al Movimiento Blanco ruso, opositor a Lenin y a la expansión del bolchevismo. <<

[4] Coalición formada por los imperios alemán y austrohúngaro, y más tarde por el otomano y el reino de Bulgaria, durante la primera guerra mundial. <<

PRIMERA PARTE: La actual situación de Rusia

I. Lo que se espera del bolchevismo

[5] Región desértica del antiguo Egipto donde Pablo el Ermitaño y san Antonio Abad fundaron el movimiento eremítico. <<

[6] La doctrina religiosa según la cual Cristo volverá a reinar sobre la tierra durante mil años tras el juicio universal es una de las fuentes del utopismo político revolucionario. <<

II. Características generales

[7] La actual San Petersburgo. <<

[8] Facción minoritaria del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, opuesta a Lenin. Tras algunas victorias electorales en 1918, los mencheviques fueron expulsados del Comité Ejecutivo Central, y el partido, prohibido un año después de la visita de Russell. <<

[9] El Partido Social Revolucionario era el principal rival del Bolchevique, y obtuvo una importante victoria electoral, gracias al apoyo del campesinado, en las primeras elecciones democráticas de 1917 para la Asamblea Constituyente. Sin embargo, ésta fue disuelta por los bolcheviques poco después, y el partido se dividió en dos facciones, la de la derecha desapareció al final de la guerra civil derrotada por los bolcheviques. <<

[10] Lev Kámenev (1883-1936), cuyo apellido real era Rosenfeld, encabezaba el Soviet de Moscú en 1920 y fue miembro del Politburó con Zinóviev. Lenin le encomendó la organización de todas las actividades en las que participaran los bolcheviques y la delegación laborista en Moscú. Ya en 1927 Kámenev había sido marginado de todos los puestos de relevancia al haberse aliado con Trotski contra Stalin. En el Gran Terror de los años treinta fue ejecutado. <<

[11] Clifford Allen (1889-1939), dirigente del Partido Laborista Independiente, era miembro de la delegación laborista oficial que viajó a Rusia y a la que Russell se sumó extraoficialmente. Fue encarcelado en tres ocasiones por objeción de conciencia en su país, lo cual quebrantó su salud. La amistad entre ambos se resintió hasta el alejamiento por sus crecientes divergencias políticas. <<

[12] V.M. Sverdlov (1886-1940) fue comisario delegado de Medios y Comunicaciones y jefe del Alto Consejo de Transporte. Durante las purgas de Stalin fue ejecutado. <<

[13] Véase el artículo «Sobre el papel del Partido Comunista en la Revolución Proletaria», en *Tesis presentadas al Segundo Congreso de la Internacional Comunista*, Petrogrado-Moscú, 18 de julio de 1920, una obra que poseo sólo en su traducción francesa. [*Nota del autor*.] <<

[14] Gueorgui Chicherin (1872-1936) ocupaba el cargo de comisario de Relaciones Exteriores durante la visita de Russell. De origen aristócrata, Chicherin fue primero menchevique, e incluso pacifista, hasta el triunfo de la revolución en 1917. Por su dominio de varios idiomas y sus grandes dotes diplomáticas sustituyó a Trotski en Exteriores hasta 1930. <<

[15] El almirante Aleksander Kolchak (1873-1920) era un distinguido comandante de la Flota del Mar Negro cuando los bolcheviques tomaron el poder. Opuesto a ese golpe de Estado, se

estableció como dictador de Siberia y Manchuria y, a finales de 1918, se declaró Dirigente Supremo de Rusia y de los Ejércitos Blancos. Derrotado muy pronto, se le ejecutó tras su captura en 1920. <<

[16] El general Antón Denikin (1872-1947) fue el más victorioso comandante del Ejército Blanco durante la guerra civil y tuvo bajo su mando en 1919 a las fuerzas armadas al sur de Rusia. Huyó a Europa en 1920 tras ser derrotado por los bolcheviques y en 1945 se refugió en los Estados Unidos. <<

[17] Se refiere a la casi incruenta Revolución Gloriosa que derrocó a Jacobo II de Inglaterra. <<

[18] Russell compara la degradación de los ideales revolucionarios causados por el cinismo y los intereses corruptos en Rusia con lo ocurrido en Francia durante la penúltima fase del gobierno de la Primera República (1795-1799). <<

[19] Russell compara la disolución forzada del Parlamento inglés efectuada por Cromwell en 1653 y su proclamación como Lord Protector, con la disolución dictatorial de la Asamblea Constituyente perpetrada por Lenin en 1918. En una entrevista de 1958, Russell volvió a comparar a Cromwell con Lenin, excepto que este último «había sustituido la Biblia por Marx». <<

III. Lenin, Trotski y Gorki

[20] Arthur Henderson (1863-1935) fue secretario del Partido Laborista británico de 1911 a 1934. En 1917 se esforzó por unificarlo con la finalidad, al cabo conseguida, de suplantar a los liberales como referencia de la izquierda. <<

[21] La electrificación es deseada no meramente para reorganizar la industria, sino para industrializar la agricultura. En *Tesis presentadas al Segundo Congreso de la Internacional Comunista* (un librito instructivo, que citaré en adelante como *Tesis*) se dice en un artículo sobre la cuestión agraria que el socialismo no estará seguro hasta que la industria esté organizada sobre una nueva base,

con «aplicación general de la energía eléctrica en todas las ramas de la agricultura y de la economía rural», que es lo único que «puede dar a las ciudades la posibilidad de ofrecer a los distritos rurales atrasados una ayuda técnica y social capaz de determinar un incremento extraordinario de la productividad del trabajo agrícola y rural, y hacer que los pequeños cultivadores, en su propio interés, pasen progresivamente a un cultivo mecanizado colectivo» (p. 36 de la edición francesa). [*Nota del autor*.] <<

[22] En *Tesis* (p. 34) se dice: «Sería un error irreparable [...] no admitir la concesión gratuita a los campesinos pobres e incluso a algunos acomodados de una parte de las tierras expropiadas». [*Nota del autor*.] <<

[23] Alfred Harmsworth, vizconde de Northcliffe (1865-1922), era el propietario de los periódicos *The Times* y *The Daily Mail*. El poderoso empresario anticomunista ejerció, según Russell, una desorbitada influencia en la política bélica británica durante la primera guerra mundial: fue incluso enviado como emisario a los Estados Unidos para persuadir al país americano de que participara en las hostilidades. El antigermanismo de sus periódicos provocó que los alemanes incluso enviaran directamente un buque a bombardear su mansión en Kent. <<

IV. El comunismo y la Constitución soviética

[24] En *Tesis* (p. 6 de la edición francesa) se dice: «La antigua subdivisión clásica del movimiento obrero en tres formas (partidos, sindicatos y cooperativas) ha cumplido ya su papel histórico. La revolución proletaria ha hecho nacer en Rusia la forma esencial de la dictadura del proletariado, los soviets. Pero la labor en los soviets, como en los sindicatos industriales revolucionarios, tiene que ser invariable y sistemáticamente dirigida por el partido del proletariado, es decir, el Partido Comunista. Como la vanguardia organizada de la clase trabajadora, el Partido Comunista responde a las necesidades económicas, políticas y espirituales de toda la clase trabajadora. Debe ser el alma de los sindi-

catos, de los soviets y de todas las otras organizaciones proletarias.

»La aparición de los soviets, la principal forma histórica de la dictadura del proletariado, no disminuye en modo alguno el papel directivo del partido en la revolución proletaria. Cuando los comunistas alemanes de la "izquierda" [...] declaran que "el mismo partido tiene que adaptarse cada vez más a la idea soviética, y proletarizarse", sólo vemos en ello la expresión insinuada de la idea de que el partido comunista tiene que disolverse en los soviets, para que los soviets pueden reemplazarlo.

»Esta idea es profundamente errónea y reaccionaria.

»La historia de la Revolución Rusa nos muestra, en un determinado momento, a los soviets orientándose contra el partido proletario y ayudando a los agentes de la burguesía...

»Para que los soviets puedan cumplir su misión histórica, es por el contrario necesaria la existencia de un Partido Comunista lo bastante fuerte, no para "adaptarse él mismo" a los soviets, sino para ejercer sobre éstos una influencia decisiva, para forzarles a *no adaptarse ellos* a la burguesía y a la socialdemocracia oficial.» [*Nota del autor*.] <<

[25] La mayor y principal subdivisión administrativa del Imperio ruso y de la primera Rusia soviética, ya con el nombre de comisaría gubernamental. <<

[26] Fundada por Lenin en 1917, esta comisión, destinada a suprimir las actividades contrarrevolucionarias, el sabotaje y la huelga, es la Checa (por sus iniciales en ruso), la policía política del régimen. Véase *The Red Terror in Russia* de S. P. Melgunov (1924). <<

V. El fallo de la industria soviética

[27] Russell se refiere a la Revolución de Febrero de 1917 que llevó a la abdicación del zar Nicolás II y propició la llegada de Lenin de su exilio suizo. <<

[28] El gran orador Aleksandr Kérenski (1881-1970) fue ministro de Justicia del Gobierno Provisional en marzo de 1917, y, sobre todo, primer ministro a partir de mayo y hasta el golpe de Estado bolchevique. Consiguió eludir la captura y se exilió en Francia, y a partir de 1940, tras la invasión alemana, en los Estados Unidos. <<

[29] Cito literalmente el documento, inédito, que se nos proporcionó en Moscú. [*Nota del autor*.] <<

VI. La vida cotidiana en Moscú

[30] El Noveno Congreso Comunista (marzo-abril de 1920) dice sobre este tema: «En vista del hecho de que la primera condición de éxito de la República Soviética en todos los terrenos, incluido el económico, es sobre todo la sistemática agitación impresa, el Congreso llama la atención del gobierno soviético sobre el deplorable estado en que se encuentran nuestras industrias papelera e impresora. El número siempre decreciente de periódicos impide que éstos lleguen no sólo a los campesinos, sino incluso a los trabajadores, además de lo cual nuestra pobreza de medios técnicos hace a los periódicos apenas legibles. El Congreso apela con energía al Consejo Supremo de Economía Pública, a los sindicatos correspondientes y a las demás instituciones interesadas, a que apliquen todos sus esfuerzos a aumentar la cantidad, a introducir un orden y un sistema general en el sector de la imprenta, y a asegurar que el trabajador y el campesino dispongan en Rusia de material socialista impreso». [*Nota del autor*.] <<

[31] Los seguidores del movimiento social basado en las ideas anarquistas, cristianas y pacifistas del novelista ruso fueron duramente reprimidos por los bolcheviques. <<

VIII. La política internacional

[32] *Tesis*, pp. 40-47. [*Nota del autor*.] <<

Segunda parte: La teoría bolchevique

I. La teoría materialista de la historia

[33] El historiador y ensayista Henry Thomas Buckle (1821-1862) fue autor de una inconclusa y celebrada *History of Civilization in England* [Historia de la civilización en Inglaterra], además de ajedrecista y políglota. Sostenía que las acciones humanas obedecían a leyes tan inexorables como las que rigen el mundo físico y que el progreso de la civilización es efecto directo del escepticismo prevaleciente. <<

[34] El psicólogo y profesor en Oxford y Harvard William MacDougall (1871-1938) contribuyó a desarrollar la teoría del instinto y la de la psicología social. Opuesto al conductismo mecanicista, y también al darwinismo y materialismo, sostenía que la mente guía los procesos evolutivos. <<

II. Fuerzas que deciden en política

[35] *Dawn of History* [La aurora de la historia] de Myres. [*Nota del autor*.]

El arqueólogo John Myres (1869-1954) exploró yacimientos en Chipre y otras islas griegas y fue un influyente profesor de historia antigua en Oxford. La referencia a la que Russell alude se encuentra al comienzo del capítulo V de la obra citada. <<

[36] Se trata del primer proceso *asequible* que permitió la fabricación industrial de acero a gran escala. <<

[37] *Bodily Changes in Pain, Hunger, Fear and Rage* [Cambios corporales en el dolor, el hambre, el miedo y la cólera]. [*Nota del autor*.]

El neurólogo y fisiólogo estadounidense Walter Cannon (1871-1945) investigó la función de la excitación emocional y el choque traumático en los combatientes de la primera guerra mundial, entre otras importantes aportaciones a la medicina. <<

III. Crítica bolchevique de la democracia

[38] Russell se refiere a la victoria de los conservadores en las elecciones irlandesas sobre la base de una campaña patriótica que

apoyaba la guerra de los bóers, pues el conflicto había dividido a los liberales. <<

[39] Russell se refiere a la victoria en las elecciones del Partido Liberal que denunció la «esclavitud china» autorizada por el gobierno conservador: la importación de más de sesenta mil trabajadores chinos no retribuidos destinados a las minas sudafricanas. La victoria permitió reforzar una alianza militar con Francia y en contra de Alemania (*Entente cordiale*). <<

[40] Russell se refiere a la campaña para la reelección del presidente estadounidense Woodrow Wilson. Los Estados Unidos declararon la guerra a Alemania en abril de 1917. <<

IV. Revolución y dictadura

[41] *The Times*, 30 de julio de 1920. [*Nota del autor*.] <<

VI. Por qué ha fracasado el comunismo ruso

[42] Industrial Workers of the World [Trabajadores Industriales del Mundo] es una federación internacional de sindicatos fundada en 1905 en Chicago por socialistas, anarquistas y sindicalistas revolucionarios, sin distinción de sexo, origen o raza, que propugna la democracia laboral y la autogestión obrera. <<

APÉNDICES

Diario de viaje a Rusia

[43] El bajo Fiódor Chaliapin (1873-1938) apoyó, en la cumbre de su fama mundial, la revolución, pero cada vez más desencantado, no volvió a Rusia a partir de 1921. Escribió la primera versión de su autobiografía en colaboración con Gorki. <<

[44] Grigori Melnichanski (1886-1937) era, en 1920, jefe de los Sindicatos Obreros del Soviet de Moscú. Durante las purgas de Stalin fue ejecutado. <<

[45] La primera princesa Naryshkin fue amante del asesinado zar Pablo I (1796-1801). <<

[46] Lenin encargó a la secretaria de la Comintern, la socialista Angélica Balabánova (1877-1965), que recibiera a la delegación

laborista. A finales de 1921 ya había abandonado Rusia por su oposición al terror bolchevique. <<

[47] Russell probablemente se refiera al destacado comandante de caballería, y también actor y profesor, el armenio Hayk Bzhishkyan o Gaya Gay (1887-1937). Fue uno de los seiscientos altos mandos militares ejecutados en las purgas de Stalin. <<

[48] Aron Zalkind (1889-1936) fue un educador, psicoanalista y paidólogo que defendía la instrucción especializada de los niños más capaces a fin de formar los altos cuadros destinados a modernizar la sociedad soviética. <<

[49] La fortaleza de San Pedro y San Pablo, de donde escapó en 1876 el príncipe Kropotkin —con el cual Russell intentó infructuosamente reunirse durante su visita—, y donde sufrieron el encierro muchos otros, desde Dostoievski hasta Trotski. <<

[50] Es muy probable que Russell se refiera a la pintura de Kuzma Petrov-Vodkin, *La muerte del comisario*. <<

[51] El poeta Aleksandr Blok (1880-1921) era en ese período comisario en Petrogrado de la Unión de Poetas Panrusa y uno de los directivos del teatro Bolshoi. Recibió la revolución con anhelo (Trotski elogió el poema «Los doce» como canto del cisne del arte individualista), pero la brutalidad de ésta lo desilusionó pronto, y Blok pasó a clausurar el «triste camino de la creatividad rusa», según Berdiáyev. <<

[52] El escritor y filósofo R. Ivanov-Razumnik (1878-1946) encabezó el movimiento literario del «escitismo», en el que participaron Bely, Blok y Esenin, entre otros. Había intervenido en el golpe de Estado como socialrevolucionario de izquierdas, pero al cabo fue detenido y marginado por los bolcheviques a comienzos de los años treinta. Denunció los procesos de Moscú desde Alemania y murió en Múnich. <<

[53] En julio de 1918, dos socialrevolucionarios de izquierda asesinaron al embajador alemán en Moscú, Wilhelm von Mirba-

ch, al juzgar que el tratado de Brest-Litovsk que había firmado Lenin con Alemania traicionaba la revolución. La ola represiva llevó a la cárcel a cientos de miembros del partido. <<

[54] El barón Leslie Guest (1877-1960) era el médico de la delegación laborista y autor de buena parte del informe oficial del viaje. Los bolcheviques sospechaban que se trataba en realidad de un agente británico hostil a la revolución. <<

[55] Richard Wallhead (1869-1934) representaba en la delegación al Partido Laborista Independiente. El secretario de la Federación Nacional de Trabajadores del Transporte británica, el marxista Robert Williams (1881-1936), fue el que mayor afinidad acrítica profesó por los bolcheviques entre los miembros de la delegación. <<

[56] Lozovski (Solomon Dridzo, 1878-1952) fue secretario de la Internacional Sindical Roja y miembro del Soviet Supremo, entre otros importantes cargos. Organizó las actividades de la delegación en Petrogrado, Moscú y por el Volga. A los setenta años de edad, durante las purgas antisemitas de los años cincuenta, fue detenido, torturado y finalmente ejecutado, con otros miembros del Comité Judío Antifascista, en la Noche de los Poetas Asesinados. <<

[57] Se trata de Marie Zakrevskaya, casada primero con Johann von Benckendorff, miembro de una antigua familia prusiana que había prestado grandes servicios a los Romanov, y muerto en 1919. Fue agente doble, británica y soviética, y amante de H. G. Wells. Cuando Russell la conoció era secretaria y amante de Gorki, ya con el nombre de Moura Budberg. Nina Berberova le dedicó una célebre biografía. <<

[58] La anarquista lituana Emma Goldman (1869-1940) fue deportada, con otros 248 radicales, a Rusia desde los Estados Unidos en 1919 —a donde había emigrado en 1885—, pues se quería impedir la conspiración bolchevique en el país. De esencial

influencia en el desarrollo del anarquismo norteamericano, Goldman apoyó la revolución bolchevique hasta 1921, aunque denunció luego su violencia represiva en *My Disillusionment in Russia* [Mi desilusión en Rusia, 1923 y 1924], y elogió la perspicacia crítica de Russell en el libro que abre el presente volumen. <<

[59] Los bolcheviques permitieron que el dirigente menchevique Rafael Abramovich Rein (1880-1963) pronunciara el discurso de bienvenida en el teatro Bolshoi como muestra de «tolerancia», sin embargo, tres días después se prohibió toda reunión de la delegación con opositores. Abramovich salió de Rusia ese año, y los bolcheviques vengaron su oposición en el exilio asesinando a su hijo en España durante la guerra civil. <<

[60] Thomas Shaw (1872-1938), que representaba al Partido Laborista en la delegación, fue más tarde nombrado ministro de Trabajo del gobierno británico, y se mostró contrario a las pretensiones de la Tercera Internacional, al igual que Ethel Snowden (1880-1951), esposa de un relevante dirigente del Partido Laborista. La carrera política de ella en Inglaterra se vio truncada por su manifiesta repulsa al golpe de Estado bolchevique. <<

[61] Nikolái Bujarin (1888-1938), el célebre ideólogo de la política económica bolchevique y opuesto a la forzada colectivización agrícola, calificó a los miembros de la delegación laborista de lacayos serviles de Churchill en su discurso y los instó a apoyar el movimiento comunista en Gran Bretaña. Apartado de cargos relevantes desde 1929, tras haber sido dirigente de la Comintern y del Politburó, Bujarin fue finalmente ejecutado durante las purgas estalinistas: «Ya no tengo la fuerza para hacer frente a esta máquina infernal que ha adquirido un gigantesco poder y que funciona a golpes de calumnias y secretos…», escribió. <<

[62] A fin de consolidar los avances en el frente interno, los bolcheviques firmaron en marzo de 1918 el tratado de paz de Brest-Litovsk, y a cambio cedieron a Alemania, y a los Imperios Centrales, amplios territorios, entre ellos Ucrania y los países bálticos. El alivio duró apenas unos meses, pues el tratado quedó sin efecto tras la rendición alemana y la imposición del tratado de Versalles. <<

[63] El ensayista y periodista René Marchand (1888-1962) había sido corresponsal del periódico conservador *Le Figaro*, pero con el triunfo de la revolución bolchevique se convirtió al comunismo. Denunció por escrito en Francia una conspiración aliada para derrocar a los bolcheviques en 1918 encabezada por el diplomático británico Bruce Lockhart, que ya había implantado una red de espías, entre las que estaba Moura Budberg. A partir de 1937 residió en México. <<

[64] El economista y politólogo oxoniense G.D.H. Cole (1889-1959) fue el más destacado teórico británico del socialismo corporativo o gremial, forma que Russell defendió explícitamente, como puede leerse en parte del presente volumen. <<

[65] Comité Ejecutivo Central Panruso. <<

[66] Durante la primera guerra mundial, los gobiernos del zar y el provisional reclutaron a los checos y eslovacos del imperio para conformar un cuerpo de dos divisiones. Los checos aspiraban a un Estado nacional y se opusieron al tratado de Brest-Litovsk. Los avances alemanes obligaron a los bolcheviques a enviar a la división a Siberia. Cuando Trotski ordenó en 1920 el fusilamiento de toda la legión, ésta secuestró el tren transiberiano y con algunos socialrevolucionarios de derecha estableció un gobierno en Omsk. Concluida la guerra civil, un salvoconducto les permitió volver a Europa. <<

[67] Sidney Webb (1859-1947) fundó, con su esposa Beatrice Potter, la Sociedad Fabiana y la Facultad de Economía de Lon-

dres (LSE). Russell fue su protegido desde 1897, pero renunció a la sociedad en 1903, pues ésta apoyaba el imperialismo y defendía el socialismo de Estado. Ramsey Macdonald (1866-1937), político laborista que participó con Russell en la antimilitarista Unión de Control Democrático durante la guerra, fue el primer laborista en ser designado en 1924 primer ministro británico. <<

[68] James Balfour (1848-1930) fue un primer ministro unionista (1902-1905), posteriormente ministro de Exteriores durante la guerra. Russell despreciaba sus pretensiones filosóficas. <<

[69] El general Max Hoffmann (1869-1927) planificó la victoria alemana sobre los ejércitos rusos en Tannenberg en 1914. Fue el jefe negociador militar del tratado de Brest-Litovsk por la parte alemana. Russell quizás se refiere a las provocaciones y agravios mutuos entre el general y el jefe negociador bolchevique, Karl Radek. <<

[70] Yuli Mártov (1873-1923) fue el más importante dirigente y pensador menchevique y uno de los más notables rivales de Lenin. <<

[71] Félix Dzerzhinski (1877-1926) fue el fundador de la Comisión Extraordinaria o Checa, la policía política, que desató el llamado Terror Rojo durante la guerra civil y la represión de los años posteriores. La dirigió hasta su fallecimiento —de un infarto. <<

[72] Sergio Romanov (1857-1905) era el cuarto hijo de Alejandro II y tío de Nicolás II. Fue asesinado por los socialrevolucionarios. <<

[73] Esposa de Iván Maisky (1884-1975), embajador en Inglaterra de 1933 a 1943. <<

[74] Charles Buxton (1875-1942), descendiente de una reputada familia antiesclavista, fue secretario adjunto de la delegación laborista y permaneció en Rusia, entre el campesinado, al partir aquélla, a fin de escribir una crónica sobre sus aldeas. <<

[75] Nicolái Klestov Angarski (1873-1943) fue crítico literario y editor antes de 1917, además de gerente de una librería que frecuentaban los bolcheviques. <<

[76] V. M. Likhatchov (1882-1924) era a la sazón jefe del departamento de Servicios Públicos Municipales del Soviet de Moscú. <<

[77] El célebre actor Iván Moskvin (1874-1946) fue nombrado director del Teatro del Arte de Moscú en 1943. <<

[78] Vladimir Chertkov (1854-1936) fue el discípulo más importante de Tólstoi, además de su agente literario oficioso y editor. Pável Biriukov (1860-1931) fue el primer biógrafo de Tólstoi. <<

[79] El historiador y dramaturgo Wilhelm Herzog (1884-1960), un socialista independiente berlinés, visitó Rusia en 1920 para asistir al Segundo Congreso de la Tercera Internacional. <<

[80] El historiador Mijail Pokrovski (1868-1932) era comisario delegado de Instrucción. Anatoli Lunacharski (1875-1933) fue el primer comisario de Instrucción de la Unión Soviética hasta 1929. Sus iniciativas como crítico cultural en apoyo de las vanguardias y la innovación en las artes se vieron paulatinamente restringidas por el realismo socialista de Stalin. <<

[81] El general Nikolái Yudénich (1862-1933) fue, con Denikin y Kolchak, uno de los principales comandantes de los Ejércitos Blancos. <<

[82] Lenin designó al socialrevolucionario de izquierda Isaac Steinberg (1888-1957) comisario de Justicia del Pueblo en reconocimiento a sus servicios a la Revolución por un breve período, hasta que su partido se opuso al tratado de Brest-Litovsk. Acusado de traición, se refugió en Alemania hasta 1933. Fue uno de los dirigentes del movimiento territorialista judío (opuesto al sionismo). <<

[83] M. I. Rozenberg era un diplomático del Comisariado de Asuntos Exteriores que pereció en las purgas de los años treinta. <<

[84] Marguerite Harrison (1879-1967) era una intrépida periodista estadounidense de la Associated Press en Moscú. Fue espía para los estadounidenses y británicos en Alemania tras el armisticio, y después en Rusia. Viajó con Russell por el Volga mientras cuidaban de Clifford Allen. <<

[85] Henry Arlsberg era un periodista estadounidense del periódico *The Nation* y amigo de Emma Goldman. <<

[86] Iván Aksenov (1884-1935) fue un poeta anglófilo, traductor de Ben Jonson, estudioso de Picasso, colaborador de Meyerhold, así como agente de la Checa encargado de espiar a los miembros de la delegación durante su visita. <<

[87] Un bulo propagandístico publicado en 1918 y recogido en la prensa occidental informaba que el club anarquista de la localidad había decretado que las mujeres entre los diecisiete y los treinta y dos años de edad pasaban a ser propiedad del Estado para su distribución entre los hombres que las quisieran. Los derechos de los maridos quedaban abolidos. <<

Cartas desde Rusia

[88] Russell y su cuñada, la escritora Elizabeth von Arnim, idearon en 1918 un proyecto literario que consistía en un intercambio de correspondencia imaginaria, escrita con seudónimo, que se recogería en un libro. Sin embargo, como Von Arnim abandonó, intimidada, la iniciativa al cabo de las dos primeras cartas, Russell le propuso entonces a Colette O'Niel en 1920 que hiciera de su corresponsal durante el viaje a Rusia. El propósito era recrear en tratamiento simultáneo, pero en formato distinto al de la reflexión o el diario, las impresiones de su visita. Al evocarla en el segundo tomo de su *Autobiografía*, Russell cita estas cartas antedatadas a Colette.

Colette O'Niel era el nombre profesional de la actriz y escritora británica Constance Malleson (1895-1975), con la que Russell mantuvo, esperanzado, una relación abierta durante la guerra y su encarcelamiento. En 1933, ella publicó la novela en clave *The Coming Back* [El regreso], que da cuenta de aquella intimidad. <<

Esperanza y temores con respecto a los Estados Unidos

[89] Vigente de 1902 a 1923, la alianza obligaba a la Gran Bretaña y a Japón a salvaguardar sus respectivos intereses en China y Corea, y estaba dirigida a detener el expansionismo ruso en el Lejano Oriente. <<

[90] Convocada por los Estados Unidos en 1921-1922, la Conferencia Naval de Washington tenía como objetivos limitar la carrera armamentística naval, garantizar la integridad territorial de China y la igualdad de condiciones para las empresas de los firmantes en su comercio con el país asiático, y establecer un marco consultivo sobre las islas y las posesiones del convocante, la Gran Bretaña, Japón y Francia en el Pacífico. <<

[91] Durante la Conferencia de Washington se publicaron noticias en *The Times* que informaban del acuerdo entre Japón y Francia para actuar en conjunto en Siberia (según los franceses para detener las ambiciones alemanas) y durante la conferencia. <<

[92] Russell se refiere a la represión que ejercieron el gobierno y los empresarios estadounidenses contra las libertades civiles por el «temor rojo» a la propagación del bolchevismo entre 1917 y 1920. <<

[93] El dirigente progresista y periodista de investigación Henry Demarest Lloyd (1847-1903) presentó bajo una luz siniestra la conducta empresarial de Rockefeller y de otros *trusts* en ese controvertido libro [La riqueza contra el bien común]. <<

[94] Una ironía de Russell que se refiere al apoyo prestado por los estadounidenses a los Ejércitos Blancos en Siberia. <<

[95] William Gladstone (1809-1898), fundador del Partido Liberal británico y cuatro veces primer ministro, encarnaba la fe liberal victoriana en los beneficios del libre comercio y la intervención mínima del Estado. <<

[96] Se trata de J.P. Morgan & Co., que dominó las finanzas y la banca estadounidense a finales del siglo XIX y comienzos del XX. <<

[97] En 1920 se estableció un consorcio internacional de bancos británicos, franceses, estadounidenses y japoneses para proveer de asistencia financiera y económica a China. <<

[98] El empresario liberal Richard Cobden (1804-1865), el mayor defensor británico del libre comercio, sostenía que, en condiciones ideales, las oligarquías y los monopolios desaparecerían. <<

[99] En 1921, un representante de los bancos estadounidenses del consorcio anunció que la oferta de un préstamo de 16 millones de dólares dependía de que el gobierno chino empleara parte de esa suma para saldar su deuda con un banco de Chicago, y con otras empresas estadounidenses. <<

Pensamiento libre y propaganda oficial

[100] El pastor abolicionista estadounidense Moncure Conway (1832-1907) fue un prolífico escritor (sobre Hawthorne, Emerson o Paine), permaneció largos períodos en Francia e Inglaterra, y fue defensor de la anticoncepción, causa que los padres de Russell, lord y *lady* Amberley, siempre propugnaron. <<

[101] En Nueva Zelanda no existe esta limitación. Un editor fue condenado por blasfemia tras la publicación de los poemas de Sassoon. [*Nota del autor*.]

Siegfried Sassoon (1886-1967) fue, con Robert Graves, el más célebre de los poetas ingleses que combatieron en la primera guerra mundial. Su obra no sólo describe los horrores de las trincheras y hace escarnio de patrioterismo imperante, sino que su autor se opuso manifiestamente al conflicto, en parte influido por Russell. <<

[102] Nombre arcaico del emperador del Japón. <<

[103] Los cristadelfianos son un culto cristiano milenarista, fundado en 1848 en los Estados Unidos, que se exime de las obligaciones cívicas como el voto y el servicio militar. Los muggletonianos fueron un movimiento protestante sin culto fundado por dos sastres ingleses en 1651 que negaban la Trinidad, creían que Dios tiene forma humana y que la Razón es el demonio. <<

[104] Se trataba de James Kellaway (1870-1933). <<

[105] Debo añadir que me designaron de nuevo, cuando las pasiones comenzaron a enfriarse. [*Nota del autor*.] <<

[106] Se refiere a la controvertida conferencia del filósofo William James «La voluntad de creer», según la cual conviene ocasionalmente adoptar una creencia no verificable, como en la religión, pues a veces el acceso a la evidencia misma depende de la adopción de dicha creencia sin pruebas previas. <<

[107] Ver nota I. *Lo que se espera del bolchevismo*, 2 en el apartado «Notas». <<

[108] En 1815, el duque de Wellington salió victorioso de la batalla de Waterloo gracias a la intervención de las tropas del mariscal prusiano Von Blücher en un momento crucial del contraataque francés. <<

[109] Véase *The Freeman*, 15 de febrero de 1922, p. 532. [*Nota del autor*.] <<

[110] Véase *The New Republic*, 1 de febrero de 1922, p 259 y ss. [*Nota del autor*.] <<

[111] Véase *The Invention of a New Religion* [La invención de una religión nueva] del profesor Chamberlain de Tokio. Publicado por la Rationalist Press Association. [*Nota del autor*.] <<

[112] Unos de los bulos de la propaganda británica sobre los alemanes durante la primera guerra mundial era que éstos procesaban cadáveres en fábricas próximas al frente para transformarlos en aceites, pienso y fertilizante. <<

[113] Agradezco a Francisco Martínez Soria, director editorial de Ariel, por la disposición a acoger la nueva reedición de este libro; a Edith Barrull, por sus indispensables oficios, y a Lola Ferreira y Basilio Baltasar, por sus recomendaciones. <<

ÍNDICE

Viaje a la revolución 2
Prólogo 7
Primera parte 12
La actual situación de Rusia 12
I 13
Lo que se espera del bolchevismo 13
II 20
Características generales 20
III 28
Lenin, Trotski y Gorki 28
IV 34
El comunismo y la Constitución soviética 34
V 40
El fallo de la industria soviética 40
VI 48
La vida cotidiana en Moscú 48
VII 53
La ciudad y el campo 53
VIII 58
La política internacional 58
Segunda parte 66
La teoría bolchevique 66
I 67
La teoría materialista de la historia 67
II 74

Fuerzas que deciden en política 74
III 79
Crítica bolchevique de la democracia 79
IV 87
Revolución y dictadura 87
V 95
El mecanismo y el individuo 95
VI 101
Por qué ha fracasado el comunismo ruso 101
VII 110
Condiciones para el éxito del socialismo 110
Apéndices 118
I 119
Diario de viaje a Rusia 119
II 137
Cartas desde Rusia[88] 137
III 144
Esperanza y temores con respecto a los Estados Unidos 144
IV 156
Pensamiento libre y propaganda oficial 156
Epílogo 178
Bibliografía 188
Autor 189
Notas 220